

SARGENTO VIEJO

***La militancia revolucionaria y el exilio de
Ernesto Jauretche***

Por Guillermo Paileman

1- Comienzos

Desde que vio cómo mataron a su superior, Miguel “el Colorado” Zabala Rodriguez, Ernesto Jauretche casi no salía de su casa, y solo una gripe de su hija Soledad le dio valor para pisar la calle y llevarla hasta el Hospital de Niños Ricardo Gutierrez. Él hacía tres años que vivía de forma clandestina, sumergido bajo la superficie, y la caída del Colorado lo hundió aún más. Quedó a la deriva, totalmente desenganchado de su organización: Montoneros.

Cada tanto aún creía verlo en el reflejo de alguna vidriera mientras compraba zapatillas para su niña, pero no, él lo había visto morir, al Colorado y a su esposa, cuando este llegaba a su casa de Capital Federal en Lambaré 1080 con su hijita, y un grupo de tareas lo sorprendió. Zabala Rodriguez pidió tregua, que no dispararan, que le permitieran dejar a su hija que llevaba de la mano dentro de la casa, que él se entregaría. Se lo permitieron, le dijo unas palabras al oído a la nena, le dio una palmada y la dejó caminar hasta que se resguardó. Cuando él se dio vuelta, solo y aun rodeado, hizo un ademán para sacar su pistola pero lo acribillaron desde todos los ángulos.

A partir de allí, su relación con la organización casi se había esfumado, seguía siendo una figura pública y debía andar con cuidado, pero el malestar de su hija Soledad, que veía una o dos veces al mes, lo convenció de ir al hospital.

Impaciente, en la sala de espera vio entrar a otro padre con su hijo enfermo, un hombre de estatura media, frente amplia y un bigote inconfundible: era Norberto Habegger, secretario de la rama política de Montoneros. Se reconocieron, se saludaron y quedaron en encontrarse en otra cita. Habegger sabía que antes de quedar desconectado, Ernesto criticaba a la Conducción Nacional de la organización, y justamente por eso lo convocaría.

La reunión fue en un bar en un día nublado. O quizás ese día no lo estaba, pero en los recuerdos de aquella época no hay cielos despejados, soles radiantes, ruido, ni sonrisas en los transeúntes.

Antes de entrar, se detuvo frente a la puerta y se miró en el reflejo, era un hombre común, de pelo cada vez menos negro, peinado con raya al medio y de una extensión al límite de la sospecha, cara alargada y ojos de un celeste tan intensos que le pesaban; era flaco, ágil, liviano. Nadie debería tener razones para pararlo en la calle por su aspecto físico, pensaba. Y si sucedía, estaba siempre listo para escapar. Era uno más entre el montón y solo Habegger, que le hacía señas desde adentro, lo distinguía.

-Mirá, Ernesto, vamos a ampliar el Movimiento Peronista Montonero- le comentó Norberto.

-Bien

-Y te queremos adentro. Por un lado, estamos los que siempre respondimos a la conducción de la orga, pero necesitamos también a una rama política peronista, ahí entrás vos.

El Movimiento Peronista Montonero (MPM) se planteaba como una idea transformadora y superadora del peronismo. El objetivo era constituir una identidad que abarcara al movimiento y lo redefiniera. Había sido lanzada en abril de ese año, 1977, en Roma.

La invitación se extendía a grandes figuras políticas peronistas, que en distinta medida habían tenido afinidad con la orga o directamente fueron parte pero eran críticos. Estaban convocados Obregón Cano, Bidegain y Martínez Baca, ex gobernadores de Córdoba, Buenos Aires y Mendoza respectivamente, entre otros, quienes formaron el Partido Auténtico, antes de ser proscriptos, cuando Isabel y López Rega se apropiaron del PJ.

Ernesto Jauretche aceptó, el encuentro iba a ser en Rio de Janeiro. Él nunca había salido del país pero la organización lo

proveyó de todo lo necesario: pasajes, hospedaje, dinero y, fundamentalmente, documentos falsos.

Antes de viajar, y aprovechando que estaría en una reunión directa con la Conducción Nacional de Montoneros, decidió tantear el panorama de Capital Federal y provincia de Buenos Aires. Fue a Bahía Blanca, Chivilcoy y Mar del Plata a reunirse con compañeros, dirigentes políticos afines y radicales, también sindicales, empresarios y banqueros; para conocer su opinión y así preparar un informe que quedaría solo grabado en su cabeza, porque pasarlo a papel sería arriesgado. La conclusión de ese tanteo fue clara: “desensillar hasta que aclare”.

“Mientras el ejército tuvo la hegemonía política, y Martínez de Hoz el control de la economía, no había mucho que hacer, nadie se atrevía a levantar la voz, más que se sabía cómo respondían”, recuerda Ernesto.

Uno de los contactos que mantenía era con quien fuera Ministro de Defensa de Isabel Martínez de Perón, Ángel Federico “Rengo” Robledo. Solía llevarle documentos de la Juventud Peronista (JP), que eran en realidad bajadas de línea de la conducción montonera.

-Ernesto, la próxima vez que vengas, tráeme dos ejemplares, así uno yo se lo doy a los servicios y el otro me lo quedo para

leerlo. Pero si me llegan a encontrar esto y que yo no les informe que vos estuviste, a mi me boletean- le dijo el Rengo.

Las reglas de juego quedaban claras para Jauretche.

-Andá sabiendo que cada vez que vos venís acá, yo informo.

Uno de los últimos encuentros fue con Diego Guelar, embajador argentino en Estados Unidos durante el menemismo y en China con el macrismo, pero que en aquel momento era un banquero afín a la organización. El mitin fue en una confitería coqueta de la zona de Tribunales, donde Guelar tenía sus oficinas. Ambos acudieron al lugar con documentos falsos. Luego de zafar de una requisita de la policía federal, durante la que Jauretche masajéo su pastilla de cianuro, hicieron un relevamiento de contactos para calcular cuántos militantes quedaban en el territorio, personas que sabían con las que podían contar y eran parte o simpatizantes de Montoneros. “No somos más de 40 en todo el país”, concluyeron juntos frente a la soledad y el desamparo de la realidad de los compañeros desaparecidos.

Montoneros, a través de Habbeger, le había asignado la tarea de enganchar a Andrés Framini. Se juntó con él en Buenos Aires, pero el gobernador electo por la provincia de Buenos Aires que nunca pudo asumir, no acudió a la cita que Ernesto le dejó en Río

de Janeiro. También falló en la misión de convencer a Sebastián Borro para que se uniera al Movimiento Peronista Montonero.

La salida del país fue un 21 de septiembre de 1977 por Uruguay, desde allí ingresó a Brasil por el Paso del Chuy. Mientras hacía vida de turista, debía encontrarse con distintos compañeros para chequear que todos estuvieran bien y ninguno hubiera caído. Con algunos se veía una vez a la semana, y lo mismo hacía con una mujer un poco mayor que él, Susana Sanz. Pero no todos los que estaban en Brasil por el mismo motivo se veían entre sí. Por ejemplo: Jaime Dri estuvo junto a su familia en ese país y no se encontró con el contingente de Jauretche

En uno de esos encuentros les contó lo que había escuchado en el patio de su casa antes de salir. Había una casa melliza lindera donde vivían obreros de una empresa de teléfonos que estaban haciendo un asado y entre trago y trago el volumen de la conversación aumentó entre ellos, mientras él escuchaba del otro lado de la pared:

-Y bueno si, está complicada la cosa, está todo mal, pero por fin se puede andar por la ciudad tranquilo- dijo uno de los telefónicos.

-Antes vos no podías andar por la calle, no sabias quien te pegaba un tiro, si los Montoneros o la policía o la Triple A, ahora esto se calmó, ahora se puede trabajar- le respondió el otro.

El análisis para ese grupo que conformaba la ampliación del MPM era claro, todos disentían del sentido que estaba tomando la Conducción Nacional, cuyos integrantes terminaron de salir del país en los primeros meses del año 1977. Si el pueblo ya no los apoyaba, poco se podía hacer, lo que ahora les quedaba era transmitírselo a sus superiores.

Se alojaron en casa de compañeros Montoneros que ya estaban residiendo en el país vecino y las reuniones se hacían generalmente en las escalinatas del Hotel Meridien de la barra del Tijuca, en distintos bares o en caminatas, mientras esperaban que le dieran el lugar específico del congreso del Movimiento Peronista Montonero.

Estaban lejos de sentir que vivían una situación tensa como en la Argentina. Brasil fue una explosión de libertad, bajo cielos despejados, un sol radiante, rodeados de ruido y gente alegre que los hicieron ser conscientes de cómo era su vida en Argentina, a la que se habían ido adaptando progresivamente hasta estar asfixiados sin darse cuenta. A pesar de que los brasileños también tenían su dictadura, era incomparable. Ernesto Geisel era el presidente en ese momento, otro General.

Todo cambió cuando cayó el responsable de Montoneros en Brasil, “el Oveja” Valladares, y comenzó el desbande. No podían

seguir en las mismas casas porque eran parte de la estructura de la organización y Valladares las conocía. Tampoco podían seguir relacionándose con los alojadores porque eran contactos que el Oveja mantenía. Solo se tenían a ellos, los que habían salido exclusivamente para la reunión del MPM, aunque tampoco podían andar mucho tiempo juntos ya que duplicaban las chances de ser apresados. Se sabía que en el marco del Plan Cóndor los militares brasileños trabajaban en conjunto con sus pares argentinos y mandaban de vuelta a su país a quienes eran apresados en tierras extranjeras.

Ernesto fue a parar a un hotel chico en la zona de Flamengo, sobre una calle bien al fondo, casi al pie del morro. De todas formas, seguía haciendo el patrullaje de encuentro con los demás compañeros, aunque otra vez estuvieran totalmente desenganchados de la organización.

Hasta que llegó desde la Argentina, Armando “el Petiso” Croatto, ya miembro de la Conducción Nacional, a rescatarlos.

“Que cara de culo que tienen, che. Estamos en Brasil, vamos a aprovechará”, dijo el Petiso para cambiarles el semblante, y todos volvieron a la vida de turista, con un poco más de ocio ahora que tenían el financiamiento directo de uno de los jefes Montoneros.

La playa, la noche y el baile hicieron que Susana Sanz y Ernesto comenzaran a conocerse más.

Ante el peligro de una reunión en la base montonera de Brasil, que había quedado demostrado con la caída del responsable, Valladares, la decisión de la conducción fue trasladarla de lugar.

“Muchachos, nos vamos a Madrid”, anunció Croatto y les dio los nuevos documentos falsos, que esta vez incluían un pasaporte y pasaje solo de ida.

El inicio de su exilio, como su comienzo en la militancia peronista no fue algo que buscó, simplemente se le presentó.

Golpeaban la puerta muy fuerte y el timbre no paraba de sonar, el padre de Ernesto se levantó del sillón apurado, puso la cadena para trabar la puerta, la abrió mínimamente.

-¿De que se trata esto?- preguntó.

-¡Venimos a buscar a Rosenda Deimundo!- le contestaron a los gritos.

-¿De parte de quien?

-De parte de ésta- dijeron detrás de la puerta y asomaron un FAL.

-¡Eh!, ¿pero tienen orden de allanamiento?

-¡Ésta es la orden de allanamiento!- reventaron la cerradura y entraron a la fuerza.

“Chenda”, como le decían a su madre, dio a luz a Ernesto el 24 de enero de 1939, pero él nació como peronista en 1956, cuando la metieron presa por segunda vez. Rosenda era una reconocida militante peronista, y luego del intento de golpe del 9 de junio, fue apresada junto a otros dirigentes.

Vivían en un departamento al fondo de un pasillo en el barrio de Colegiales, era de noche y en la casa estaba toda la familia: él, su hermano más chico Osvaldo, haciendo la tarea para el colegio, su madre y su padre, Régulo Juan, hermano de Arturo Jauretche, que reposaba sentado en un sillón grande y rojo al lado de un equipo de música de la época.

Los que entraron eran un par de civiles y cuatro infantes de Marina, los dirigía Próspero Fernández Alvaríño, más conocido como “Capitán Gandhi”, amigo de Aramburu y director de grupos paramilitares. Un grupo de tareas estaba en el departamento.

Entraron como una avalancha, su madre se había encerrado en el baño y estaba quemando papeles en la bañadera. Fueron derecho a la habitación de sus padres, dieron vuelta los cajones, rompieron colchones y almohadas; metían bayonetas y despegaban los zócalos de madera. Buscaban papeles y volantes de la resistencia peronista. Los encontraron.

Después tiraron la puerta del baño abajo y se llevaron a su madre. Ellos salieron detrás y vieron como la arrastraban mientras ella cantaba a los gritos la marcha peronista. La subieron a un vehículo de la armada, arrancaron y su voz vitoreando empezó a disminuir a lo lejos. No supieron nada de Chenda por un mes.

Recorrieron comisarías, regimientos y ministerios, sin novedades. La terminaron encontrando en una cárcel de infractoras en San Telmo junto a otras personalidades del peronismo, como Alicia Eguren, la esposa de John William Cooke.

Ernesto sostiene que esta búsqueda y la posterior organización de los familiares de las detenidas lo hicieron conocer el sentido lo colectivo y lo zambulleron en el peronismo. Tenía 17 años.

Una vez que ingresó en el río de la militancia peronista, nunca dejó de nadar. El frustrado levantamiento de Valle en 1956 y la persecución hicieron que la familia se desarmara. Chenda estaba presa y Régulo cada vez más ausente, al igual que su hermano

Osvaldo que ya casi no pasaba tiempo en la casa. Pero la soledad no era algo sólo de su hogar, sus tíos también eran perseguidos, Arturo se fue a Uruguay y no mantuvo contacto; las madres de sus amigos no querían que sus hijos se juntaran con él y le prohibían un lugar en la mesa. Su apellido lo marcaba, era imborrable, y lo alejaba de su círculo de la adolescencia.

Volvió a sentirse parte un colectivo cuando se realizaron las manifestaciones por el conflicto que se conoció como la “laica o libre”, desatadas porque el presidente Arturo Frondizi en 1958 le otorgó a las universidades privadas la facultad de emitir títulos habilitantes, lo que se veía desde ciertos lugares como un avance contra la universidad pública. Ernesto cursaba el sexto y último año en la escuela técnica Otto Krause y junto a sus compañeros decidieron tomar el colegio.

Los alumnos del industrial se creían más “pesados” que los demás; porque por su trabajo en el taller sabían manejar herramientas, fierros calientes y laburar con máquinas. De ahí les vino la idea para lograr una huelga que no podría ser disuelta: ingresar al establecimiento y soldar las puertas, ventanas y persianas por dentro. Sería impenetrable, tendrían una fortaleza que ni la policía podría desalojarlos. Sin embargo llegaron los bomberos, las tiraron abajo, ingresó la policía y se llevó detenido a varios. En esta ocasión, su primera vez, zafó.

Osvaldo, su hermano, iba a otro colegio, el Domingo Faustino Sarmiento, sobre la calle Libertad, y la lucha se vivía igual de intensa. El turno mañana adhería a la laica y a la tarde, donde estaba Osvaldo, a la libre. Pero el enemigo a vencer era el mismo: los bomberos. Régulo Juan, su padre, le enseñó a fijar una hoja de afeitar Gillette al zapato, entonces cuando llegaban los coche bomba, él era de los encargados de acercarse y disimuladamente pinchar las mangueras. También había diseñado con una cuerda y una batería de auto una especie de boleadora mucho más contundente para cuando hubiera enfrentamientos mano a mano.

Por otro lado, la relación con los parientes Jauretche era complicada, no por lo afectivo, que de todas maneras no se demostraban, sino porque estaban todos fugados. Lo que acercó a Ernesto a su tío materno, Teodoro Deimundo, que se relacionaba con los grupos territoriales de la resistencia peronista en la célula del barrio Pompeya.

Sin saber qué era lo que transportaba, aunque lo intuía, sus primeras tareas fueron de correo. Llevaba paquetes de un lado para el otro en la Capital Federal. Luego se agregaron actividades como observar un objetivo, su seguimiento y alguna que otra colocación de bombas caseras para sabotajes industriales y urbanos.

Pero Teodoro cayó preso luego de un tiroteo con la policía y salió en el año 1963, después de hacer un tour involuntario por las cárceles del interior del país, a las cual también viajaba su sobrino, ocasionalmente, para visitarlo.

Los viajes eran caros y debía ingeniárselas: hacía dedo, o se colaba en los trenes, aunque eso era más arriesgado, hasta que por un conocido se enteró que los aviones de carga que salían de Aeroparque necesitaban lastre, peso para poder volar sin dificultad, y era gratis. De las paredes del avión colgaban unas redes para engancharse con los brazos, no había asientos ni ventanas, estaba todo oscuro y el frío se sentía en los huesos, pero no había que pagar y así logró llegar a los penales de Rawson y Salta.

Los viajes los hacía con su amigo de la infancia, Héctor Gómez, el plan era siempre el mismo y nunca salía de la misma manera: ver cómo llegar, dónde dormir y cómo conseguir algo de comida para llevar en la visita. Así, en una ocasión, haciendo dedo se subieron al acoplado semi cerrado, sin techo, de un camión en Carmen de Patagones, “sí, claro que los llevo, súbanse atrás”, les dijo el chofer, los jóvenes se miraron entre ellos, ya sabían que viajar atrás era complicado, pero era la única oferta que tenían. Lo hicieron, el tipo arrancó y una humareda blanca se levantó entre los amigos que los cegó por completo. El hombre había

trasladado harina. A la primera parada se bajaron y estuvieron una semana sacándose mocos blancos.

Cuando andaban por el alto valle rionegrino afanaban frutas, verduras y escapaban a las corridas de las jaurías de perros. Eran para alimentarse ellos y también para su tío, que se estaba haciendo naturista y cada vez les complicaba más las encomiendas.

Mientras tanto, con el peronismo proscrito, la democracia radical intentaba hacerse fuerte frente a la presión popular y contra los golpes militares. Tanto es así que en 1962 el presidente Arturo Frondizi habilitó a partidos neoperonistas a participar de las elecciones nacionales legislativas que coincidían con algunas elecciones provinciales, como la de Buenos Aires.

Frente a esta puerta que se abría, Ernesto y el grupo de peronistas de Pompeya comenzaron a militar la candidatura del sindicalista textil Andrés Framini, que buscaba gobernar el territorio bonaerense. Como el peronismo seguía prohibido y no tenían partido ni locales propios, usaban la infraestructura de otras fuerzas políticas, como la Democracia Cristiana, donde confluyó con otros jóvenes peronistas errantes, como Eduardo Duhalde, décadas después gobernador, Julio Bárbaro y Jaime Dri. De esta corriente católica surgiría la organización

revolucionaria Descamisados que terminaría incorporándose a Montoneros.

Framini ganó y le sacó más de 15 puntos al segundo candidato, de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), el partido del presidente. Sin embargo el sindicalista nunca pudo asumir. Para impedir el retorno del peronismo, Frondizi intervino la provincia, pero para el ejército no fue suficiente y lo derrocó, puso como Presidente a José María Guido y no convalidó los comicios.

En 1991, con Eduardo Duhalde al mando del poder ejecutivo de la provincia de Buenos Aires, Andrés Framini fue reconocido como ex gobernador, pese a no haber podido ejercer ni un solo día.

Si bien la militancia política le demandaba mucho de su voluntad, Ernesto también debía rebuscársela para poder vivir, así consiguió trabajo en un taller de matriceria, al cual calificaba por sus estudios secundarios en el Otto Krause, pero que no le terminaba de agradar. En el tiempo libre que le quedaba comenzó a tomar clases de teatro, inspirado en su padre que recitaba el Martín Fierro cuando se bañaba, y también se anotó en un instituto para poder ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, ya que para las autoridades su

título técnico no era suficiente para demostrar sus conocimientos en las ciencias sociales.

Para su fortuna le llegó la posibilidad de dejar ese laburo maquinizado y rutinario y pasar a desempeñarse como redactor publicitario en la agencia “Ciencia & Publicidad”. A esas oficinas ubicadas en Corrientes y Medrano un día llegó una joven que acaparó algo más que su atención. Se llamaba Martha Roldan y era vendedora de la editorial Oriente, le ofrecía la colección completa de los libros de José Ingenieros, con una biblioteca de madera pequeña y todo, pero a Ernesto lo que menos le interesó fue el producto.

Comenzaron a hablarse, ella vivía en una pensión y los fines de semana se iba a San Antonio de Areco. Además de vender libros era una buena estudiante de Medicina en la UBA. Se pusieron de novios, al principio bastante distantes, no se veían muy seguido. Hasta que ella consiguió trabajo en una revista que financiaba la Unión de Personal Civil de la Nación (UPCN), lo sumó a Ernesto y se fueron a vivir juntos.

La relación siempre fue complicada, Ernesto se enteró de que ella lo engañaba con el director de la revista. Se separaron, se reconciliaron y de nuevo otra infidelidad. Este proceso lo vivieron al menos tres veces. Pero su unión iba más allá de lo sentimental,

compartían valores e ideas para una Argentina distinta. Tal es así que junto a Carlos Grosso fundaron Nueva Generación, una organización sin mucha vida propia pero que confluyó en la Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN). Con la idea de ampliarse, comenzaron a armar un grupo en la Facultad de Medicina.

En una clase, Martha escuchó hablar a uno de los ayudantes de cátedra y pensó que podía interesarle la propuesta que estaban armando. “Para nada, pero tengo un hermano al que puede que sí, se llama Rodolfo, está medio loco y vive en San Antonio de Padua”, respondió Hugo Galimberti.

El 28 de junio de 1966 las Fuerzas Armadas de la Nación posicionaron en la cima del poder ejecutivo nacional a Juan Carlos Onganía y el peronismo entró en crisis. El teniente general Juan Carlos Onganía surgía como un nuevo Perón, tenía el potencial para quedarse con el capital que había sembrado el ex presidente exiliado. En medio de la inestabilidad política los medios los colocaron como un caudillo, y la gente lo vitoreó. Había comenzado la “Revolución Argentina”.

Con el partido más popular proscrito, y la orden de Perón de “desensillar hasta que aclare”, la CGT y los sindicatos apoyaron al

nuevo caudillo y la relación de los trabajadores organizados con la juventud y la militancia dura se rompió.

Por eso en el nombre de la nueva organización en la que participó activamente Ernesto, “Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional” no estaba la palabra “peronista”, tampoco “revolucionario” ni nada que se le pareciera, que era muy típico de la época. Pero dentro de la agrupación si confluían esas ideas, junto a otras nacionalistas, cristianas y desarrollistas. De allí pensaban que nacería el “Movimiento Nacional”, que superaría e incluiría al peronismo. Así, terminarían con la represión, las injusticias y la exclusión social.

Oficialmente JAEN se fundó en marzo de 1967 en el bar La Perla, a media cuadra de la Plaza Once. Lugar también conocido por ser un antro del rock y donde Tanguito y Litto Nebbia compusieron La Balsa, canción ícono de la época y del género,

“Éramos parte de la juventud inconforme la época, fuera del sistema, tanto ellos con la creación musical y artística, como nosotros desde la política. Estábamos fuera del sistema político, fuera del sistema cultural, éramos renegados de la sociedad burguesa”, señala Ernesto.

Uno de los libros que guiaba su accionar era “¿Qué hacer?”, de Lenin. En sus hojas, el líder ruso decía: “la política es abstracta

pero se encarna en hombres concretos". Entonces decidieron proyectar a Rodolfo Galimberti como la principal imagen de la organización y a Ernesto Jauretche como la figura peronista que lo acompañaba.

Entre los fundadores estaba el propio Galimberti, al que apodaban el "Loco", su amigo el "Vasco" Mauriño, los profesores Augusto Perez Lindo y Norberto D'atri, y demás personas.

Cuando Ernesto y Martha lo fueron a buscar a su casa de San Antonio de Padua, al Loco lo sedujo la idea de la organización, pero los terminó incorporando él a su grupo.

Galimberti era un chico conflictivo en sus colegios y estaba mas asociado a Tacuara, una agrupación violenta de ultraderecha. De todas formas, siempre se reivindicaba como peronista y no encontraba su lugar. Tenía 20 años y era el más joven de todos. Ernesto, junto a Carlos Grosso y Jorge Raventos, lograron encauzarlo y pulir las facultades que ya poseía.

En su génesis las reuniones de JAEN eran en Capital Federal, en las oficinas de Oscar Alende, referente del Partido Intransigente, que había sido Gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Lo habían convencido asegurándole que eran un grupo de estudio más que político, y como él no las usaba mucho, accedió.

En esas oficinas apareció Galimberti con Jauretche para presentarlo en la sociedad jaenita. El Vasco Mauriño, del ala más peronista y de la edad de Galimba, se impresionó al verlo, Ernesto era mayor que ellos, más culto y más fogueado en la política. Además era Jauretche, uno de los apellidos más reconocido y prestigioso para los seguidores de Perón.

“Me produjo admiración, porque era un tipo muy leído, con muy buena labia, muy memorioso. Y en JAEN él jugó un rol muy importante, le dio mucha inserción política. Y yo creo que Ernesto era como el cerebro, no porque Galimberti no pensara, porque era un tipo sumamente inteligente, pero el tipo que plasmaba eso en el papel era Ernesto. Y era muy hábil para dar las discusiones políticas en asambleas, realmente un tipo muy formado, que hablaba bien y que escribía bien, cosa que ninguno de nosotros hacia por ese entonces”, dice Mauriño.

Jauretche tenía ocho años mas que Galimberti y cumplía el rol de intérprete de la coyuntura desde la perspectiva histórico-ideológica y a la vez escribía notas para el diario El Economista.

A nivel nacional la situación económica no mejoró y Onganía designó a Krieger Vasena al frente del ministerio de Economía y Trabajo, un empresario exitoso que como una de las primeras

medidas pidió un préstamo al Fondo Monetario Internacional (FMI).

El 1969 sería un año clave para el país y para JAEN. Krieger Vasena seguía en su cargo y a Ernesto le llegó una información que fulminaría al ministro. La empresa Swift-Deltec recibía subsidios del Estado y con esa plata logró comprar los suficientes frigoríficos locales como para controlar la exportación de carnes, una maniobra poco ética, audaz y que a primera vista no era nada nuevo. El conflicto apareció al revisar los nombres de quienes integraban el directorio de la empresa, entre los que estaba el mismísimo ministro de economía. Jauretche publicó la nota, se armó un escándalo nacional, y al otro día ya no apareció más por la redacción de El Economista. Según él, por la persecución. De todas formas también lo habían despedido. Krieger Vasena fue reemplazado el 11 de junio, pero después del Cordobazo, cuando el gobierno de Onganía comenzaba a desmoronarse frente a la presión social.

Mientras tanto, JAEN mantenía contactos con todos los sectores: el ejército, la iglesia, los sindicatos, con partidos comunistas y radicales, empresarios, estudiantes, y también militaban en los barrios, de tal manera que se comenzó a ampliar y a ganar adhesiones, principalmente entre los jóvenes. Por ejemplo, un integrante cursaba en la Facultad de Bellas Artes y

allí logró convencer a dos jóvenes músicos de 17 años, que luego se despegarían de la violencia política y triunfarían como artistas: Emilio del Guercio y Luis Alberto Spinetta.

El militante que más alto escaló en la política logró ser Vicepresidente de la Nación. Galimberti intentó sumar a sus filas a Fernando, profesor destacado en la Facultad de Filosofía y Letras, pero no pudo persuadirlo y debió conformarse con la incorporación de su hermano menor, Carlos. Pequeño inconveniente, ya había muchos Carlos en la agrupación y todos usaban nombres o apodos falsos para resguardar su identidad. “Con nosotros te vas a llamar “Chacho””, le dijo Martha Roldan. “¿Chacho? Chacho Álvarez, si, queda bien”, contestó.

Ya no sabían que tanto había crecido JAEN, entonces decidieron lanzar una jornada de pintadas, como para ver en qué lugares tenían presencia. Aparecieron en Córdoba, Santa Fe, Rosario y La Plata, era gente con la que mantenían contactos, sabían de la existencia de ellos mas no del grado de adhesión. Estaban mejor posicionados de lo que pensaban.

“Lideramos el grupo más numeroso de la Juventud Peronista en la Capital Federal”, dijeron Galimberti y Jauretche en una entrevista que se publicó en la revista Analisis, en agosto de 1970.

Ambos pasaban mucho tiempo juntos y su relación trascendía lo político. Cuando Rodolfo se casó con Mónica Trimarco, Ernesto y Martha ‘La Negra’ Roldán fueron los padrinos. Luego, Martha quedó embarazada de Soledad y decidieron formar un matrimonio. Rodolfo y Mónica fueron los padrinos.

El Vasco Mauriño, que era primo de Trimarco, y ya había generado un lazo de amistad con Ernesto, estuvo ausente porque le tocó hacer el servicio militar obligatorio en 1969. Y luego de la colimba se fue a España para airearse un poco, estaba un poco hinchado las pelotas del clima en Argentina.

JAEN no era un grupo estrictamente orgánico, sino mas bien de relaciones, de contactos. Se juntaban a realizar lecturas y tener discusiones que luego abrían a los demás en el bar La Perla “Ahí nos íbamos formando, pero esa formación no era una formación estrictamente política, era mucho más ética que política, y al mismo tiempo era adquirir un sentido apasionado de las cosas, no un sentido inteligente de las cosas, casi todo de lo que se aprendía, se aprendía para ser devuelto”, dice Ernesto.

El epicentro de sus actos solía ser la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, de hecho una vez la prendieron fuego. El 25 de junio de 1969 se reunieron alrededor de la facultad para repudiar la visita de Nelson Rockefeller, por ese entonces vicepresidente

de Estados Unidos, a la Argentina. Decidieron tomar el edificio y la policía comenzó a rodearlos y tiró gases para dispersarlos, pero no hizo más que encender la bronca. Los alumnos se atrincheraron en el interior y trabaron las puertas. Cuando estas comenzaron a flaquear, subieron a los pisos superiores, no sin antes incendiar los muebles de planta baja. Una vez que ingresaron los bomberos y la policía, comenzó la resistencia, desde arriba tiraron cualquier mueble que vieron. De todas formas, no fue suficiente. Los arrinconaron y los hicieron bajar uno por uno por las escaleras hasta el celular policial. No era un trayecto sencillo, los policías se pusieron a los costados y comenzaron a pegarles, si alguien caía por las escaleras era un dominó de militantes en el suelo.

Ya dentro del carro se le acercó un oficial. “Tomá, se te cayó esto”, le dijo. Era su libreta universitaria, tenía su cara pero no su nombre, era falso. “La puta que me parió”, pensó Ernesto. En la comisaría lo identificaron correctamente y a diferencia de sus compañeros, se quedó un tiempo más y luego lo trasladaron a la cárcel de Villa Devoto

En Devoto había personajes históricos, como Raimundo Ongaro, aunque no compartían pabellón. Allí le dijeron que debía conseguirse un abogado. Lo hizo y al otro día lo vio llegar. No cargaba ningún maletín, tampoco usaba corbata, cinturón, ni tenía

cordones en los zapatos. “Me metiste preso, boludo, ¿pensaste que existen las garantías constitucionales?”, le reprochó apenas se lo cruzó.

Al salir se enteró que lo habían echado de la Universidad de Buenos Aires por falsificar documentos.

En el último trimestre del '69 creyeron que podían consolidar la rama estudiantil de su organización y se presentaron a elecciones del centro de estudiantes. Una mañana todos sus afiches aparecieron con pintadas que hacían alusión a los contactos que mantenía JAEN, los trataban de “soplones”, “fascistas” y “nazis”. Finalmente el Partido Comunista y Franja Morada lograron que por un tecnicismo los jaenitas no pudieran participar.

“Tenemos que romper las elecciones del centro de estudiantes, romperles las urnas y romperles la cara”, sentenció el líder Galimberti.

El primer día de elecciones la Facultad de Filosofía y Letras amaneció normal, el hall central estaba concurrido, había rumores de lo que podía llegar a pasar, pero nadie se anticipó. Hasta que el bullicio empezó a crecer y se transformó en griterío, las cadenas comenzaron a sonar contra el suelo y los que no eran rojos ni morados se fueron. Ahí venía la banda jaenita con

Galimberti y Jauretche al frente, más algunos refuerzos, como su hermano Osvaldo que en esa época era un gran colaborador.

“Hay que hacerlos mierda”, fue la orden y se desató el escándalo. Corridas, cadenas, sillazos, mesazos, piñas y patadas. Osvaldo tuvo que frenar al Loco porque estaba lastimando demasiado a uno, pero luego siguieron repartiéndose. El objetivo se logró, la elección se suspendió. Se llevaron las urnas, el padrón y un compañero con conmoción cerebral. Desde ese hecho que Ernesto aún continúa con el tabique roto.

El encargado de las acciones defensivas, o en este caso ofensivas, era Galimberti. “Insuflaba energía y te hacía acompañarlo, siempre me quería reclutar a mí para los grupos de acción”, recuerda Osvaldo, que no participaba plenamente de JAEN y no tenía problemas en ir al frente.

Se sentían fuertes e importantes y luego de una reunión decidieron que la etapa defensiva había llegado a su fin, era la hora de atacar. Tendrían que conseguir armas, financiación y mayor popularidad. Pero la mayoría, que seguía las órdenes de Galimberti, coincidía en que era el momento de ponerse a la ofensiva.

Advertían tiempos convulsionados en el horizonte político latinoamericano, y en Argentina querían ser ellos la vanguardia de los nuevos movimientos revolucionarios.

2- Contracorriente

A España llegaron desde distintos puntos del globo terráqueo. Ernesto y Susana arribaron desde Brasil, René Chaves desde México y Jaime Dri desde Panamá, de donde era su compañera Olimpia Diaz.

Jaime había sido diputado provincial en Chaco en 1973 y si bien era relativamente conocido, alcanzaría la fama por otro hecho que ya se asomaba inminente.

Arribaron a Madrid compartimentados a distintos apart hoteles, ninguno sabía dónde estaba el otro, y tampoco sabían muy bien donde estaban ellos. El único contacto que tenía Ernesto era Daniel Vaca Narvaja, hermano de Fernando que era miembro de la Conducción Nacional.

Una vez asentados y aprovechando que estaban en un lugar donde no habían imaginado estar, empezaron a salir a caminar para recorrer la ciudad, cada uno por su lado, sin intención de romper la compartimentación. El tema es que los puntos turísticos a los que querían ir eran los mismos y terminaban encontrándose.

Jaureche paseaba tranquilo por una calle cuando escuchó que alguien gritaba su nombre, se frenó, miró para los costados y

nada. Dio dos pasos y de nuevo el grito, definitivamente no era un acento español el que lo entonaba. Lo identificó, alzó la cabeza y en una ventana de un apart hotel encontró a Susana asomada, sonriéndole y haciendo señas para que la espere abajo. Disfrutaba hablar con esa mujer que la creía mayor que él, a la que veía como aseñorada y que a la vez le comenzaba a atraer.

Susana nació en San Rafael el mismo año que Ernesto. Luego estudió y se recibió de abogada en La Plata, una ciudad repleta de jóvenes estudiantes del interior del país políticamente activos, y no quedó exenta a esos movimientos: fue vocal del centro de estudiantes de su facultad. Allí comenzó la relación con el padre de sus hijas con quien se trasladó a su ciudad natal para ejercer su profesión. En un principio era la abogada de la UOM San Rafael y con el correr de los años, tras un gran desempeño, otros sindicatos fueron requiriendo sus servicios. En 1971 se unió a Montoneros y fue una de las fundadoras, junto a Martha Roldán en Capital Federal, de la Agrupación Evita, expresión de la rama femenina de Montoneros.

Al vivir en una ciudad pequeña todos la conocían, lo que la perjudicó cuando la dictadura supo de sus relaciones con la organización armada. Le estallaron dos veces bombas en su casa y le dispararon un escopetazo a la puerta de su estudio.

Se trasladó a Mendoza y luego a CABA. Al igual que Ernesto, su responsable era Miguel Zabala Rodriguez, quien luego de su caída fue sucedido por Habegger, quien le ordenó salir hacia Brasil para ser parte de la ampliación del Movimiento Peronista Montonero.

Las coincidencias crecían cada vez que hablaban, pero no era una película romántica la que estaban viviendo. La mayor parte del tiempo discutían sobre la posición de la Conducción Nacional de Montoneros frente al pueblo, de quien creían se estaban distanciando y ya no sabían cómo interpelar. Acordaban que tenían ahora la gran oportunidad de poder decírselo de frente y lograr el apoyo de los demás asistentes para planificar una estrategia de repliegue y no salir al choque. La idea de “desensillar hasta que aclare”.

La última vez que Ernesto había estado cara a cara con varios miembros de la conducción, fue cuando aún no formaba parte de Montoneros y junto a Rodolfo Galimberti eran los líderes de JAEN.

-Rodolfo, la conducción de Montoneros los quiere ver- dijo Jesús María Lujan, el “Gallego Willy”, un universitario cordobés que era parte de JAEN.

-¿Qué? ¿Y vos como sabes?- lo increpó un siempre engominado Galimberti.

-Bueno, es que...- sonrió tímido el Gallego Willy, que sospechosamente había estado ausente mientras sucedía la toma de La Calera.

-Es imposible- interrumpió Ernesto.

-Ellos están clandestinos, super clandestinos, ¿Cómo vamos a hacer?- agregó Rodolfo.

-Si vamos somos boleta, o nos matan ellos o nos mata el ejército si se entera.

-Nosotros ponemos la cara, ya este contacto que estás haciendo nos pone en riesgo- le recriminó Galimberti al Gallego.

-Ellos quieren discutir políticamente nomás.

-¿Y a vos quién te mandó?- quiso saber Ernesto que ya veía la encrucijada. Montoneros había hecho una acción que envidiaban y estaban muy perseguidos. No podían dejarlos a la deriva así como así.

-Capuano Martínez.

-Entonces decíle a Capuano Martínez que primero nos juntamos con él en un bar, a la vista de todos, y después vemos.

El 29 de mayo de 1970 Montoneros secuestró al general y ex presidente Pedro Eugenio Aramburu y la confusión se apoderó de todos. Una de las teorías señalaba que era una estrategia de parte de las internas del Ejército, una especie de autosequestro para encumbrar la imagen de Aramburu. Sin embargo, por el testimonio de la esposa, se estaba al tanto de que los secuestradores eran jóvenes, así que o habían actuado en conveniencia con ese sector de las Fuerzas Armadas, o efectivamente era un grupo revolucionario quienes habían llevado a cabo la acción. Esa segunda posibilidad obligó a Jauretche, Galimberti y al resto de la banda a dispersarse y esconderse por un tiempo para evitar alguna infortunada confusión.

De los comunicados que emitieron se sabía que se hacían llamar “Montoneros”, pero no se sabía quienes lo conformaban. Hasta que dieciocho días después volvieron a actuar.

La Calera es un pueblo a veinte kilómetros de la capital cordobesa y fue tomado por veinticinco militantes que redujeron al personal policial en la comisaría y luego se hicieron con 26.000 dólares del Banco de Córdoba. Lo que pareció ser otro éxito en la corta carrera de la organización se empezó a desmoronar cuando

uno de los coches de la retirada falló y fue abordado por un policía que logró obtener el dato de donde estaba la casa que alquilaban. Armaron un operativo, abordaron la casa y consiguieron descifrar los datos de todos los miembros y colaboradores.

Las caras y nombres de los montoneros estaban en todos lados. A Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus los conocían, solían frecuentar los mismos ámbitos de discusión. De Norma Arrostito pensaban que era comunista y Firmenich les parecía un “cristianuchi” sin demasiada relevancia. A Roberto Perdía lo desconocían totalmente. Excepto Arrostito, eran todos chicos entre 23 y 25 años. Estaban expuestos y las fuerzas de todo el país los perseguían.

El 7 de septiembre de 1970 Abal Medina y Ramus fueron abatidos en una bar de William Morris cuando se enfrentaron con la policía. Un golpe directo a las entrañas de la organización:, habían caído dos de los fundadores. Los que quedaban vivos estaban rodeados.

El nombre de Capuano Martínez también se había difundido, aunque desde JAEN sólo sabían que era un dirigente cordobés importante, y no mucho más.

A los tres días del contacto del Gallego Willy, la figura de Ernesto Jauretche apareció en la mira, ya las canas le invadían el pelo largo y sus ojos celestes lo hacían inconfundible

-Tiene armas, esta calzadísimo- informó José Amorín, el encargado de apuntarle .-Pero no vienen con nadie más.

Sin sacarle la mira de la cabeza lo siguió, vio como entraba al bar junto con Galimberti y permaneció en la misma posición durante toda la charla.

El encuentro fue muy breve, Capuano Martínez se identificó como parte de la Conducción Montonera, la organización armada con más relevancia, y los reconoció a ellos como la parte política más organizada dentro del movimiento juvenil peronista. Aceptaron la cita con el resto de los líderes. “Ya les van a llegar las indicaciones”, avisó Capuano Martínez y se retiró.

“Si ustedes caían con la policía yo tenía la orden de boletearte, si pasaba algo raro ustedes dos no salían de ahí”, le reconoció años después Amorín.

A los pocos días el “Gallego” Willy volvió a aparecer y les dijo que a la mañana siguiente debían ir al baño de un bar de Wilde. Galimberti y Jauretche ya sabían que la reunión iba a durar al

menos 24 horas y tenían que preparar su ausencia para librarse de sospechas, ya que nadie de JAEN estaba al tanto del contacto.

La indicación era que vayan desarmados y siguieran a pie las instrucciones que les iban dejando. Pero la caminata no hacía más que asentar dudas.

-¿Estamos seguro que son los Montoneros?- dijo Ernesto mientras miraba para todos lados.

-Mirá si son los servicios y nos están entregando- aventuró Rodolfo que tampoco estaba convencido del paseo involuntario.

La última indicación decía que caminaran recto por una calle y cuando una camioneta aminorara la marcha y se les acercara, se subieran.

“¡Suban a la cabina de atrás!”, les gritó un hombre que nunca en su vida habían visto desde una camioneta Peugeot 404 roja, apenas bajando la velocidad y casi sin detenerse.

Galimberti y Jaureche se miraron y casi por inercia subieron y se taparon con una lona. “Somos un blanco móvil”, pensaron. Luego de 20 minutos la camioneta estacionó en un garaje, los destaparon y bajaron.

Llegaron a una casa humilde, típica de militantes, sin adornos ni mucha decoración, lista para desocupar. La cochera estaba conectada con el living, de ahí salía un pasillo que daba a las dos habitaciones, un baño y otra puerta para la salida a un corredor interno que desembocaba en la otra calle.

-Hola, soy la Gabi- se presentó Norma Arrostito aunque ya todos sabían que era Norma Arrostito, porque la Ciudad de Buenos Aires estaba empapelada con su rostro y su nombre.

-Hola, Gabi- respondieron.

-Que tal, yo soy Carlitos- se presentó Roberto Perdía aunque ya todos sabían que era Roberto Perdía.

Rodolfo y Ernesto no necesitaban presentarse, si eran ellos los que los habían buscado. También estaba Capuano Martínez, pero ya se conocían. Eran tres contra dos.

“Nosotros estamos clandestinos y necesitamos un aparato de masas donde poder insertarnos, para poder sobrevivir a la represión y crecer”, fue el planteo de la Conducción Nacional.

-¿Cuál va a ser para ustedes la salida política de todo esto?- quisieron saber los Montoneros.

-No sé, pero va a ser violenta- dijo Ernesto.

-Entonces preparémonos para la violencia- concluyó Arrostito.

Luego de un día de debate político sobre la estrategia futura del movimiento nacional y popular dieron por finalizado el encuentro y se citaron para otro más, que duraría 48 horas.

Pasaban los días y Galimberti y Jauretche esperaban el contacto. Era lógico que quienes fueran clandestinos impusieran la condición del lugar, fecha y horario pero no se sentían cómodos con no tener el control. “Che, ya está la cita”, les avisó el Gallego Willy. Y otra vez un mecanismo similar hasta que los subieron a una camioneta.

Era la misma casa que la vez anterior. Años después Ernesto se enteraría que fue el hogar de Arrostito y Abal Medina.

-Pasen, ¿quieren soda?- preguntó Norma Arrostito que era la que solía llevar la batuta.

-Claro- respondió Ernesto y le pareció extraño que el sifón tuviera una rodillera puesta .-¿Es para mantener el frío?- quiso saber.

-¿Qué?, ¿esto?- intervino Perdía sonriendo .-No, es para tapar el nombre del distribuidor, si ustedes saben quien la distribuyó pueden saber dónde estamos.

Efectivamente no tenían ni idea de donde estaban. Pero el ambiente era amigable.

-Ernesto vení para acá que quiero charlar un temita con vos- le dijo Perdía desde el pasillo.-Entrá a este cuarto que hay alguien que te tiene que hablar

Jaureche ingresó al dormitorio, estaba oscuro y cuando lo quiso iluminar una voz lo frenó.

-No prendas la luz y cerrá la puerta- ordenó la silueta sentada en la cama.

Con un poco de extrañeza hizo caso, si estaba en la casa no le iban a hacer nada, no tenían motivos. De todas formas era una situación rara.

-Mirá Ernesto, ocurre una situación muy particular- comenzó a explicar la silueta.-Si esa luz se prende vos sabes quien soy yo, vos sos el único aquí que sabe mi nombre y apellido. Tenes que elegir. Si queres seguir participando de las reuniones tenes que aceptar que me conoces pero no le podés decir a nadie, y si yo después de acá llegó a caer a vos te va a pasar lo mismo. Así que elegís vos, o nos reunimos o te vas

-Me quedo- titubeo Ernesto y prendió la luz .-¡Hijo de puta!
¿Qué haces vos acá?!

Era Carlos Hobert, un estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el espacio donde JAEN había echado raíces, al que despreciaba por boludo, lo creía más a la izquierda, lo trataban de “cristianuchi” y no le daban mucha bola.

-Y bueno- sonrió Hobert .-Yo soy uno de los fundadores de Montoneros, soy de la Conducción Nacional

-La puta que me parió, ¿y como te llamas acá?

-Pinguli, acá me dicen Pinguli

En la segunda reunión apareció también Mario “Pepe” Firmenich, en una actitud como si no fuera del grupo, participaba escuchando, no opinaba y era el que traía café y cebaba mate. Mientras, siguieron discutiendo sobre la estrategia general, la política internacional, qué aliados podían llegar a tener en Europa o en África, se sabían perseguidos y recludos, pero con mucho potencial.

Sin embargo Ernesto no paraba de sentirse un iluso, no podía creer que el mismo tipo que se cruzaba en la facultad y no saludaba, era tan lúcido y había estado todo el tiempo un paso

delante de él. “Cuando hablaba Hobert todo el mundo se callaba, nadie pedía silencio, ni él tampoco, pero era como una especie de autoridad, era el más joven de todos, era el menos conocido de todos, pero tenía una autoridad innata”, recuerda Jauretche.

“Pinguli” no era la única figura que destacaba en esa reunión, Galimberti no se quedaba atrás y el encuentro se transformó en una batalla dialéctica entre los dos principales líderes. Pero La etapa de discutir comenzaba a quedar atrás y llegaba la hora de tomar decisiones concretas.

En principio a ambas organizaciones los ilusionaba trabajar a la par. Montoneros poniendo las armas y JAEN las masas populares, les daba un panorama muy alentador frente de la dictadura. Era el objetivo final de las reuniones y a esa conclusión ya habían arribado, el problema, el detalle que faltaba definir, era quien mandaba, quien daba las órdenes, ¿JAEN o Montoneros?

“El poder nace de la boca de los fusiles”, era el punto de vista de la Conducción Nacional. “No, el poder nace de las masas”, sostenían Galimberti y Jauretche. Ambas posiciones eran incompatibles, irreductibles, ninguno iba a terminar de aceptar la posición de los otros. Así se rompió la posible alianza y no hubieron más cónclaves, sí reuniones esporádicas entre Pinguili y Galimberti o Pinguli con Jauretche, ya sin chances de unirse.

-Esto se soluciona a los balazos- dijo Rodolfo, días después en la casa de Ernesto.

-No, Loco, no nos conviene ir para ese lado, ellos están mucho más armados que nosotros.

-Esto termina a los balazos y tenemos que ganar- sentenció Galimberti.-Hay que armarse.

Galimberti se acercó aún más a Diego Muniz Barreto, un heredero millonario que al igual que él venía del ala derecha de la política; además tenía relaciones con el ejército y contactos en el exterior. El Loco y Muniz Barreto empezaron a comprar armas a Libia. La discusión dialéctica para Galimberti ya estaba totalmente terminada, era la hora de enfrentarse.

“Yo no podía avalar esa confrontación”, dice Jauretche, que desde ese momento comenzó a aislarse de su grupo. Nadie en JAEN sabía de los encuentros que existieron con Montoneros y menos conocían sobre la razón de la artillería que entraba Galimberti al país.

A Ernesto no le quedó opción que resignarse e ir a ver a Pinguli

-Mirá, el Loco no me escucha más y está planteando que esto se va a resolver a tiros.

-Ah pero vos sos un traidor- le respondió Pinguli.

-Si, puede ser.

-Lo estás traicionando a Galimberti.

-Porque ya no creo en lo que él propone.

-¿Y qué vas hacer?

-No sé, porque tampoco creo en lo que ustedes proponen. No tengo salida.

-Te vas a tener que decidir o te quedas afuera de todo- explicó Hobert.

-Me quedo con ustedes entonces.

-Esta bien, pero acá no tenes nombre. Hay que hacerse de abajo, podes arrancar pero como aspirante.

Jaureche aceptó. Al poco tiempo Galimberti se dio cuenta y rabioso de furia se encargó de defenestrarlo frente a su grupo. Alguien de sus entrañas lo había traicionado y no podía perdonarselo, entonces a Jaureche comenzaron a llegarle amenazas de muerte.

Pasaron semanas hasta que finalmente se logró un punto medio que evitara el potencial conflicto armado entre JAEN y Montoneros. No se unirían, pero si se subordinarían a las órdenes de Perón.

Montoneros redactó una carta que Galimberti terminó entregando al General, en ella le pidieron disculpas por si habían cometido algún hecho que iba en contra de la estrategia que él planteaba desde el exterior. Perón respondió dándole el visto bueno a la conducta montonera y los llamó la “fuerza especial” del movimiento peronista. Con ese bautizo se dirimió todo enfrentamiento, Montoneros era el líder incuestionable de la juventud revolucionaria peronista.

El encuentro en España algunos años más tarde sería totalmente distinto. Pinguli, Capuano Martinez y Norma Arrostito habían caído. Con Perdía casi no había vuelto a hablar y Firmenich, que en esas reuniones no había mostrado ninguna condición de liderazgo, estaba al frente de una de las organizaciones armadas más ricas del mundo.

En su casa de Argentina quedaron Alicia Pierini, su pareja de ese momento, y Osvaldo, su hermano, que luego de estar en una improvisada cuarentena por hepatitis, se instaló ahí. Por

momentos eran cinco los chicos que correteaban entre los pocos muebles: dos hijos de Alicia, Soledad, la hija de Ernesto, y dos de Osvaldo. El nene más chico de su hermano tenía la madre desaparecida, lo que hizo que la familia Jauretche se recluyera aún más. Chenda decidió salir del país y mudarse a Los Ángeles.

La espera no le molestaba, nunca había estado en el exterior y lo poco que conocía de Madrid le parecía maravilloso.

Finalmente Daniel Vaca Narvaja le transmitió la orden: la reunión no sería en la capital española, habría que trasladarse 400 kilómetros al norte hasta la región de Cantabria. La Conducción Nacional había conseguido un convento que alojaría a todos los convocados y ahí mismo se haría el congreso. El cura Jorge Adur fue quien se encargó de esa gestión, y convenció a sus pares al decirles que los argentinos que llegarían eran científicos.

Los orígenes del Real Santuario de Montesclaro se remontan al año 1200. En su historia sufrió incluso invasiones francesas, pero ahora estaba ocupado casi plenamente por medio centenar de montoneros.

“Hacía un frío de re cagarse”, recuerda Ernesto, que no se abrigaba en el otoño español. Decidirían cómo actuar en la

Argentina en una zona árida, dentro de una construcción romana de piedra.

La edificación emergía sobre la ladera de un monte, a su ingreso tenía una explanada donde estacionaban las combis que los trasladaban. Jaime Dri se sorprendió por la cantidad de ventanas que tenía el convento y por cómo estaban construidas: eran dobles, una ventana al exterior, una pared gruesa y otra ventana al interior, para que el frío de re cagarse no penetrara tanto.

Era un encuentro de viejos conocidos. Estaba Norman Briski, que era un colaborador de la época de JAEN con el que tenía buena relación, y también estaba Rodolfo Galimberti, que aún le guardaba rencor por su traición. Oscar Bidegain y Miguel Bonasso eran otros de los presentes con los que se llevaba muy bien además de Jaime Dri, René Chaves y Susana Sanz.

Luego de una cena de bienvenida en la que comieron como hacía tiempo no lo hacían, cada uno se fue a dormir a las celdas de los monjes. Eran dobles o individuales, frías e incómodas, con un candelabro y un camastro, nada más.

“Era un iglú, una heladera”, rememora René Chaves. “Nos pusimos dos colchones para poder dormir, era una humedad y un frío al que no estábamos acostumbrados”, dice Chaves, que

asistía al encuentro por haber sido diputada provincial de Neuquén en 1973, y compartía celda católica con Susana Sanz.

Al día siguiente comenzaron las deliberaciones plenarios, había una mesa larga, o muchas mesas pequeñas juntas que la hacían larga, y los participantes se sentaban a los dos lados, aunque sobraban lugares.

El Movimiento Peronista Montonero al igual que el PJ iba a estar constituido por cuatro ramas: la sindical, la política, la femenina y la juvenil.

Por la sindical pidió la palabra Armando Croatto y contó que sus compañeros de Avellaneda le habían hecho un asado de despedida en la sede del sindicato municipal, en la que manifestaban estar ansiosos por participar de las nuevas organizativas del MPM.

“Imposible, ¿este dónde vive? ¿en una burbuja?”, pensó Ernesto

Le siguió Norberto Habegger, quien había convocado a Jaureche, y era parte del área de prensa. Expuso sobre el éxito de las publicaciones, sobre lo extraordinario que iban los ejemplares de las revistas Montoneros y Evita Montonera, con distribución en todo el país de manera orgánica a través de la estructura de la organización y con llegada a toda la sociedad.

Ernesto nunca había visto ni escuchado hablar sobre la revista Montoneros, si bien había estado colgado un par de meses, Habbeger afirmaba que llegaba a toda la sociedad, él de alguna manera se debería haber enterado. No era el caso. La revista Evita Montonera tampoco le llegaba orgánicamente, si tenía algunos números era porque él las iba a buscar a la imprenta cuando iba a retirar o dejar documentos.

En esa sintonía siguieron el resto de los discursos. Jauretche buscó con la mirada a Jaime Dri, que con las manos en jarra le hizo el más indisimulable gesto de incredulidad. Se reunió aparte con Susana.

-¿Qué es esto?- preguntó Ernesto en voz baja.

-Mienten- susurró Sanz.-mienten para disputar espacios en la lucha interna política de la orga, pero mienten.

-Oime- se acercó la Negra René.-Yo salí como laucha de Neuquén, estos tipos están hablando de otro país.

Entonces Ernesto levantó la mano y pidió la palabra.

-Lo que estoy escuchando aquí no lo puedo creer- comenzó serenamente.- Yo vengo de la patria y es mentira todo lo que se está diciendo, mentira que hubo una reunión de municipales en

Avellaneda, es imposible. Mentira lo de la revista Montoneros, a mi nunca me llegó un solo ejemplar, no la conozco, no sé ni de que se trata- empezó a levantar la voz.- El Evita llega sólo a alguno sectores internos de la orga porque no hay mecanismos de relación entre nosotros, están todos cortados, todos rotos.

El bullicio crecía, algunos se paraban de su sillas, pero Ernesto continuaba.

-Yo he estado como asistente de la conducción que cayó en calle Corro y los mismos compañeros no tenían un colaborador ni siquiera para aliviar tareas, el Turco Salame no podía poner un pie en Tucumán y era el Secretario de la JP tucumana ¡Esto es falso! ¡Aquí se miente!- concluyó en un tono elevado y la reunión se desmadró.

-Compañero Ernesto, afuera del salón, retírese- dijo Pepe Firmenich por sobre el griterío.

-¿Quien sos vos para echarme a mi? Echa a los Montoneros, yo soy de la JP peronista, a mi vos no me echas, vos no sos nadie, no sos autoridad para mi.

-Ernesto, por favor querido, hágame el favor, no venga a generar este conflicto acá- intervino Oscar Bidegain, el ex

Gobernador de Buenos Aires, gobierno del que Jauretche había formado parte.

-Pero, Don Oscar, están mintiendo, yo no puedo soportar que esto pase de esta manera.

-Por favor respete a los compañeros- insistió el viejo.

-Respeto a todos los compañeros y particularmente a usted, Doctor, pero si usted está de acuerdo con que aquí se sigan diciendo estas cosas tampoco lo voy a respetar a usted.

-¡Pero! ¿cómo? ¡No me falte el respeto!

-¡Afuera!- gritó Firmenich.

Y entre varios lo agarraron a Jauretche para sacarlo a la fuerza, lo llevaron contra una esquina, Perdía le puso una pistola en los testículos con tanta fuerza que casi lo sostenía en el aire. Galimberti se acercó con otra y se la puso al cuello. "A vos te mando Massera, hijo de puta, infiltrado. Estuviste en la ESMA, claro, nosotros sabíamos que andabas desenganchado, estabas ahí, ¿no? Nosotros te vamos a fusilar, hijo de puta, ¡hay que matarlo", dijo Galimba. Segunda vez que lo proponía.

Ninguno de los compañeros con los que había hablado salieron claramente en su defensa. Ni Jaime, ni Susana. En Brasil habían

estado todos de acuerdo, pero en el convento de Montesclaro el único expuesto fue Jauretche.

La reunión se levantó y pasó a cuarto intermedio. A Ernesto lo arrestaron en una de las habitaciones.

Durante la cena se comentó lo sucedido y Dri aprovechó para acercarse a Fernando Vaca Narvaja, que hacía tiempo no veía, para recriminarle la actitud de Montoneros en la Plaza de Mayo, el día del trabajador de 1974.

-No nos tendríamos que haber enfrentado así, no con Perón.

-Vos no cambias más, Jaime, seguís siendo el mismo de siempre con ideas pequeño burguesas- le reprochó Vaca Narvaja.

El congreso de ampliación del MPM se suspendió por razones de seguridad. Una versión señala que fue porque no sabían qué más podía haber delatado Jauretche y porque los curas del lugar informaron a la Conducción que había movimientos extraños en los alrededores. Según ellos podía ser un ataque de la derecha franquista española o de los servicios con los que colaboraba Jauretche. Sin embargo, a Dri le dijeron que se iban del convento porque en los establos que tenían los curas dominicos había nacido un ternero y le pusieron por nombre "El Che", lo que levantó sospechas de que los religiosos sabían realmente quienes

eran los argentinos que estaban hospedando. En definitiva, se tenían que ir.

El congreso se trasladó a París y después a Roma. Ernesto ya había sido relevado de su responsabilidad en la rama política del MPM, y mientras esperaba su juicio revolucionario fue recluido a la casa de Daniel Vaca Narvaja.

Si era declarado culpable la pena era la ejecución, pero para su suerte llegó desde Buenos Aires el secretario político del área federal de Montoneros, que lo conocía de estar juntos en el territorio y declaró a su favor con insultos de por medio para los acusadores. Se arregló que su nueva labor pasaba a estar bajo la órbita de Fernando Vaca Narvaja, quien estaba al frente de las relaciones internacionales de la organización. Pero tenía prohibido el ingreso a la Argentina, y si volvía aplicarían la pena de muerte.

Con Daniel Vaca Narvaja tenía una muy buena relación por haber coincidido en el gobierno de Bidegain, pero con Fernando no tenía esa cercanía y este lo mandó a que se haga cargo de la Casa de Alabama, la casa de los Montoneros en la Ciudad de México.

A Susana Sanz la seguía viendo y de esa manera le llegó la noticia de que Jaime Dri, a quien conocía de cuando era parte del

Partido Justicialista y se habían reencontrado en Montesclaro, había caído en Montevideo. No sabían nada más. No estaban enterados de que estaba vivo, de que la persecución se frenó por un tiro en la pierna, ni que lo habían trasladado a Argentina. Era otro secuestrado que podía haber sido él.

3- Subordinación y valor

Llegó a la Casa de Alabama en los primeros meses de 1978 y se dio cuenta del nivel al que lo habían degradado. No tenía a cargo ni siquiera la contabilidad del lugar o la preparación de un evento, era un simple conserje. Volvía a ser aspirante, al igual que cuando ingresó a la organización.

Allí se planificaban las actividades de denuncia de los organismos de derechos humanos, se daba consultoría a recién exiliados y se redactaban comunicados. Ernesto se encargaba de la limpieza del hall, del jardín, de preparar alguna oficina para una reunión, de recibir a quien se anunciara, nada más que eso. La vida en México se le hacía bastante monótona.

La conversación con los recién llegados al país solía ser similar, pedían ayuda para conseguir trabajo o una beca para seguir estudiando y Ernesto los derivaba con alguien superior que le tomara los datos y le supiera dar una respuesta concreta.

-Necesito ver a la Conducción- le dijo un tipo morocho, delgado, con un jopo que le caía sobre la frente, ojos marrones y una campera de plástico azul.

-¿Y vos quién sos?- preguntó Ernesto al rostro que nunca había visto.

-No te puedo decir quien soy, pero necesito hablar con la Conducción

-Yo no te puedo hacer contacto si no sé quien sos

-Y tenés que encontrar la manera

-Bueno, mirá- pensó Ernesto.- te puedo hacer un contacto intermedio si querés, con un cuadro intermedio y que él decida si podes ver o no a la Conducción

Jauretche lo llevó a la oficina de uno de las mano derecha de Galimberti y al rato lo vio salir con el paso apurado para llamar al Loco. “Hay una operación armada por parte del ejército argentino”, dijo.

Enseguida llegaron a la Casa de Alabama Galimberti y Bonasso para ponerse al tanto. El hombre era Tulio “Tucho” Valenzuela, un militante montonero detenido en la Quinta de Funes, Rosario, bajo la jurisdicción del Segundo Cuerpo de Ejército al mando del general Leopoldo Fortunato Galtieri, segundo en la línea sucesoria de Videla. “Ha venido una patota para secuestrar o matar acá mismo al Pepe si no se lo pueden llevar, y yo vine con ellos”, explicó.

Valenzuela contó que había sido secuestrado en Mar del Plata junto a su compañera, Raquel Negro, embarazada de mellizos y el hijo de ella. Ambos habían quedado de rehenes en Rosario como garantía de que él iba a entregar a Firmenich vivo o muerto. Era parte de una estrategia de Galtieri y Videla para eliminar al líder guerrillero antes del Mundial de fútbol.

Bonasso y Galimberti no sabían si creerle o no. Valenzuela, según el relato, estaba entregando a su familia a cambio de venir y salvarle la vida a Firmenich.

Todo esto Ernesto lo entendió después, mientras tanto veía a sus superiores pasar a las corridas. “Prepara una sala para una conferencia de prensa”, le ordenaron. Así se sabría si Tucho estaba mintiendo o no.

Valenzuela había compartido lugar de encierro con Jaime Dri, de quien no tenían más noticias que su caída. Parecía que el Pelado seguía vivo.

La idea era realizar la conferencia y luego hablar con el gobierno mexicano. Pero ellos ya estaban al corriente de todo, y fueron al hotel céntrico Mayaland a detener a los militares argentinos infiltrados en su territorio.

Frente a los periodistas, Tucho relató la historia que ya les había dicho a Bonasso y a Galimberti. Esta vez, desde un rincón, también Ernesto la escuchaba.

En la Quinta de Funes al ver que sus compañeros se pasaban al enemigo y estaban conspirando para actuar contra la Conducción Nacional, simuló quebrarse, cambiar de bando y llegar a México para desbaratar la maniobra, en un angustiante acuerdo con su pareja que seguía como rehén.

La conferencia tuvo que levantarse rápidamente porque la policía estaba al caer, Tucho quedó como secuestrado de los mismos Montoneros y luego lo mandaron a Cuba, lugar donde decidió recluirse la Conducción. Allí le hicieron juicio político y lo degradaron por haber “violado la doctrina del partido en materia de comportamiento frente al enemigo”.

Volvió al país en el marco de la primer contraofensiva y al verse rodeado por un operativo, se tomó la pastilla de cianuro. Su compañera está desaparecida, el hijo de ella fue devuelto a sus abuelos. De los mellizos, una es la nieta restituida número 96, a su hermano lo siguen buscando.

Tras la maniobra que realizó Montoneros de no denunciar en primera instancia la intromisión de militares argentinos al territorio extranjero, las autoridades mexicanas respondieron con

rigurosidad. No quedó ni una sola casa donde se exiliara un argentino, de manera legal o ilegal, sin revisar, las tenían a todas registradas. Se llevaron detenidos a los que andaban flojos de papeles y se quedaron con todas las armas que tenían, incluso las que tenían escondidas. Ya sabían todo.

Mientras tanto en España, Susana Sanz seguía plenamente integrada a la rama femenina del MPM, a cargo de Adriana Lesgart, a quien le pedía por favor que la destinara a México. Antes de que Ernesto partiera, ya habían conversado para vivir juntos.

Cuando finalmente logró llegar a México pudieron alquilar un garaje con baño y sin cocina. A la par llegó Alicia Pierini a Madrid a exigirles explicaciones a Adriana Lesgart y a la Conducción. Ernesto la había abandonado y era un delito según los códigos de la organización. Pero no la escucharon y Jauretche no recibió ninguna sanción.

No era el primer inconveniente que tenía con una pareja y también ya conocía lo que era empezar desde abajo dentro de la orga.

Para 1973 la relación con la Negra Roldán, su pareja por más de siete años, era cada vez complicada. Ernesto militaba

clandestinamente, sin contarle a nadie, en Montoneros. Martha militaba clandestinamente, sin contarle a nadie, en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que de todas formas se fusionaría a mediados de año con la “orga”.

Martha y Ernesto siempre fueron muy diferentes, “La Negra era muy activista, muy valiente, muy dura, una mina de armas llevar de entrada, no literalmente. Ernesto en cambio era más intelectual, más humano, más flexible. La Negra era inflexible”, dice el Vasco Mauriño, compañero de ambos en JAEN

Si bien estaba en el escalón más bajo de la orga, Ernesto mantenía la conexión directa con Pinguli Hobert, uno de los integrantes de la Conducción Nacional.

Por idea de Pinguli, Montoneros creó dos estructuras: las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR) y las Unidades Básicas de Combate (UBC). Las UBR, aunque dependían estratégicamente del mando montonero, tenían independencia táctica para desarrollar su política en el plano territorial, sindical, universitario, etc. Es decir, distintos frentes que eran los que conformaban un “ámbito”. Las UBC, en cambio, respondían directamente a la conducción militar de la organización y desarrollaban acciones planificadas por la Conducción Nacional.

Cualquier militante, como Ernesto al principio, podía integrar una UBR. El método de conducción, que era lo novedoso, tenía su núcleo en el ámbito, que sí o sí debía estar conformado por distintos frentes, esto era lo que le daba entidad. Un estudiante, un sindicalista y alguien del barrio. Pluralidad. Ese ámbito tenía un jefe y ese jefe era el único clandestino, el resto del grupo era territorial y se conocían entre sí. La única función del jefe era el contacto con la Conducción Nacional, porque todas las demás decisiones se tomaban por asamblea. Entonces la elaboración de la política se transformaba en un producto colectivo, no eran creaciones individuales de un líder. No había una búsqueda de poder personal, sino grupal. Y es la misma asamblea quien arbitraba sobre la capacidad de conducción del jefe; si perdía la asamblea, perdía su lugar.

Con la eficacia de este sistema es que las UBR se apropiaban de la JP, que solía tener una conducción vertical. Y así crean las JP de las regionales con una organicidad diferente.

La UBC era como la selección de Montoneros, sólo la conformaban los más capacitados ya que los elegían a partir de sus desempeños en la UBR. Entonces en cada UBC, Montoneros tenía a un tipo que conocía al territorio, que era un cuadro político bien formado y además era un cuadro militar.

Según Jauretche, Hobert fue el jefe político militar más importante que ha tenido la Argentina en toda su historia, “lo comparo con Belgrano, San Martín y distintos próceres. Era muy grande Pinguli, muy grande”.

Para este año, el panorama de la Tendencia Revolucionaria ilusionaba a sus integrantes. La cúpula militar estaba debilitada y Lanusse, el entonces presidente, habilitó las elecciones nacionales con artilugios legales como para impedir la participación de Perón pero no de su partido.

La tarea de Ernesto, al ser una figura pública, era viajar por el país convenciendo a los militantes de que se afiliaran al Partido Justicialista, lo que no era nada fácil. El 26 de junio de 1972 en un Congreso Nacional Justicialista que contó con un par de balas de fuego, se había elegido a Juan Domingo Perón como presidente del partido, a Isabel Martínez como vicepresidenta 1° y a Héctor José Cámpora como vicepresidente 2°. Además, Jauretche fue designado como uno de los tres representantes de la rama juvenil.

Durante los 17 años que duró el exilio de Perón, la resistencia peronista guíaba su accionar fuera de una estructura política, tenía una posición peyorativa sobre los partidos políticos que habían sido la herramienta de la dominación por parte de la dictadura y se aprovechaban de la proscripción. Podían tener

poder territorial, controlando los barrios. Podían tener poder sindical, controlando las fábricas y los sindicatos. Incluso poder estudiantil, esparciéndose cada vez más en las aulas. Pero no podían tener poder político, no podían convertir lo reivindicativo en política. El representante territorial, social, estudiantil, tenía un techo, no se convertía en dirigente político.

El Partido Justicialista había estado casi todo ese tiempo intervenido. Como no había transferencia de cuadros del territorio ni del sindicato, el aparato político era el mismo que del '55, gente mayor. Sin embargo era la única estructura legal para poder llegar al gobierno, según indicaba Perón.

La campaña fue “Cámpora al gobierno, Perón al poder”. El mensaje que bajaron personajes como Ernesto era aún más claro: “muchachos, a afiliarse al partido de mierda este que tenemos. A afiliarse, vamos, porque si ustedes se afilian nosotros tomamos el partido. Entonces con la afiliación masiva los viejos van a quedar afuera o por lo menos al margen y nosotros vamos a poder usar esta herramienta para dar batalla electoral contra los partidos de la democracia fraudulenta”.

El problema fue que el planteo no era tan sencillo, desde el territorio decían: “nosotros tenemos estructuras organizadas que al afiliarse van a quedar blanqueadas ante la justicia de la dictadura”. La afiliación, lógicamente, implicaba dar el nombre,

apellido y domicilio de los cuadros, de todos los integrantes de un grupo que hasta ese momento estaban peleando desde fuera del sistema, desde la clandestinidad. Significaba exponer todo ante la dictadura.

“A ganar o morir. Si nos va mal, todos a la clandestinidad de vuelta, con la diferencia de que ahora estamos regalados en el territorio”, explicaba Ernesto en cada reunión

La situación más complicada se les presentó en Tucuman. Allí la estructura política de la resistencia, que incluía a la Juventud Peronista y los sindicatos, estaba articulada alrededor de la lucha en defensa de los ingenios azucareros. Las batallas que daban eran históricas, tenían muchas peleas con tiros, muertos, persecución, centenares de presos, apaleamientos y movilización. “Cuando les fuimos a decir que se afilien se nos cagaron de risa”, recuerda Ernesto. “Que nos vamos a afiliar, estas loco vos, al partido del enemigo, si aquí el PJ juega con Onganía, juega con los que quieren el desmantelamiento de lo ingenios. De ninguna manera nosotros nos vamos a afiliar”, fue la contundente respuesta tucumana. Ya no escuchaban lo que exponía Jauretche.

Juan Falú era el contacto que tenía en la provincia, un flaco que era más virtuoso con una guitarra que con un arma en las manos, y lo invitó a un acto clandestino que iban a realizar con

trabajadores, para ver si desde el llano podía empezar a dar vuelta las opiniones de los tucumanos.

Fueron en una Ford F-100 por caminos de tierra, tratando de evitar los controles del ejército sobre las rutas. La persecución en Tucumán era feroz. El trayecto era muy sinuoso e incómodo pero tranquilo, hasta que en el horizonte cercano apareció un comando del ejército apostado a un costado, eran 20 militares con FAL. En la desesperación el conductor intentó una maniobra para retroceder pero terminó cayendo a una zanja. “Rajemo’ a pata”, le dijo a Ernesto y corrieron mientras empezaron a sonar los primeros tiros que daban contra la chapa de la Ford. No llegaron al acto, pero al menos tampoco fueron atrapados.

-Mire, Doctor, esto es inconmovible, no podemos avanzar y la provincia no se quiere afiliar- dijo Ernesto por teléfono público durante la noche a Héctor Cámpora.

-No, no, no no puede quedar afuera la provincia, tenemos que meterla adentro- protestó Cámpora.-¿Qué necesita para darla vuelta?

-Que manden refuerzos.

Al otro día llegó Raimundo Ongaro, líder de la CGT de los Argentinos que se oponía a Onganía y al accionar participacionista que había desarrollado Augusto Timoteo Vandor,

cabeza de la fracción “Azopardo”. Pero las discusiones tampoco mejoraron y tras pasar la noche durmiendo ambos en una cama de una plaza, oliéndose los pies, volvieron derrotados a Buenos Aires.

La Ciudad Autónoma de Buenos Aires era distinta, allí estaba el centro de operaciones de Montoneros y aunque seguía gobernando la dictadura, la Tendencia Revolucionaria se sentía fuerte.

Su hermano Osvaldo, que cuando fue despedido del banco en el que trabajaba un mes antes de que nazca su hija, en 1970, había empezado a desempeñarse, sin muchos conocimientos, como reportero gráfico en un revista para aficionados a la fotografía, logró hacerse un lugar y le fue tan bien, que terminó conformando el equipo de campaña de Héctor José Cámpora, siendo el fotógrafo de la Secretaría de Prensa a cargo de Miguel Bonasso.

Antes del triunfo de Cámpora, Ernesto caminaba por las calles porteñas cuando se dio cuenta que un hombre lo estaba siguiendo, decidió bajar al subterráneo para comprobar si no era solamente una impresión suya. Cuando llegó el subte esperó hasta que las puertas estuvieran a punto de cerrarse para subirse

y el tipo lo imitó. A la hora de bajarse, lo mismo. Y el hombre lo volvió a seguir. Ya era obvio. Empezó a correr, saltó los molinetes, subió las escaleras con toda prisa y por dos cuadras no bajó la velocidad, dobló en una esquina y por un momento el hombre lo perdió de vista. Continuó su trayecto y cuando llegó a la intersección se encontró de frente con Ernesto. “Rajá porque te mato, hijo de puta”, lo intimidó Jauretche y el tipo se dio media vuelta y corrió. Ernesto no tenía ningún arma pero el otro nunca pudo saberlo.

Si bien todo el aparato peronista se encolumnaba detrás de Cámpora, cada sector quería ubicar mejor a sus candidatos. Algunos más a la derecha, como la CdeO y los viejos peronistas y otros más a la izquierda, como la Tendencia Revolucionaria que integraba la JP. En esa disputa es que Ernesto junto a Norberto Habegger y otros integrantes de la JP empezaron a charlar con Oscar Bidegain para que sea su candidato en la provincia de Buenos Aires. Una especie de cortejo al que Bidegain accedió y terminó aceptando.

Ernesto lo conocía desde antes porque el futuro gobernador tenía relaciones con su tío Arturo. Entonces Bidegain lo tuteaba, era al único que le hablaba así. Las reuniones solían hacerse en la casa de Oscar y así Ernesto conoció a toda la familia y entabló buena relación. Una vez que lograron el sí del “Viejo”, como le

decían, tenían que empezar a discutir cómo se conformaría su gabinete, que propuestas tendría, que medidas tomaría, etc. Desde Montoneros habían conseguido un organigrama de cómo se organizaba el estado bonaerense, con cada uno de los ministerios, secretarías, subsecretarías, direcciones y demás. Eran centenas de cargos que hace 18 años eran ocupados alternativamente por militares y radicales.

Después de una victoria holgada a nivel nacional, que hizo a Cámpora virtual ganador en primera vuelta y en la que Bidegain alcanzó el 52% de los votos, Ernesto, Martha y su pequeña hija Soledad se trasladaron a La Plata a un departamento frente de Parque Saavedra, sin embargo las cosas en la intimidad de la pareja no funcionaban bien, y al cabo de unos meses se terminaron de separar.

En cuanto a lo político a Montoneros se le abría un nuevo panorama que planteaba interrogantes con distintas adhesiones. Ya habían llegado al Estado pero ahora, ¿Qué iban a hacer con eso?, ¿Demostrarían que podían ser gobierno y se transformarían en el mejor gobierno popular de la historia argentina o lo utilizarían como plataforma para el crecimiento político de la organización? Eran las dos propuestas. Ernesto fue designado subsecretario de asuntos municipales y se inclinaba por la primer opción. Norma Arrostito que era claramente superior en

Montoneros, pero no dentro de la gobernación, donde se desempeñaba como Titular de la Dirección Provincial de Personas Jurídicas, creía que la segunda opción era la más adecuada.

De todas formas el gobierno no estaba compuesto solo por la Tendencia Revolucionaria, al igual que en Santa Cruz, Córdoba, Salta y Mendoza donde habían ganado candidatos que apoyaban plenamente, la distribución de cargos incluía a la propia gente de los gobernadores y a distintas corrientes dentro del peronismo. Gente amiga y no tan amiga, mas bien lo contrario.

Como Subsecretario de Asuntos Municipales, Ernesto tenía que recorrer la provincia. Si Bidegain viajaba a algún lado, él viajaba antes y averiguaba todo sobre ese pueblo. Hablar con el intendente, hablar con sus funcionarios, recibir las demandas que tienen, cuáles son los términos de diálogo con el gobierno, qué quieren hablar con el gobernador, qué le van a pedir, qué esperan del gobernador y cosas por el estilo.

Montoneros lo había propuesto como Director de Asuntos Municipales, pero Bidegain, por la buena relación que habían construido, lo designó como Subsecretario. De esta manera, la relación con Norma Arrostito, por ejemplo, quedaba totalmente desbalanceada y confusa; dentro de Montoneros, ella era su superior, pero en el gobierno él era quien tenía un cargo más alto.

A la semana de jurar lo llamaron desde Florencio Varela, donde el Comando de Organización (CdeO), el ala derecha del peronismo, había tomado la municipalidad para evitar la toma del poder del Intendente que había ganado, que era de Montoneros. Las tomas no eran pacíficas, dentro del municipio estaban los militantes del CdeO fuertemente armados y afuera la JP con la intención de recuperar el edificio violentamente.

Entonces la Policía de Florencio Varela se comunicó con Ernesto pidiéndole la intervención de la Policía Provincial para desalojar a los invasores lo antes posible. También lo llamó el responsable de Montoneros en el lugar, superior a Jauretche, y le comentó la misma situación.

Primer conflicto para desactivar. El movimiento más sencillo era llamar al subjefe de la policía provincial, Julio Troxler, sobreviviente de la masacre de José León Suarez en 1956, y compañero de la Tendencia Revolucionaria. No tendría problema en intervenir. Pero antes de realizar ese llamado tenía que hablar con su superior, el Ministro de Gobierno Manuel Urriza, que era hombre de Bidegain.

“Mirá, Ernesto, acá hay un problema legal, para mandar la policía hace falta una decisión judicial, yo no le puedo mandar la policía si un juez no me ordena el desalojo, asique previamente hay que hablar con la justicia. Háblalo con Don Oscar

directamente a ver como se arregla con ellos, porque él es el que tiene que arreglar directamente”, le dijo Urriza.

Acto seguido, a la oficina del gobernador.

-Ernesto, aquí subordinación y valor, viejito- le espetó Don Oscar Bidegain.-Hasta que la justicia no decida, los compañeros lejos del local, que no me vayan a generar un conflicto, yo no quiero la guerra dentro de mi provincia, no quiero un tiro, asique desde ya Ernesto me desactivas esto hasta que la justicia decida

-Bien, Don Oscar, como usted diga- respondió Ernesto.

Desactivar el conflicto significaba darle órdenes a un superior suyo en la orga.

-No, no, no puede ser, ¿¡Cómo que esperar a la justicia!?, ¡A esos hijos de puta!- le dijeron desde el otro lado del teléfono.

-Mirá, mi orden es desactivar el conflicto a toda costa, Bidegain no quiere un tiro, no quiere nada, ningún tipo de pelea en ese lugar. Si se la tomaron, aguántensela.

-Pero vos no me podes decir eso a mi, vos sabes de qué se trata, son estos del CdeO

-Si, sé, pero este es el papel que yo cumpla ahora, ¿Qué querés que haga? No tengo otra cosa para decirte que esto-explicó Ernesto.

-Esta bien, ya vamos a ver lo que hacemos, pero ahora esto lo decidimos acá.

-Y bueno, qué querés que te diga, es la primer derrota del gobierno popular.

A los diez minutos le volvió a sonar el teléfono, era Don Oscar. "Que raro que el gobernador me llame directamente", pensó y volvió a la oficina de Bidegaín.

Entró y Don Oscar ni siquiera le ofreció asiento. "A ver, explicame como es eso de la primer derrota popular", le dijo. Los servicios de inteligencia le estaban dando la bienvenida.

De todas formas, el 1973 tendría una gran primer mitad de año para Ernesto y Montoneros.

Cobraba un buen sueldo. Así como lo recibía, se lo entregaba a su responsable, y el responsable juntaba los demás sueldos de los que tenía a cargo y a cada uno le pagaban la asignación, que era el equivalente al salario de un operario de fábrica. El resto, para la organización.

Al igual que al gobierno del FREJULI de Cámpora, a Bidegain la derecha peronista encabezada por los sindicatos lo quería fuera de cualquier cargo. Y si bien duró más tiempo que los dos meses de Cámpora, ya con Perón en el gobierno, no pudo resistir a las presiones luego de la toma del Regimiento de Azul, su ciudad natal, por parte del Ejército Revolucionario del Pueblo, y renunci  el 26 de enero de 1974.

Todo lo bueno que había sido el principio de 1973 se transformó para mal en 1974. Incluso antes del fin del gobierno de Bidegain la persecución contra la juventud revolucionaria era feroz.

Si bien en el '73 se dio el retorno de Perón, uno de los objetivos que perseguía Montoneros, la relación entre el líder y la juventud revolucionaria no fue la esperada. El líder y la "orga" tenían distintas visiones del papel jugado por esta última en la definitiva vuelta del General y su posterior victoria.

En septiembre de 1973 habían asesinado a José Ignacio Rucci, el líder sindical más cercano a Perón, y aunque Montoneros nunca asumió la autoridad del hecho, se presume que fueron ellos.

En el transcurso del '74 la tensión creció y mientras desde Montoneros acusaban al círculo íntimo del presidente de no dejarle ver la realidad, los ocho representantes que tenía la

organización en el Congreso se vieron forzados a renunciar el 24 de enero, luego de negarse a apoyar una reforma regresiva del Código Civil, que el mismo FREJULI que integraban, proponía. Una semana después boicotearon un encuentro de Perón con otras organizaciones juveniles, a las que le atribuían el asesinato de algunos de sus militantes. Por su parte, Ernesto dejó de representar a la rama juvenil dentro del PJ

La relación se rompió por completo el primero de mayo en el acto por el día del trabajador en la Plaza de Mayo.

Ernesto no vivía más en La Plata, se había separado totalmente de Martha Roldan, su gobierno ya había terminado y la persecución impuesta desde el Ministerio de Bienestar a cargo de José Lopez Rega lo había hecho emigrar hacia Merlo. Trabajaba como secretario legislativo del bloque que habían abandonado los ocho representantes de la JP. En lugar de los renunciados, había asumido, entre otros, Miguel el "Colorado" Zavala Rodríguez, para quien Ernesto laboraba como secretario, chofer y demás eventualidades que surgieran dentro de la orga. Por eso, el 1 de mayo, integraba el comité organizativo.

Quienes más confrontaban con Montoneros era la Alianza Anticomunista Argentina, conocida como la Triple A, que se

estrenó en noviembre de 1973 cuando atentaron con el dirigente radical Hipólito Solari Yrigoyen, y lo dejaron gravemente herido. Con el financiamiento y el encubrimiento desde el ministerio de Lopez Rega, actuaban con total impunidad. Por eso, vivir en La Plata se volvió imposible para Ernesto, que ya era una cara conocida.

Además también lo buscaban desde la nueva gobernación porque faltaba uno de los autos que había estado a su disposición. Como la tarea de Ernesto consistía en viajar mucho al interior de la provincia de Buenos Aires, tenía dos autos, un Torino y un Falcon. Cuando un día vinieron desde la JP y le pidieron un auto para viajar a un operativo en Salta, él cedió el Falcon. Pero nunca más se lo devolvieron. Se cansó de pedírselos de vuelta y quedó debiendo un auto. Era un robo, porque el auto había salido con su autorización. Cada día podía hacer menos vida pública.

El primero de mayo Ernesto no estuvo en la plaza, la orga lo había designado como uno de los integrantes del comando instalado en el local de la JP en la calle Chile, que se encargaba de transmitir las órdenes de la CN a los responsables de cada columna que llegaba. También debían coordinar el ingreso de la masa de gente que se acercaba frente a Casa Rosada. En una de las paredes estaba pegado un mapa grande de la Ciudad de

Buenos Aires desde el que Dardo Cabo daba indicaciones a Ernesto y otras cinco personas más.

Dardo, que estaba al mando de ese comando y se comunicaba con Firmenich y Perdía, era un militante cuyo recorrido antecedió a Montoneros y había sido quien dirigió el Operativo Cóndor cuando en 1966 junto a otros 17 compañeros secuestraron un avión de Aerolíneas Argentinas y lo aterrizaron en las Islas Malvinas. Luego de los tres años de prisión que le dieron por ese hecho, fue parte de Descamisados hasta su fusión con Montoneros. Algunas versiones lo indican como el ejecutor del asesinato de Augusto Vandor.

La relación de Ernesto con Cabo era tensa antes de que se encontraran en Montoneros. Cuando formaban parte uno de JAEN y el otro de Descamisados habían tenido al menos un enfrentamiento a golpes de puño por el territorio, donde Dardo lo tiró por unas escaleras, le pisó el brazo y con toda brutalidad le arrancó el reloj que llevaba puesto. Pero eso ya formaba parte del pasado.

La idea era evitar el enfrentamiento con Perón y también con el aparato sindical. “Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical”, cantaban algunos de todas maneras. “Se va a acabar, se va a acabar, los Montoneros y la FAR”, respondían los otros.

Mientras señalaban el camino a los que estaban en la Plaza, seguían por la radio lo que sería el inminente discurso de Perón, que ya saludaba a sus seguidores. Cuando el locutor oficial mencionó a María Estela Martínez de Perón, la JP respondió: “No rompan mas las bolas, Evita hay una sola”.

La plaza estaba partida en dos: la Tendencia Revolucionaria que cantaba por una “patria socialista”, y el ala sindical del peronismo que clamaba por una “patria peronista”.

Entonces Perón tomó la palabra y sucedió lo que Eduardo Anguita y Martin Caparrós relatan en la Voluntad:

“...-Decía que a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenido incommovibles, ¡y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años!

-¿Qué pasa, qué pasa/ qué pasa General, / tá lleno de gorilas el gobierno popular?!

-Por eso, compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados sin que todavía haya sonado el escarmiento.

-¡Rucci, traidor/ saludos a Vandor! ¡Rucci, traidor/ saludos a Vandor!" (1998; 290)

Desde el comando estaban desesperados, no podían contener las consignas que nacían de la gente. Montoneros había planteado su presencia masiva en el acto para mostrarle al "Viejo" que aún seguían con él. Pero la situación los había desbordado, Perón los llamó "estúpidos, imberbes y mercenarios".

"Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va", comenzaron a cantar miles de personas.

.-La gente se quiere ir, necesitamos instrucciones- los intercomunicadores empezaron a activarse todos juntos con el mismo mensaje de los responsables de las columnas

-Contengan a la gente, que no se vayan de la plaza. Repito, no se vayan de la Plaza. Cambio y fuera- dijo Ernesto.-Dardo, ¿Qué carajo hacemos?

-Pepe, la gente se está yendo no la podemos contener- dijo Dardo comunicándose con la CN.

-¡No, parenlós! ¡Parenlós!

-La gente se va igual

-Hagan cordones- fue la orden de Firmenich.

-Deciles que hagan cordones- le transmitió Cabo a Ernesto.

-Hagan cordones- indicó entonces Ernesto a los responsables.

-La gente rompe los cordones- y el mensaje se transmitió por toda la cadena de jerarquía.

-Bueno, acompañen a la gente, váyanse con la gente- fue la última orden.

Y en la plaza sólo quedaron los sectores más conservadores.

-Ahora vienen por nosotros- reflexionó Dardo Cabo.

-¿Quiénes? ¿Ahora?

-Los sindicalistas, van a venir los sindicalistas, ¡A defender la casa!- ordenó a los gritos y todo el sistema operativo se levantó.

Pusieron bidones de combustible en la escalera de la entrada, el único lugar por el que se podía ingresar y salir. “Nos van a cagar a tiros”, fue el pensamiento. Si venían, estaban dispuestos a incendiar el lugar contra los que quisieran entrar. El local de la JP en la calle Chille era una casa vieja con carteles en el exterior que hacían imposible de disimular la actividad de ese lugar que estaba lleno de material, documentos y equipos tecnológicos. No pensaban entregar nada y de la casa no había salida. Fueron al patio trasero, que lindaba con una pared tan alta como tres pisos

de edificio, con todas las armas que tenían. Si alguien más pasaba al patio, era boleta. Los siete encargados del comando esperaron por horas dispuestos a morir frente a la turba que imaginaban que llegaría, pero nadie apareció. No fueron tan lejos.

El 10 de mayo, el policía retirado y ministro de Bienestar Social, José López Rega, era ascendido por decreto de cabo a comisario general, dando un salto de quince grados.

Al otro día asesinaron a Carlos Mugica, el cura tercermundista que había estado cerca de Montoneros en sus inicios. Ahora sí, ya estaban yendo por ellos con total impunidad.

Ernesto no volvió a aparecer por el Congreso para seguir desempeñándose como secretario legislativo del bloque de la JP.

-¿Y ahora ustedes que van a hacer?- indagó el viejo Jauretche.

-Arturo, están las cartas tiradas, no hay vuelta atrás, ya no hay retroceso- dijo Ernesto.

-Carajo, puta, andate che, andate - respondió y golpeó la mesa.- se acabó.

-Ya estamos en el medio del tobogán, Arturo, ¿qué quieres que hagamos?

-Vamos a perder

-Es un enfrentamiento

-Estan militarizando la política.

-Si, estamos yendo por todo

-Lo que ocurre es que el que gana la guerra, gana la política. Si ustedes militarizan la política están poniendo en riesgo su destino político

Cada vez que Arturo necesitaba hablar lo invitaba a su oficina, lugar en el que Ernesto trabajó un tiempo con él. Arturo nunca se amigó con la escritura a máquina y su sobrino le daba una mano. Pero para el '74 las veces que se podían ver eran muy pocas, ambos estaban perseguidos.

-Entendeme esto: en esa militarización de la política hay niveles: a cada respuesta más violenta de ellos, ustedes responden con otra violencia mayor, que provoca una respuesta un poco más sanguinaria de ellos que ustedes contestan con otro poco mas de violencia organizada popular y ellos de nuevo con más violencia militar. Va a llegar un momento en que el nivel ese es inalcanzable para nosotros, porque para ellos no hay límites de violencia, para nosotros si.

-No creo que podamos frenar.

-Necesito que me contactes con la Conducción Nacional entonces, por favor.

-Esta bien, le paso el pedido a mi superior.

Ernesto se había iniciado casi como un pupilo de Arturo. Cuando el histórico pensador nacional era director del Banco Provincia de Buenos Aires y Ernesto apenas un niño, solía pasar a buscarlo. Arturo nunca tuvo hijos, entonces Ernesto era, sin ninguna razón específica, el sobrino preferido. No era el más grande ni el más chico, era con el que más tiempo pasaba.

Cuando Ernesto fue creciendo los tiempos políticos no les permitieron continuar unidos, Arturo solía irse al Uruguay para pasar desapercibido. Tampoco pudo heredar esos fino trajes con los que solía ver a su tío. Don Arturo había tenido un problema por el cual le secaron un pulmón, lo que le provocaba un andar con un hombro más caído y tener que hacerse los trajes a medida. Los zapatos también eran especiales, tenía unos juanetes que Ernesto no podía igualar.

Si hubo una reunión entre Don Arturo Jauretche y la Conducción Nacional, ninguno de los involucrados se encargó de confirmarlo.

El 21 y 22 de mayo de 1974 Don Arturo fue invitado a dar unas charlas en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca, cuyo rector era un hombre bastante ligado a Montoneros. Es probable que esa invitación haya sido con el motivo de que se concrete la reunión que había solicitado. Ernesto nunca pudo saberlo, el 25 de mayo Arturo Jauretche falleció de una insuficiencia cardíaca y desde aquél encuentro en su oficina no volvieron a hablarse.

Años después, en una charla con el historiador uruguayo Alberto Methol Ferre, amigo personal de Arturo, éste le contaría que una semana antes de morir se había encontrado con el viejo Jauretche y lo notó preocupado por la juventud, contrariado con Perón y lo que había dejado.

-Estoy muy triste porque tengo un sobrino que está metido en esto- le había dicho Arturo.- lo van a matar y él nunca va a entender por qué lo mataron.

El 1 de julio Perón falleció y con él también murió la posibilidad de que Montoneros vuelva al sistema político oficial argentino.

“La Conducción de Montoneros no era muy peronista que digamos, entonces no lo conocía a Perón. Perón es el personaje más importante del siglo XX en la Argentina, es un gran

revolucionario y un gran hijo de puta, y los peronistas lo sabemos muy bien, el que no era peronista se confundía, pensaban que el viejo era infalible, no. El viejo usaba a todo el mundo, esa es la verdad”, reflexiona el Vasco Mauriño.

En septiembre, la Triple A asesinó a Atilio Lopez, ex vicegobernador de Córdoba; a Julio Troxler, subjefe de la policía de la provincia de Buenos Aires durante el mandato de Bidegain; a Silvio Fronidizi y Alfredo Curutchet, dos abogados de afinidad con la izquierda; atentaron contra el ex rector de la UBA, Raul Laguzzi, y mataron a su hijo de cuatro meses; y en el marco del Plan Cóndor asesinaron también al general chileno Carlos Prats, antiguo comandante en jefe de Salvador Allende.

Finalmente el 6 de ese mismo mes, Montoneros volvió a la clandestinidad tras declararle la guerra a un gobierno juzgado de no ser popular ni peronista. Para finales de mes, 200 personas habían sido asesinadas por la Triple A y los comandos civiles fascistas. La organización guerrillera más fuerte del país había tenido más bajas que en el periodo 1970-1973.

Totalmente enfrentados con quienes integraban el Partido Justicialista que reivindicaban la labor de Isabel Perón en el gobierno, a Montoneros no le quedó más opción que crear otro partido para no seguir excluidos del sistema político legal

argentino. Así fue como surgió en 1975 el Partido Peronista Auténtico (PPA). Una alianza entre Montoneros, la JP y algunos viejos peronistas como Armando Cabo, Andrés Framini, Oscar Bidegain y Jorge Cepernic.

La afiliación fue más que exitosa. Ernesto no tenía buenos recuerdos de cuando intentó convencer a los jóvenes tucumanos de ingresar nuevamente al PJ para la campaña de Cámpora, pero esta vez los números fueron más que positivos: 80.000 peronistas disidentes de todo el país habían dado el sí.

Jauretche junto a Miguel Bonasso eran los encargados de la secretaría de prensa del PPA. Y frente al Primer Congreso su principal tarea fue asegurar una buena concurrencia, tanto de militantes como de periodistas nacionales e internacionales. Se hizo en Córdoba, territorio del general Luciano Benjamín Menéndez, casi como una provocación.

Bonasso y Jauretche cumplieron, lograron bloquear las reservas de dos vuelos de Austral hacia las tierras cordobesas. En los dos virtuales vuelos charters se vivía un clima de entusiasmo, sentían que le estaban encontrando una alternativa al podrido sistema político. Pero al aterrizar se encontraron con que el Comando Libertadores de América, los encargados de la represión, donde

confluían la Triple A y la policía cordobesa, les habían incendiado el local donde se haría el acto.

Pudieron trasladarlo y tras largas ponencias los congresales del PPA reconocieron la conducción estratégica de la organización Montoneros. 80.000 personas anotadas con nombre, apellido y dirección que afirmaban apoyar a la organización.

Los golpes militares ya formaban parte de la vida política tradicional de Argentina y especialmente luego del Rodrigazo, donde una manifestación nacida de las masas y no de los dirigentes tomó las calles en repudio a las medidas de ajuste tomadas por el Ministro de Economía Celestino Rodrigo, hombre fiel a Lopez Rega, la aparición de una nueva dictadura militar era inminente para “ordenar” la sociedad.

Con la intención de anticiparse y tantear la posición de los militares, la Conducción Nacional le pidió a Ernesto, entre otros, que se reunieran con los contactos que habían establecido dentro de las fuerzas armadas, en el caso de Jauretche cuando estaba en JAEN.

Del lado de su madre, Jauretche tenía una prima que estaba casada con un pariente de un Coronel del Ejército. Se citaron en el Restaurant El Mundo, en Salta e Hipólito Yrigoyen, lugar que eligió el militar.

Cuando estaba llegando se dio cuenta que estaba metiéndose en el dispositivo militar. Entró al restaurant y estaba casi vacío, había seis mesas ocupadas y otras reservadas con nombres de generales y coroneles. Sentado solo, casi en el medio del restaurante, estaba el Coronel.

Ernesto le tendió la mano pero mientras lo hacía se dio cuenta de que no iba a tener respuesta. Se sentó. El Coronel tenía un taza sobre la mesa y levantó el filtro del té

-¿Ve cómo se filtra la basura? Así vamos a filtrar a la sociedad- dijo mientras caían gotas de agua turbia desde su mano.-Ustedes, la basura, van a quedar en el filtro y los vamos a eliminar a todos. Vamos a purificar esta sociedad, dígame eso a sus superiores y está todo dicho

El tanteo había sido bastante contundente.

-Ah, y a usted- le dijo mientras Jauretche empezaba a levantarse.- a usted solo por respeto a su familia le doy 24 horas para que salga del país. Si tarda más de 24 horas no me hago responsable por su vida.

-Que tenga buenas tardes- dijo inclinando la cabeza y fue lo único que respondió en todo el encuentro.

Ernesto no hizo caso a la advertencia y luego del Primer Congreso del PPA pusieron una oficina de prensa en Buenos Aires, la primera fue en Belgrano y Perú, y luego se mudaron a pleno microcentro sobre la calle Corrientes. Allí fue donde se enteraron que se había concretado el golpe el 24 de marzo de 1976. No escucharon la primera emisión del comunicado, sí el tercero o el cuarto. No fue ninguna sorpresa.

En la oficina pasaban mas tiempo que en su casa, por eso debía ser un lugar seguro. Estaban unos pisos arriba del Consulado de Panamá pero al ser una dictadura militar la que ahora estaba al frente del Poder Ejecutivo Nacional, creyeron que sería mejor trasladarse, ir a un nueva oficina. Para no andar a las apuradas con la selección del local decidieron trasladar algunos papeles a la Iglesia de San Patricio, en el barrio de Belgrano, donde tenían el contacto con unos curas compañeros.

El 4 de julio de 1976 un comando del ejército entró a esa iglesia y asesinó a tres sacerdotes y dos seminaristas palotinos.

Los abogados Cuello y Zapata debieron permanecer un tiempo más en la misma oficina. Andaban todo el día de traje y con un portafolio en la mano. A Miguel Bonasso dentro de la “orga” le decían “cogote”, por el tamaño de su cuello, el apellido ficticio nació solo. A Ernesto en la “orga” le decían Emilio o Emliano, la

asociación con Zapata vino por el lado del revolucionario mexicano.

La relación entre ellos se volvió estrecha porque tenían mucho en común. Ambos eran “sargentos viejos”, como decía Bonasso, “no teníamos jerarquía ni mando, pero sabíamos qué es lo que había que hacer”, rememora Ernesto. Bonasso era de 1940 y Jauretche de 1939, eran mayores incluso que los de la Conducción Nacional de Montoneros.

“Se nos encargaban misiones como para tipos de mucha jerarquía dentro de la organización, pero no nos daban el poder”, dice Ernesto, tenían una gran tarea para hacer pero no los recursos. Y esas tareas solían ser encuentros con dirigentes políticos nacionales, gobernadores, o ex gobernadores para hacer relación directa con la CN.

Bonasso representaba la línea de la Conducción Nacional que respondía a Firmenich, y Ernesto se inclinaba más por Pinguli Hobert. Básicamente cubrían todo el espectro montonero y peronista disidente.

Miguel había sido jefe de prensa del FREJULI durante la campaña de Cámpora y luego sería director del diario Noticias, que era expresión de la Tendencia Revolucionaria y contaba en su plantel con Rodolfo Walsh, Paco Urondo, Horacio Verbistky,

Martin Caparrós, Leopoldo Moreau, entre otros. Es decir, al igual o más que Ernesto, era una cara reconocible.

Otra cosa que provocó el pase a la clandestinidad, fueron las diferencias dentro de la organización. Por un lado los que eran “aparatasistas” y hacían carrera dentro de la orga pero que no eran gente conocida y por otro lado los que además hacían políticas públicas, que fueron quienes quedaron más expuestos ante la persecución.

La orden de la Conducción Nacional fue preparar casas operativas que controlaran las acciones armadas contra el ingreso del ejército en ese territorio. En otras palabras, las municiones se guardaban en un solo lugar, y ahí también se reunía la conducción política de esa zona. El mandato se dio a conocer en un documento.

-¿Qué opinas?- quiso saber su responsable mientras caminaban, detenerse a charlar podía ser peligroso.

-Este documento lo escribió Videla- dijo Ernesto.

-No jodas, te estoy preguntando en serio

-Si, el documento es un suicidio. Es el abandono del peronismo, el abandono de una política de masas.

Ernesto ya había imaginado en la situación que se pondría al criticar la orden y había ensayado lo que diría a su responsable mas de una vez.

-La concentración de las fuerzas en un solo punto es vulnerable y es una actitud vanguardista, casi foquitas- siguió Jauretche.- Nosotros vamos a hacer foco en el barrio, una cosa es el foco en la selva, acá nos van a pasar por arriba, nos van a matar a todos. Yo creo que esto lo escribió Videla, te juro. Para que nos maten a todos.

-En serio, Ernesto, no jodas, decime en serio que te pareció el documento.

-¿Sabes que me pareció el documento? Una mierda, yo no obedezco esto porque es mi suicidio. No lo obedezco porque se me va la vida y para mi es un error gravísimo.

-¿Qué me estas diciendo?¿No vas a obedecer?- lo increpó su responsable.

-No, no voy a obedecer.

-Estas arrestado.

-Arrestame, tengo una cuatro y medio en la cintura, te vuelo la cabeza.

Y terminó el encuentro, no muy distinto a como lo había pensado. Ernesto no fue el único. “Hubo prácticamente una ruptura con el territorio. Eran instrucciones de un grupo que se consideraba invulnerable, que se consideraba vanguardia y no creyó que lo que había que hacer era volver al pueblo, volver a la masa”, dice.

Según Jauretche, la orden significaba que Montoneros era el dueño de la tecnología de la guerra, de las armas, de la documentación falsa, de la plata, y que no se la iban a pasar a la gente. Además el documento indicaba defender hasta la muerte la casa operativa, no entregarse, y en última instancia tomar la pastilla.

“Yo lo que propongo es disolvernó en la gente, al contrario de concentrar, difuminemos la fuerza en la sociedad, desparramémosla, esparzámonos”, rememora Ernesto.

La idea de la conducción estaba formulada alrededor de la concepción que habían leído sobre la doctrina antsubversiva de West Point, la escuela norteamericana, que es la que se había aplicado en Chile. En el país trasandino el ejército entró con camiones llenos de decenas de soldados a cada barrio, y los

“peinó”. Es decir, un batallón del ejército ocupaba el territorio, revisaba casa por casa y se llevaba a quienes consideraba subversivos.

Sin embargo los argentinos desarrollaron una nueva teoría de la contrainsurgencia, donde mezclaban la doctrina de West Point, que la organización había prevenido, con elementos de la doctrina francesa, que no la habían visto venir. Los militares operaron por líneas interiores de inteligencia. Lograron infiltrarse con la lógica de secuestro-tortura-delación-secuestro-tortura-delación. “Con eso nos ganaron, el error fue estratégico militar, un error gravísimo de la organización. Hay quienes adjudican que hubo mucha traición, no, no hubo, hubo una mala lectura de la realidad”, dice Ernesto.

Irse de la orga no se avizoraba como una de las opciones. Era ese mismo aparato el que lo mantenía con vida, le otorgaba cierta seguridad y le daba sustento económico. Siendo una cara conocida no podía trabajar, además ese grupo de militancia era el círculo íntimo que se construía durante años, eran más que compañeros, era el único ámbito social en el que se podía manejar. Irse de la orga implicaba quedar desamparado en el medio de dos fuegos. “Peleémosla por adentro hasta hacer cambiar la posición a la conducción, hasta que la conducción entienda esto”, fue el leitmotiv de Jaureche.

Una de las tareas que sí acató fue la confección de pastillas de cianuro. La “orga” había ordenado no entregarse con vida y Ernesto fue uno de los tantos que armaba las pastillas para luego dárselas a sus compañeros.

Recibía frascos con pastillas de cianuro que tenía que moler, el polvo actuaba más rápido porque no necesitaba disolverse en el interior del organismo. Las pulverizaba con una botella, lo más fino posible, y ponía su contenido en unas cápsulas pequeñas que luego encastraba. Por otro lado preparaba la mezcla de poxipol hasta que estuviera lista y con eso cubría la nueva pastilla confeccionada. El poxipol era para poder tenerla más tiempo en la boca y que no se disuelva. Para activarla, había que morder.

Para Ernesto era muy difícil tener una vida cotidiana normal, a su hija Soledad, que ya tenía 4 años, trataba de verla seguido, pero los riesgos eran grandes.

Soledad vivía con su madre, Martha Roldan, también muy perseguida. Para encontrarse usaban como lazo a Chenda Deimundo, la madre de Ernesto. Solían pautar un cita semanal o cada quince días en Parque Rivadavia o Parque Centenario, donde también la nena se encontraba con sus primos, los hijos de Osvaldo.

Sin embargo Chenda les insistía en que quería colaborar más. Así acordaron que cumpla una función vital para mantener la fachada de las distintas casas donde había militantes clandestinos viviendo. Esas familias jóvenes que se ensamblaban o que andaban con documentos falsos no recibían visitas de familiares mayores, lo que resultaba sospechoso, ya que eran casas compartimentadas. Entonces Chenda pasó a cumplir el rol de abuela, tía y madre de distintos hogares y sacaba a los chicos a jugar a la plaza para que sus padres no se expongan acompañándolos. El peligro de esas visitas sistemáticas era que ella sí conocía la dirección de varias casas con militantes perseguidos, pero su pasado en la resistencia peronista la convertían en una mujer en la que se podía confiar.

Su padre, en cambio, no colaboraba de esa manera. Luego de separarse de Chenda, Regulo Juan se fue a vivir a Entre Ríos, y si bien en ocasiones prestaba sus terrenos para la práctica de tiros, la relación con Ernesto no era constante. Se querían, pero se veían poco.

Oswaldo se había quedado a cargo de su hija, cuya madre salió al exterior, y además se había juntado con Elizabeth Franco una militante del gremio de telefónicos que pasó a integrar una de las UBR de Montoneros, y con quien en 1975 tuvieron un hijo.

Para 1977 la relación de Osvaldo con su compañera se había distanciado producto del compartimento con el que ella tenía que vivir. El menor de los Jauretche, también estaba en desacuerdo con la línea que había tomado la conducción y actuaba desde la periferia, mas que nada en apoyo a la madre de su hijo menor. En reiteradas ocasiones había salido de la casa junto a sus hijos para que Elizabeth la pueda usar como base de operaciones, casa que luego cayó y tuvieron que abandonar. Osvaldo cree que una de las acciones que se hicieron fue la del secuestro del cadáver de Aramburu.

Por el compromiso de Elizabeth ya no vivían más juntos y cada semana se pasaban a su hijo, con todas las precauciones del caso, para cuidarlo, hasta que en julio de 1977 fue a llevarle el nene, que tenía dos años, pero ella no apareció. El 23 de ese mes, en las inmediaciones del antiguo Mercado del Abasto, fue secuestrada y desaparecida.

Durante el golpe y unos meses posteriores, Ernesto vivía junto a su nueva pareja, Alicia Pierini, una militante montonera, en pleno microcentro porteño. Luego del desacato a la orden bajada de la Conducción Nacional, su tarea pasó a ser la de secretario, seguridad y chofer de Alberto Molina, el Secretario Político Nacional de la orga, un hombre importante y con historia como militante.

En un traslado en el que Ernesto iba al volante de un Fiat 128 por la Avenida Córdoba, ven que un Falcón se les pone a la par. Adentro iban cuatro tipos que les hacen seña para que se arrimen a la vereda. Molina y Ernesto apenas cruzaron mirada. “Anda tranquilo, cuando se corte el semáforo, acelerá”, dijo el de más jerarquía. Estaba por dar la luz roja y el motor rugió. El Falcón imitó la maniobra y empezó la persecución. “Dobla a la derecha”, ordenaba Molina, “ahora a la izquierda”, seguía. El Falcón se despegaba pero aún los tenían en la mira. “La puta madre, en la próxima gira a la derecha y da vuelta el auto”, gritó. Los entrenamientos de los montoneros incluían no solo el manejo de armas, sino también el de coches, y la maniobra de girar 180° mientras se clavaba los frenos era una de ellas. Habrá girado unos 150° y ni bien lo hizo Molina se bajó del auto, sacó una ametralladora del portafolio y la colocó sobre el capot. Para cuando el Falcón se encontró con esa situación dio la vuelta y se esfumó.

Los días no solían ser así. Normalmente los traslados eran tranquilos, luego se quedaba custodiando las reuniones y terminaba su labor.

El 29 de septiembre de 1976 se estaba llevando a cabo una de esas reuniones del secretariado político en el barrio de Floresta, sobre la calle Corro, cuando apareció el ejército rodeando la

manzana. Luego de un intenso combate de horas, fallecieron todos los que estaban en el interior de la casa, entre ellos Alberto Molina y Victoria Walsh. Eran cinco personas contra 150 hombres armados, más camiones militares, un tanque y un helicóptero. Al quedarse sin municiones, “Vicky” Walsh se asomó, abrió los brazos y gritó: “ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir”, y junto a Molina se pegaron un tiro en la sien. A Ernesto justo ese día no le tocó estar.

A partir de ese hecho, los integrantes de la Conducción Nacional comenzaron a salir del país. Y Jauretche, por seguridad, debió mudarse y volvió estar bajo la órbita de Miguel Zavala Rodriguez, el “Colorado”.

El fin de año sería aún peor. El 17 de diciembre cayó combatiendo Carlos “Pinguli” Hobert, cuando intentaron secuestrarlo en su casa. En el tiroteo su compañera mató al Coronel que comandaba el operativo.

Pinguli era el líder de Montoneros que se fue diluyendo ante el crecimiento de Firmenich, pero que para Ernesto siempre había sido un referente y con el que más coincidía políticamente. Se había quedado sin línea directa con la Conducción Nacional, pero aún no estaba aislado.

A los cinco días fue a encontrarse con Zavala Rodríguez, le iba a dar unos zapatos que usaba uno de los caídos en el Combate de la calle Corro. El Colorado era patón, transpiraban mucho sus pies y arruinaba con frecuencia sus calzados. Después de encontrarse, saludarse y charlar brevemente sobre plena calle Corrientes se despidieron y se fueron caminando para el mismo sentido pero por distintas veredas. Desde allí vio el amontonamiento de gente y la ejecución del Colorado. Tuvo que correr y desaparecer entre la gente a toda velocidad. Ahí sí quedó aislado.

Desde 1974 comenzaron los exilios masivos y México fue uno de los lugares predilectos. Por eso, cuando Ernesto llegó en 1978 ya estaba la Casa de Alabama, de Montoneros; el CAS, que reunía a intelectuales progresistas; y el COSPA, que era definitivamente peronista.

Susana seguía siendo orgánica al Movimiento Peronista Montonero. Ernesto, sancionado, no. Tampoco podía dejar de ser montonero del día para la noche y no era lo que buscaba. Después de la discusión del Convento de Montesclaro había quedado muy aislado de su círculo social, era como un infectado. Además la pareja estaba muy conflictuada, no tenían problemas

económicos porque los bancaba la orga, pero ninguno tenía a sus hijos en México. Por eso, cuando las hijas de Susana salieron con su padre a España, ella pidió el traslado y Ernesto, para acompañarla, también.

4- Gira europea

El Pelado Dri ya no estaba más en la Quinta de Funes, Rosario, donde compartió encierro con Tucho Valenzuela. Lo habían trasladado a la ESMA, a cargo Jorge Eduardo el “Tigre” Acosta. Durante su estadía involuntaria tuvo varios encuentros con Acosta, que no lo torturaba físicamente pero sí psicológicamente, y Miguel Bonasso en “Recuerdo de la muerte” cuenta uno de ellos:

“Con malicia y fanfarronería, el Tigre le comentó al Pelado que tenía en sus manos todos los resortes para hacer tronar a la Secretaría Política. Y hasta para desenmascarar a ciertos “camaradas de ruta”, a políticos que –según él- insistían en coquetear con los Montoneros.

-Tenemos a la mujer de Habegger- dijo.

Estaba equivocado. La primera compañera de Habegger estaba en el exterior, la segunda había caído en manos del Ejército. Munú sólo era un accidente en la vida amorosa del cabezón.

-Sabemos cómo es la estructura de la Secretaría Política- se ufano. Y trazó el Organigrama. Eran datos viejos, inservibles.

-Sabemos que Adam Pedrini se vio con los montos en Brasil-agregó el Tigre, cada más exultante-. ¿Qué opinás?

La mención de Pedrini lo alarmó. No era montonero. Era un peronista histórico, chaqueño y buena persona. “Lo van a reventar”, se dijo y se acordó del Adam gaucho y solidario que había conocido en la Cámara de Diputados. Decidió pinchar el globo. Utilizó la verdad para alejarlo de las pistas probables.

-No sé...- comentó-. Me parece que no es así. Fíjese que ahí figura Jauretche a cargo de la relación con las Juventudes Argentinas y Jauretche lleva varios meses en el exterior.

Al Tigre se le borró la sonrisa y se le desinfló el organigrama.

-Bueno... eso es cierto- admitió a regañadientes-. Pero lo otros datos me parecen reales. Será cuestión de ver.

Y salió del archivo.”

Mariana, la hija mayor de Susana, había terminado la secundaria y Roberto Perdía la tomó como su secretaria. El Pelado Carlitos, como lo llamaban en la orga, era parte de la Conducción Nacional y el encargado de dirigir la contraofensiva,

la vuelta de Montoneros al país. Si Mariana era su secretaria, ella también volvería.

“La van a matar, los van a matar a los dos”, pensaron Susana y Ernesto, que conocían bien la situación en Argentina, habían salido hace más de un año y el panorama no había mejorado sino empeorado. Sostenían que lo que se hacía en el exterior era una cortina de humo, una lucha de poder dentro de una organización que tenía mucha plata pero no tenía política en el territorio. Era un suicidio. “Mariana no va, vamos nosotros”, decidió la pareja.

La Conducción Nacional interpretó que la ofensiva militar de la dictadura había llegado a un tope y que frente a esto tenían dos alternativas: forzar la situación para agudizar las contradicciones que afirmaban que existía dentro de las Fuerzas Armadas, entre un sector que priorizaba la continuidad de la represión y otros que aspiraban a la consolidación de ese presente en 1979; o dejar que transcurriera esa etapa enfrentando el riesgo de que los avances populares entraran en una meseta y así terminar generando las condiciones para que la dictadura se estabilice y prolongue su permanencia en el gobierno.

Optaron por la primera, Montoneros proponía pasar de la resistencia aislada a la contraofensiva popular. El objetivo era romper el cerco militar y atacar sobre los puntos neurálgicos en

los que se apoyaba la dictadura. Acciones militares y de propaganda que para llevarse a cabo necesitaban la vuelta de combatientes a la Argentina.

La relación de Ernesto pasó a ser directa con el Pelado Perdía, dejó de estar bajo la órbita de Fernando Vaca Narvaja. Perdía tenía un departamento en Madrid que era su oficina, ahí vivía su compañera, Amor, y trabajaba Mariana. Bernarda, la hija menor de Susana, aún estudiaba y también tenía intenciones de volver a su país.

Susana y Jauretche razonaban de la misma manera: la contraofensiva era un suicidio. Lo tenían claro, lo habían visto, lo habían informado e incluso se habían peleado por eso con la Conducción Nacional. Había un aparato represivo destinado a aniquilar seis mil guerrilleros y un movimiento de masas que en su mejor momento había movilizado a dos millones de personas. El movimiento de masas no existía más y el aparato continuaba.

En todo el espectro que abarcaba la ampliación del MPM, había opiniones encontradas., “Yo cuando ustedes me engancharon me había ido de la Argentina porque tenía miedo, asique si tengo que renunciar para seguir viviendo acá, renuncio”, planteo René Chaves. La ex diputada patagónica tuvo que esconderse luego de que el 23 de marzo de 1976 casi a la medianoche le allanaran la

casa. Tuvo intenciones de radicarse en Bahía Blanca, pero los operativos militares eran tan exhaustivos que no se bajó del colectivo y terminó recayendo en Capital Federal hasta que pudo salir a Brasil. Como ella no pertenecía al aparato militar, la dejaron continuar con sus tareas de denuncia de las violaciones de derechos humanos sin involucrarse en el retorno a Argentina.

La decisión de sumarse a la contraofensiva no implicaba solo volver al país sino reclutar más militantes. Exiliados que habían salido opcionados, es decir, cayeron presos, mayormente durante la estadía de María Estela Martínez de Perón al frente del Poder Ejecutivo, y les dieron la opción de salir del país con la prohibición de regresar; y compañeros y compañeras que tuvieron que irse para no ser asesinados, y estaban repartidos en varios países de Europa.

En el viejo continente había una colonia de exiliados académicamente más calificados que en México, generalmente profesionales sin grandes problemas económicos.

Montoneros le dio a Ernesto un documento falso para recorrer Europa y le pagaba la comida y demás gastos, pero no pagaba los viajes. Para eso tenía que conseguir que lo bancara cada grupo de emigrados, sino no podía seguir.

Jaureche llegaba, bajaba la línea de la conducción sobre la importancia de volver y lo que significaba la Contraofensiva e iba viendo la reacción de los oyentes. Tenía vigilancia, había otros miembros de Montoneros. Sin embargo, con aquellos a los que notaba disconformes les hablaba en privado y les explicaba su estrategia.

“Esta todo como el culo, mejor no vayas”, solía ser una de sus frases de cabeceras. O “vayamos, pero organicémonos nosotros allá, separados de estos boludos”. La situación era así: él tenía que ir para que no vayan las hijas de Susana, aunque también el volver y vivir la represión del territorio lo convertiría en alguien indiscutiblemente respetado, ¿Quién podría contradecir a un militante que había estado en Argentina? Si entraba y lograba salir podía consolidar una alternativa a la Conducción Montonera, que es lo que se imaginaban Susana y Jaureche.

La primera salida fue a París, con la compañía de Susana, donde estaba Daniel Vaca Narvaja. Sin embargo, antes de encontrarse con sus compañeros fueron a hablar con un escritor argentino para ganar su adhesión a la causa de denuncias contra la dictadura por la constante violación de derechos humanos.

El contacto se los había hecho uno de los músicos del Cuarteto Cedrón. Esperaron en un café de Monmatre, donde se ve la mitad

de la ciudad. Estaban maravillados con la vista y quedaron aún más sorprendidos cuando vieron entrar a su invitado, un hombre barbudo de casi dos metros de altura, era Julio Cortazar.

El resto del recorrido lo hizo solo. Andaba con un bolso, campera de jean, camisa, camiseta, jean y mocasines gastados. Pasó por Lyon, Marsella y luego Bélgica. Cada lugar que visitaba lo caminaba tanto como el tiempo y el clima le permitieran. Allí se hospedó en Bruselas, en la casa de "Freddy" Garay, un ex jaenita. Los que habían formado parte de JAEN tenían la particularidad de confrontar a distintos niveles con las directivas de la Conducción Nacional. Garay no era la excepción, en territorio belga se había despegado de la militancia, ejercía su profesión de arquitecto y le iba bien.

-No te podes ir de Bélgica sin conocer Brujas- le dijo Garay tras la charla con los compañeros.

-Tenes razón, no me puedo ir sin conocer Brujas- reflexionó Ernesto que no tenía ni idea que había en Brujas, pero la curiosidad siempre lo llevaba a conocer nuevos lugares, al contrario de lo que le indicaban sus superiores montoneros.

-Bueno, hijo de puta, ahí tenes mi auto- respondió Garay entre risas.-Andate a recorrer- agregó, sabiendo de su complicidad en la conducta desobediente.

El plan era ir y volver en dos días a Bruselas. Recorrió, se impresionó y se enteró que se podía llegar en barco a la capital por un canal interno.

-Freddy, me vuelvo en barco- dijo Ernesto desde un teléfono público

-¡Pero hijo de puta! ¿y qué haces con el auto?

-Te lo dejo acá, mandalo a buscar, no me voy a perder este viaje

El periplo continuó a unos 600 kilómetros, por Hamburgo, Alemania, donde seguía con la lógica del doble reclutamiento. De allí, a Suecia en tren atravesando el Mar Báltico. O esa era la idea.

Era el invierno europeo de fines del '78 y Ernesto no tenía la suficiente plata para abrigar su conjunto de jean pero sí para comprarse el pasaje. Subió a su compartimento y cual una introducción a un chiste malo, había un estadounidense, un sueco, una francesa y una holandesa. El ferrocarril arrancó pero al rato se paró, pasó como una hora, con la calefacción prendida, y el guardia abrió la puerta, dijo algo en alemán y se fue. “¿Que carajo habrá dicho?”, pensó Ernesto. Para su suerte el sueco, un chico o chica joven, porque nunca pudo determinar su género,

hablaba varios idiomas. “El guardia dijo que este tren no sigue, hay que desalojar y hay ómnibus para llevarnos a destino”, explicó. Charlaron y el mini congreso de la ONU con el sueco o sueca de intérprete decidió no bajar.

El yanqui estaba vestido igual que Ernesto y llevaba una guitarra. La francesa tenía una valija enorme y la holandesa era una señora mayor correctamente abrigada. Afuera nevaba mucho y solo la vía marcaba un camino en el medio del campo. Lo mandaron al sueco/sueca a que averigüe bien y a los quince minutos regresó, “dicen que hay que bajarse si o si, el tren no puede seguir porque la vía esta cubierta de nieve y hielo, hay riesgo de descarrilamiento. Me dijeron a un kilómetro hay una carretera, hay que ir a hasta allá a tomar el ómnibus”, contó. “Con mas razón, ni en pedo nos bajamos”, dijo Ernesto para que tradujera a los demás. Se quedaron, compartieron la comida que cada uno llevaba y cuando la convivencia parecía ir de la mejor manera empezó a hacer frío. La calefacción se había apagado, no había más remedio que bajarse y caminar.

No había andén y el escalón estaba a un metro del suelo. Bajaron primero los varones y ayudaron a la holandesa a descender. El norteamericano se cargó la valija enorme de la francesa y encararon por el medio de la nieve hacia la ruta. Siguieron el sendero que quedó marcado por los demás

pasajeros que hicieron caso a la orden del guarda, ellos eran los últimos.

Tras una diez cuabras efectivamente llegaron a la carretera y los ómnibus que había puesto la empresa ya se habían ido. Necesitaban llegar hasta el puerto de Puttgarden, desde donde salía el ferry a Malmo, pero no tenían cómo. Para colmo estaban sufriendo el frío, excepto la señora mayor, nadie había previsto abrigarse, se suponía que dentro del tren no lo necesitarían.

Era de día y no pasó mucho tiempo hasta que apareció un colectivo de línea, le hicieron señas y paró. Para subirse había un molinete que solo daba el paso cuando se pagaba con moneda, en marcos, y nadie tenía uno. Los bajaron. Para el próximo ómnibus que pararon el sueco/sueca improvisó un pedido de limosna en alemán, recolectaron lo suficiente y agarraron viaje.

Puttgarden es como Ezeiza pero de barcos y ferris, un complejo enorme con decenas y decenas de dársenas. Lograron dar con la sala de espera, no sin antes revolcarse en el piso un par de veces por el suelo congelado. Se aguardaba en un salón gigante repleto de gente varada por la ola de frío, entre esas personas había cantidad de camioneros junto a sus vehículos esperando ser transportados por el mar.

Había colas de modelos de camiones que no habían llegado aún a la Argentina y Ernesto no dejaba de mirarlos. Sus conductores eran hombres fornidos que no paraban de comprar cerveza, sus mesas rebalsaban de latas y le pegaban en la nuca al encargado de levantarlas. Uno de ellos se paró y dijo algo en un idioma que solo el sueco/sueca entendió, “dice que se llevan a la francesa”, aclaró, y el camionero manoteó a la mujer. Llegó otro colega y agarró del brazo a la holandesa. La situación se había vuelto tensa, hasta que el estadounidense agarró una botella de vidrio, la partió contra una mesa y los amenazó. El resto del tiempo se quedaron haciendo guardia a las mujeres y finalmente, tras cuatro horas, se subieron a un buque rompehielos para llegar a Suecia.

En los viajes europeos podía pasar cualquier cosa que la Conducción no se iba enterar, Jauretche tenía que arreglársela por sí solo.

En el país nórdico la asistencia social a los exiliados era completa, una vez que aprendían el idioma les daban un hogar y todos los días les brindaban el desayuno si tenían niños. El Estado estaba presente y era acogedor de otros perseguidos políticos de Latinoamérica. Entonces, los militantes que vivían ahí tenían contactos de más nivel. Así es como Ernesto llegó a tener reuniones con Olof Palme, quien había sido presidente de

Suecia, y su partido, donde arreglaron una nueva visita en la primavera para explicar la violencia estatal en Argentina frente al Congreso sueco.

La gira había sido exitosa en términos de su extensión, con la ayuda económica de cada colonia de argentinos pudo viajar más de lo que esperaba. Ya era hora de volver a España y empezar a preparar su entrada al país. No sin antes hacer una rápida escala en París para encontrarse un viejo conocido.

-Esto de la contraofensiva es un crimen, están locos de poder, no saben lo que es Argentina- dijo Galimberti.-¿Qué vas a hacer vos?

Rodolfo venía planeando separarse de Montoneros, ya había hablado con Miguel Bonasso intentando convencerlo y había fallado. El poeta Juan Gelman lo apoyaba y Hector el "Vasco" Mauriño le facilitaba los contactos, como este con Ernesto. Mauriño era otro de los secretarios de Perdía y estaba preparando una inminente ruptura de la organización. El Vasco había regresado al país en 1972 pero volvió a salir en 1976.

Galimberti estimó que se había transformado en un imán de exiliados montoneros con dudas y críticas hacia la Conducción, él

era una figura importante y reconocida. A Jauretche, con su trabajo de hormiga, se le hacía más difícil.

Ernesto le planteó su panorama: se estaba cometiendo un error conceptual político, el problema estaba en pensar que desde Montoneros se iba a lograr construir una política de masas capaz de desplazar a la dictadura cuando no tenían la capacidad ni para construir una secta. Había que volver al peronismo, a los sindicatos, por más burócratas que fueran, había que negociar con el Partido Justicialista. El Loco coincidía y Jauretche se fue convencido de que la ruptura era inexorable.

En España Susana ya estaba organizando el viaje, pensando cómo y por donde entrarían y con quien dejaría a sus hijas.

La esposa de Don Oscar Bidegaín, Tony, era española, por lo tanto tenía muchos contactos. Con Ernesto habían forjado una agradable relación en los tiempos que fueron gobierno de la Provincia de Buenos Aires. A través de ella entró en contacto con un empresario andaluz, Torrejimen Vázquez, que le sería de gran ayuda.

Huyendo de Argentina había salido un joven mendocino amigo de Susana, cuando la visitó le dio la sorpresa. “Mirá lo que tengo, la documentación completa que le robé a mi papá”, dijo. Tenía pasaporte, cédula de identidad, título universitario, registro de

manejar, la historia familiar: cuántos hermanos eran, el nombre del padre, la madre, los hijos, los primos. Todo el paquete de información para crear lo que ellos llamaban un “sosias”, una identidad falsa basada en alguien real.

Torrejimeno Vázquez estaba casado con una finlandesa, tenía admiración por la causa montonera, sus padres habían sido amigos de Tony Bidegain y era CEO de una empresa multinacional de tratamientos de agua. Un ejecutivo que le gustaba tomar y no precisamente agua. Se hicieron compinches, compartieron tragos, viajaron a Andalucía en reiteradas ocasiones y lo más importante, lo hizo pasar como empleado de su empresa y le dio un certificado que indicaba que estaba cursando un posgrado en España, a nombre del sosias que consiguió el amigo mendocino. Entonces, a través de Torrejimeno Vázquez y como si fuera su empleador pagando un sueldo, le mandarían la plata que Montoneros le otorgaba. Era una excelente cobertura, salvo que alguien lo conociera personalmente, era otra persona totalmente distinta a la que había salido del país.

Además, Tony Bidegain se ocupó de conseguir actores con buen pasar económico y de una talla parecida a Ernesto para le regalen ropa que no usaban. Nunca había estado tan bien vestido, el sobretodo de pelo de camello era su preferido. Ya era todo un ejecutivo.

Sin embargo, antes de volver al país le quedaba la tarea de hacer la última reunión de denuncia en Suecia que ya había pautado meses atrás.

El gobierno sueco estaba por mandar un lote de armas a la dictadura. En contra de eso, el partido socialdemócrata, donde estaba Olof Palme, ex primer ministro, lo invitó con todo pago a Ernesto para que disertara y explicara la situación argentina.

Lo que no se esperaba era estar en el palacio del Parlamento sueco, un edificio lujoso con estilo neoclásico y un frente neobarroco, en medio de un hemiciclo con ochenta parlamentarios escuchándolo por medio de un traductor. Frente a él tenía un sillón rojo con cortinados de oro donde se sentaba el rey, ausente en esa ocasión.

Ernesto se explayó sobre lo que se vivía en Argentina, la situación general y su caso particular, que eran una agrupación armada en lucha contra la proscripción, que habían alcanzado el poder, que las luchas internas de un partido los habían dejado afuera, la persecución de parte del Estado, el asesinato de amigos y compañeros, la aislación de la familia, el miedo a caminar por la calle y demás.

Cuando finalizó lo empezaron a aplaudir ensordecedoramente y gritaban “¡Argentina kommer att vinna!, ¡Argentina kommer att vinna!, ¡Argentina kommer att vinna!”.

-¿Qué dicen?- le preguntó al traductor.

-¡Argentina vencerá!, ¡Argentina vencerá!- le dijo. Ernesto no pudo contener el llanto.

El Parlamento vetó la venta del armamento, y como ya lo habían fabricado, lo tiraron al mar.

Tras el emotivo discurso lo llamaron de la iglesia de Holanda, para que también vaya a exponer allá, antes de volverse a España y Argentina.

Fue en un avión de cabotaje que pasó por el medio de una tormenta. La turbulencia le hizo replantearse sus miedos y cuando cayó en un pozo de aire, sin soltar la taza, el café que tenía en la mano se elevó frente a su cara por la inercia y le salpicó la ropa.

-Pase por acá- dijo en perfecto español el oficial de migraciones luego de mirarlo fijamente por unos segundos.

-¿No me lo tiene que sellar primero?- preguntó Jauretche.

-Pase a la oficina por favor

En un cuarto diminuto, con una mesa en el medio, lo recibió otro hombre que ya tenía su pasaporte en la mano, se lo habían pasado.

-Este pasaporte es falso- le comunicó

-No, señor, ¿Cómo dice? Es mi pasaporte

-No insista, este pasaporte es falso, no se puede ingresar a Holanda así, esto es un delito y usted está arrestado

Jauretche aún circulaba con los documentos que le había provisto la orga, no con el que se había hecho personalmente junto a Torrejimen Vazquez. No tenía excusa, era falso.

-El señor está arrestado, vigílenlo- le indicó a otros dos que estaban en la puerta.

Al tiempo llegó otro oficial, aparentemente un superior.

-¿Quién es usted?

-Yo soy Ernesto Jauretche, un militante peronista. Vengo aquí, pero estoy de paso nomas, eh, vengo aquí a una reunión que me invito su iglesia, por los derechos humanos- intentaba resumir. -
Permitanme contactarme con ellos, por favor

-Si, si, usted va poder hablar con ellos- y Jauretche respiró aliviado.- Una vez que este en Argentina, el avión ya lo está esperando, lo vamos a deportar

-¡No, no!- se desesperó.-A mi me matan si vuelvo a Argentina, no me pueden deportar, es un crimen, es un crimen de lesa humanidad. Ustedes estan equivocados, me matan a mi, si vuelvo me matan.

-Usted está cometiendo un crimen, ¿que quiere que hagamos? Así es la ley y yo tengo que hacerla cumplir- le dijo.-A un extranjero con documento falso o lo metemos en nuestras cárceles, las cuales no le recomiendo, o lo deportamos. Como en este momento está saliendo un avión con destino final Buenos Aires es mucho más fácil para nosotros deportarlo.

-Metanme preso, por favor.

-Ya le explique.

-Si, pero no pueden hacer eso. Comuníquense con la iglesia, por favor, llamen al cura- empezó a rogar y dio el nombre del obispo que nunca más recordó.

El superior se retiró y lo dejó con los dos centinelas que tenían un FAL en mano. Al rato escuchó que llamaban al religioso por los parlantes.

En la espera de alguien que lo reclamara, oyó que lo llamaban por su nombre falso para que embarcara en el avión con destino a Buenos Aires y lo vinieron a buscar dos personas más.

“No, no paren. Yo soy Ernesto Jauretche, se estan confundiendo”, dijo para ganar tiempo. Se fueron, y por el parlante lo llamaron por su nombre real. Ya no había forma de zafar, le pusieron unas esposas por detrás y mientras lo trasladaban al avión apareció el obispo que lo reconoció y se hizo cargo de él durante su estadía.

Ernesto nunca había tenido tanto miedo, había estado en situaciones comprometedoras, pero tenía la pastilla de cianuro a mano, esta vez estaba totalmente expuesto. Dio la charla y antes de las 24 horas se fue del país rumbo a España.

“-Sos la única persona que conozco aquí. El único que me conoce. No tengo alternativa: vengo resuelto a que me ayudes o me ayudes”, le dijo Jaime Dri a su “contacto” paraguayo, según relata Bonasso en “Recuerdo de la muerte”.

Luego de estar meses en la ESMA, donde su figura como ex diputado peronista fue quizás lo que lo mantuvo con vida, el Grupo de Tareas 3.3/2 lo envió a marcar compañeros a la frontera de Formosa con Paraguay.

Para cuando el Pelado llegó a la Escuela de Mecánica de la Armada, el lugar no funcionaba mayormente como un centro de torturas físicas sino de inteligencia a cargo de la Marina pero con el trabajo de los mismos secuestrados, algunos se habían cambiado de bando, otros habían filtrado información ante amenazas y agresiones, y también habían los que no cantaban. Una de las tareas que tenían era salir al exterior a delatar compañeros si se los cruzaban por la calle, ese fue el encargo que le hicieron a Dri al llevarlo a la frontera. Pero en un descuido de su inocente custodio, ansioso por cruzar a Asunción en busca de cigarrillos, logró escapar y refugiarse en tierra guaraní, gracias a una dirección que había memorizado de una guía telefónica. Después de un tiempo cruzó a Brasil y se sumergió en una nueva aventura, tratar de explicarle a la Conducción lo sucedido y que no lo consideren un traidor.

Esperaba a que le indiquen cómo ingresar a Argentina cuando se llevó la sorpresa: Galimberti sacó un comunicado de ruptura

con la Conducción y Juan Gelman, junto al Vasco Mauriño, entre otros, lo apoyaban. No lo podía creer, sabía de la disidencia del Loco, de hecho lo habían hablado, pero no esperaba que fuera de esta forma. Había estimado que tendrían más reuniones hasta que se conformara un grupo masivo. Jauretche ya había hablado con Daniel Vaca Narvaja, Miguel Bonasso, y con Susana, lógicamente, y estaban esperando que el ingreso y la posterior salida de algunos militantes de su bando le diera rigurosidad y contundencia para plantearse como alternativa a la Conducción. Galimberti les había ganado de mano con otra estrategia, pensó que al ser una figura importante muchos los seguirían, y no se percató de que se estaba constituyendo otro polo opositor o se confió de que se unirían a él. No fue el caso.

“Ernesto era de los que pensaba en ese momento que la Conducción estaba equivocada, estaba meando fuera del tarro, pero era lo único que había, que irse era todavía peor, que había que seguir dando la batalla interna, pero era muy difícil dar la batalla interna porque había un estalinismo feroz. Realmente la Conducción yuguló toda posibilidad de discusión interna”, recuerda Mauriño.

Galimberti y su grupo acusaban una ausencia absoluta de democracia interna en la organización, a la que tildaban de

sectarista, militarista y ciega como para no darse cuenta que se alejaban de las masas.

“La cosa militarista terminó siendo una payasada trágica, esto de los comandantes y toda esa historia, que contrastaba severamente con la realidad del país y con los diezmada que estaba la organización. Cuando Ernesto planteó eso en Montesclaro, casi lo fusilan”, dice el Vasco.

A mediados del '79 Jaureche se juntó con Fernando Vaca Narvaja y su hermano, Daniel. Fernando seguía siendo parte de la Conducción Nacional y no sospechaba nada del inminente complot de los otros dos.

Por parte de la orga le dieron el pasaporte, la guía del camino que tenía que recorrer para ingresar al país, el lugar donde debía reportarse, qué es lo que debía hacer en el territorio y le explicaron cómo haría el contacto directo con ellos.

-Ah casi me olvido -dijo Fernando.- Toma.- y le dio un paquete envuelto en papel cartón.

-¿Qué es esto? -preguntó Jaureche.

-El uniforme montonero

Hace medio año que Montoneros había implementado el uso del uniforme militar. Pero claro, Ernesto había estado degradado y no hacían operaciones militares en el exterior, nunca lo había tenido. Las prendas del uniforme eran: una camisa color celeste; una chaqueta tipo cazadora, de cuero, color negro; un pantalón de gabardina negro; boina, cinturón y zapatos negros; y las medias azul marino. Además, las insignias de grado eran representadas por una estrella federal.

-¡¿Qué?!

-Claro, allá en las reuniones vas a tener que usar el uniforme.

-¿Pero vos estas en pedo? No puedo llevar esto.

-¿Cómo que no? acá están las insignias.

-Las insignias te las podes meter en el orto, yo no pienso entrar con nada que me cueste la vida, ¿Qué carajo tienen en la cabeza? ¿están locos?

-¿Qué tengo en la cabeza? Esto es una orden, boludo, ¡te estoy dando una orden!

-Anda a la concha de tu hermana- dijo Ernesto y se trezaron a las piñas hasta que Daniel, que había estado de observador, los separó.

Jauretche que se fue con el paquete y todas las indicaciones, las guardó en una valija y las dejó debajo de su cama. Agarró otro equipaje que tenía preparado, los documentos que había conseguido el contacto de Susana y los que le había dado Torrejimen Vazquez y sin avisarle a la Conducción comenzó su viaje.

Le habían dado el pasaje para un vuelo directo a Rio, pero él se diagramó su propia vuelta. Se fue con un pasaporte al Pais Vasco, desde allí usó otro documento para ir a Portugal y ahí si comenzó a operar como el ejecutivo de la empresa de tratamiento de aguas de Torrejimen Vazquez y se tomó un vuelo a Brasil.

Cortó todo tipo de seguimiento y estaba de nuevo en territorio latinoamericano.

.

5- Cagaste, Jauretche

Más allá de las razones políticas, el deseo de volver a Argentina era latente. Hace tiempo que la imagen de él volviendo con Susana estaba en su cabeza, nunca habían convivido dentro de su país. Ya no se sentían cómodos en ningún otro lado y no querían seguir perdiendo el contacto con lo cotidiano.

Cada mañana Ernesto leía dos diarios: uno local y el Clarín. Al gran diario argentino lo desmenuzaba, se pasaba horas viendo hasta los clasificados, para sentir que él aún era parte de esa sociedad. Nunca había terminado de desarmar la valija pensando en cuando podía llegar a regresar.

El posible reencuentro con su hija también lo motivaba. Con Soledad sólo se comunicaba por cartas que él enviaba y ya había dejado preparada otras cuantas para que una de las hijas de Bidegain se las siguiera mandando, como forma de cobertura y con el objetivo de que los servicios de inteligencia de la dictadura pensaran que aún seguía en el exterior.

Sin embargo no priorizaba su vida personal, tenía claro que lo más importante era la construcción de autoridad desde el territorio para criticar la política de Montoneros y conseguir un cambio estratégico. Todo lo que fuera a decir si lograba sobrevivir iba a estar ratificado con hechos que había visto y presenciado, no eran

meras palabras de alguien que estaba a salvo y tranquilo en el exterior. Si desde el interior podía comenzar a armar algo político alternativo a la línea de la Conducción, por más pequeño que fuese, sería un éxito rotundo.

Lo que limitaba esas ganas de pisar el suelo nacional era el riesgo de instalarse cuando eran gente muy buscada y condenada a muerte por la dictadura. Además, los otros compañeros que volvían eran en su mayoría opcionados, habían estado tres o cuatro años fuera del país y antes de eso, otro tiempo en prisión. Llevaban al menos un lustro alejados de la sociedad argentina, hasta que volvieran a adaptarse eran un tiro al blanco

“Tanto el exilio como la cárcel producen un efecto que es como que se congela tu presente. Transcurren los años, todo cambia, pero para vos no, cuando vos salís o volves crees que la vida era como cuando vos entraste, y no es así. La cárcel y exilio te quitan noción de la realidad”, dice Jauretche. Y muchos de los opcionados habían sido privados de su libertad incluso antes del golpe.

Susana se quedó más tiempo en España para garantizar que sus hijas no volvieran. En ellas primaba un sentido de la

heroicidad que transmitía la Conducción. En Ernesto y Susana primaba un sentimiento de responsabilidad antes que la épica.

Llegó a Río de Janeiro solo, con su valija y su sobretodo de pelo de camello, y se arrepintió. “Esta difícil”, pensó, “tengo 40 años nomás, no me quiero morir”, seguía creyendo en todo el análisis que había hecho, que entrar al país era la clave para un cambio en la Conducción pero al estar tan cerca todo se le nubló. Decidió quedarse una semana en un hotel para meditar su decisión.

En esos días, yendo a la playa de Copacabana conoció a un argentino que también andaba sin compañía. “Un atorrante”, recuerda que pensó. El tipo, más o menos de su misma edad, le contó que era una especie de contrabandista, compraba electrodomésticos en Brasil, los ingresaba sin declarar a Argentina y los vendía. Una historia en la que Ernesto no quiso ahondar mucho, lo que más le interesaba era estar con alguien para distenderse. Disfrutaron del sol, de la arena y de las olas también de la noche, los tragos y la música.

Frente a este hombre, Ernesto se había presentado como el ejecutivo de la empresa de tratamientos de aguas que sus documentos decían que era. Al contrabandista lo sedujo la posibilidad de hacer negocios con él y trataba de convencerlo, “podemos hacer mucha guita, vos además tenes una buena

cobertura para entrar y salir como si estuvieras trabajando o yendo a reuniones, podemos hacer un buen acuerdo”, le insistía. A todas esas propuestas Jauretche le decía que sí, total después de Brasil nunca más se lo volvería a cruzar.

-Che, yo mañana me voy a Buenos Aires- le avisó durante un almuerzo.

Ernesto ya se había decidido, esa etapa en Rio quedaría como un gran disfrute antes de que pase lo que tenga que pasar en Argentina, se dijo.

-Uh, boludo, ¿me vas a dejar solo acá? Me voy con vos

-Bueno, dale- respondió Ernesto, la compañía del tipo se le hacía muy amena y no le suponía ningún riesgo

-¿Qué boleto sacaste?

-Uno que va por Montevideo, me gusta pasar por ahí- mentira, no es que le gustara, era la única forma de evitar Ezeiza, donde los controles eran rigurosos, y llegar por Aeroparque.

El vuelo hacía escala en Porto Alegre, desde allí a Montevideo y finalmente Buenos Aires. Se sentaron juntos y tras unos primeros minutos de risa, las turbulencias los empezó a incomodar, eran más fuertes de lo normal. Entonces el piloto anunció que por

razones climáticas debían desviar la ruta, irían directamente a Ezeiza.

“Cagaste, Jaureche”, pensó y entró en un pánico interior, por fuera sonreía sin mostrar los dientes y asentía sin escuchar lo que le decía su compañero de viaje. No lo podía creer, todo el plan a la mierda. Por lo menos iba acompañado con alguien que nada que ver con la militancia, capaz así zafaba, reflexionó.

Aterrizaron, bajaron y cuando en Aduana estaba por mostrar el pasaporte vio que su compañero, con el que había pasado una semana en Río, sacó una placa de la Armada Argentina. “Que boludo que sos, Jaureche, te dejaste embaucar por este tipo en la playa, te reconoció ahí mismo, viajó con vos e hizo desviar el avión para entregarte”, razonó. A su pasaporte no le dieron mayor importancia, claro, venía junto a un Capitán. Ernesto sacó una pastilla de cianuro y se la puso en la boca, listo para morderla y que hiciera efecto si era necesario.

-¿Qué vas a hacer?- le preguntó el Capitán, que lo seguía tratando de la misma forma

-Nada, tengo que ir a Once- titubeo-. a la zona de Once, a un hotelito y mañana voy a visitar a mi familia en el gran Buenos Aires

-Bueno, voy con vos- le dijo con soltura.

El Capitán se acercó al puesto de Tienda León, que según se había enterado Ernesto, la empresa de transporte trabajaba en conjunto con la ESMA para controlar los ingresos, y desde el otro lado del mostrador abrieron un cajón y le dieron su arma 9 milímetros. Se la calzó en la cintura y volvió con una sonrisa para Ernesto.

-El ómnibus no sé a que hora pasa- dijo Jauretche

-¿Qué ómnibus?- canchereó.- nosotros vamos en auto

Salió al frente y un Falcón pasó por arriba de los canteros y se paró delante de ellos. Le cargaron la valija en el baúl y subió. El chofer venía con otro militar adelante, y los recién llegados iban atrás.

-Dicen que estos Montoneros hijos de puta estan volviendo- comentó el que manejaba.

-Si, pero por acá no vienen- acotó el Capitán.

-No, claro, boludos no son- respondió.

Ernesto sentía que le estaban haciendo un juego macabro. Él, por las dudas, dejaba pasar el tiempo sin abrir la boca y mirando la ruta.

-¿Usas armas?- le preguntó el de adelante.

-No, yo con los fierros no tengo mucho que ver, mi padre me enseñó de chico a tirar con un .38, pero después nunca mas- respondió Ernesto con cara de pocker y las axilas empapadas.

-Que bien, y si, los viejos nuestros eran sabios. ¿Y de los Magnum que hay ahora cuál preferís?

-Te digo que yo de eso no sé mucho

-Mirá, este es un .357- y le pasó el arma.

-Ajá, qué lindo- se la devolvió enseguida.

Cuando el auto agarró la autopista se convenció de que lo estaban llevando a la ESMA. “Ya está, me tiro”, pensó y cuando tocó la puerta se dio cuenta que no había manija. Era el típico auto operativo, no había forma de abrirlo desde adentro y los vidrios estaban cerrados y trabados. “Cagaste, Jauretche”, volvió a decirse.

Salieron de la autopista y el que iba adelante se bajó.

-¿Por qué no te venis a mi casa mejor? Antes que ir a un hotelucho

Ernesto accedió sin entender nada. Tampoco iba a decir que no, si los otros estaban armados hasta los dientes.

-Llévame a casa- ordenó el Capitán sin dar ninguna dirección.

Aún no podía determinar qué es lo que iban a hacer con él, estaba desconcertado. Seguía con la pastilla en la boca hasta que fuera el último recurso. No estaba ansioso por morir.

Transitaban por el lujoso Barrio Norte cuando el auto se detuvo frente a un departamento que no desentonaba. Salieron, sacaron las valijas, subieron las escaleras y entraron.

-Ma, te presento a Raúl- dijo el Capitán.

Un hombre de la Armada le estaba presentando su madre a un Montonero, ¿con qué necesidad? O era perverso o estaba convencido de que Ernesto era Raúl, como decía su documento.

-Nos conocimos en el viaje, me parece que lo vas a ver seguido por acá porque vamos a hacer negocios juntos- siguió y le guiño el ojo.

¿Este tipo quería que le empezara a pasar información de Montoneros sistemáticamente? Decidido a averiguarlo y mientras el Capitán fue al baño, se puso a charlar con la señora.

-Este es un atorrante, se la pasa viajando- dijo la mujer.-además con esos negocios que tiene, ¿a usted le parece bien asociarse con él? Mire que es peligroso, para él esta bien porque es Capitán de Navío y este gobierno lo va a cubrir, aunque no sé hasta dónde lo puede proteger el Almirante Rojas

-¿El Almirante Rojas?

-Si, es uno de los custodios y tienen buena relación, pero si este anda en cosas muy ilegales no lo va a bancar más

El Capitán salió del baño.

-Veni, veni al dormitorio, instalate acá, ponete tu ropa por ahí, quédate unos días así hacemos el negocio y todo lo demás

En el cuarto tenía el sable de recibido de la Guardia Marina, el uniforme de gala colgado. Efectivamente era su casa y no sabía con quien estaba siendo tan generoso.

Ernesto se quedó a dormir, al otro día desayunó, dijo que salía a buscar un departamento para alquilar y no volvió más.

La Contraofensiva que lanzó Montoneros se organizaba a través de dos pilares: los grupos TEA y TEI. Las Tropas Especiales de Agitación (TEA) se encargaban de realizar acciones de propaganda, el método que más utilizaban era el de interferencia de las señales de canales de televisión y radio para transmitir un mensaje grabado de Firmenich. Fueron los primeros en entrar al país en marzo del '79.

Las Tropas Especiales de Infantería (TEI) se habían entrenado en Beirut, la capital de Líbano, por medio de un convenio entre Montoneros y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), en el cual la organización argentina fabricaba armas para los asiáticos y estos los entrenaban militarmente. El error fue que el territorio en guerra donde entrenaban no era para nada similar a la guerrilla urbana que iban a llevar a cabo.

Además, había otros militantes destinados al país que tenían el deber de analizar la situación y la repercusión de los hechos para informar a la Conducción. Esa era la tarea de Ernesto.

Para el momento en que las TEI se dispusieron a golpear, las TEA ya estaban aniquiladas o esperaban ansiosas la orden de retirada. No había movilizaciones y el mensaje del líder de Montoneros no tuvo mayor trascendencia. Pero era su momento,

para eso habían entrenado y habían pasado tres meses analizando las operaciones. Serían tres golpes directos al poder económico de la dictadura, contra el círculo de José Alfredo Martínez de Hoz, el Ministro de Economía.

En la primera, apuntada contra el secretario de Hacienda, Juan Alemann, el que dirigía la operación la canceló a último momento, sin motivo claro aparente. Fue separado de la “orga”. El siguiente en estar en la mira fue Guillermo Walter Klein, hijo de un director del Fondo Monetario Internacional (FMI) y mano derecha de Martínez de Hoz. Le dinamitaron toda la casa, la derrumbaron y mataron a su custodia. Walter Klein y su familia sólo tuvieron heridas menores.

Decidieron volver a intentar contra Alemann, lo interceptaron mientras se dirigía a su trabajo y tras intercambiar disparos con su seguridad, uno de los policías terminó con una bala en el pómulo, el otro con los dientes astillados y un roce de plomo en el hombro, el chofer con el abdomen sangrando, y Alemann, intacto.

Tomaron nota para no volver a fallar y se dieron cuenta de que luego de los enfrentamientos, el mismo Ministro se acercaba al lugar de los hechos. Era ideal para poner una bomba de retardo luego de abatir al último blanco, el empresario Francisco Soldati.

Creyeron que lo mejor era ejecutar a Soldati en pleno centro porteño y luego colocar la bomba debajo del auto con veinte minutos de retardo. De una camioneta, tras chocar el coche de Soldati, se bajaron tres soldados con el uniforme Montonero y con fusiles AK47 y ametralladoras Uzi le descargaron más de una ráfaga. Sin embargo, la encargada de poner la bomba, que iba en otro vehículo, trastabilló al bajar y el artefacto estalló al instante, matándola a ella y a los otros dos ocupantes. El resto del pelotón quedó aturdido y se dispersaron corriendo entre la gente, aunque a dos de ellos los atraparon con vida y no se supo más nada de su paradero. Soldati y su chofer también fallecieron.

Según las indicaciones de Montoneros, Ernesto tenía que radicarse en zona oeste, pero como no siguió ninguna de las órdenes, decidió que era mejor refugiarse en la casa de un policía.

Cuando Chenda, su madre, había estado presa, compartió celda con una mujer, Nélica, cuyo esposo, Fernando Barcia, era policía. Ya en libertad afianzaron la relación que los unía por ser todos peronistas. Por eso, Ernesto fue a la casa de ellos, sabía que lo recibirían con los brazos abiertos porque lo conocían desde joven, tenía la cobertura de ser la casa de un cana y lo nutrirían

de información desde un punto de vista ideológico bastante similar al suyo.

Quedaba en Pompeya y era el último departamento en un pasillo largo. Además, la pareja tenía una hija que salía con un estudiante de medicina. Jauretche se instaló en un dormitorio vacío mientras trataba de buscar a los compañeros con los que había acordado una cita. También compró una radio Noblex Siete Mares, famosa en la época, que tenía una tapa que se baja para cubrir el dial y cuando se levantaba funcionaba como antena. Era un radio de aficionado pero casi profesional que le servía para escuchar las órdenes encriptadas que daba la Conducción a través de Radio Noticias del Continente, que se emitía desde Costa Rica.

En las primeras semanas, Barcia, que no indagaba mucho en las actividades de su huésped, le preguntó si podía invitar a un subcomisario para comer un asado, si no tenía problema.

-¿Pero estas en pedo vos?! ¿me quieres mandar en cana?

-Tranquilo, es peruca, es compañero

El subcomisario era un hombre alto y gordo, charlatán y futbolero. Fernando Barcia hizo un asado al horno, porque no tenía parrilla, comieron y se quedaron charlando de sobremesa.

-A nosotros nos están mandando al frente a pelear con los Montoneros, no tenemos más remedio que ir- planteó el subcomisario.

-Pero ¿y el ejército?- dijo Ernesto.

-El ejército bien que se cuidan en no combatir, nos mandan a nosotros te digo, somos la carne de cañón de este proceso.

-¿Y si no lo haces?

-Te castigan, te sancionan, no ascendés. Además te pueden meter preso por no obedecer.

La charla se extendió entre vinos y cervezas, Ernesto utilizaba todo intercambio para recabar información.

-¿Vas a estar acá el jueves a las seis de la tarde?- preguntó el subcomisario cuando ya estaba en la puerta antes de despedirse.

-Si, supongo que sí- respondió Ernesto.

-Poné la radio entonces, no te olvides de poner la radio.

-¿Por qué?

-Ya te vas a enterar.

Llegó el jueves 27 de septiembre de 1979, levantó la tapa de la radio y se enteró: Montoneros había atentado contra la casa de Guillermo Walter Klein. Este tipo de acciones estaban compartimentadas entre las tropas, no había forma de que Jauretche supiera lo que iba a pasar.

Se quedó recalculando sobre la advertencia que le había hecho el policía, ¿Cómo sabía el Subcomisario lo que iba a pasar? Hizo dos lecturas. La primera, “estoy entregado, en mano de los servicios, este tipo vino a sacarme información y el día que no le sirva mas, soy boleta”; la segunda “la policía tiene que ver con el atentado, colaboraron o lo dejaron hacer porque están muy enfrentados con el ejército y con el gobierno, y este tipo vino a abrirme el juego, a guiñarme el ojo para que vaya con él”. Confiaba en Barcia, pero no en su círculo. La conclusión era una sola, se tenía que ir de esa casa.

Fernando le dio la garantía de su propiedad para que pudiera alquilar un departamento en Nuñez, a la espera del ingreso de Susana.

En España, Sanz recibió de parte de una modista, muy amiga de ella, una documentación de una enfermera de San Rafael. Susana era de allí, cumplía en una fecha muy similar a la suya y hasta eran parecidas físicamente, no iba a tener ningún problema

al entrar al país. Con el sosías perfecto se subió a un crucero que salió del Puerto de Palos para ingresar como una señora de clase alta.

En el barco hace esa vida, recorre y se baja en las primeras ciudades en la que la navegación se detiene, hasta que un día en el restaurant se cruza a su amiga, la modista. Un peligro para los dos. El sosias era seguro en tanto nadie supiera donde estaba, asi que el resto del viaje se la pasó escondiéndose de su amiga hasta llegar al país

Mientras tanto, Ernesto seguía mandando correspondencia a Europa para que luego la reenviaran, como si fuera él, a Argentina. De su familia sólo Osvaldo sabía que estaba de regreso. Cristina Bidegain, la que más lo ayudaba, viajaba por Europa ya que era la secretaria de su padre, Don Oscar, y desde allí le mandaba postales en blanco, sobre las cuales Ernesto escribía, volvía a mandar y desde algún punto del viejo continente, Cristina remitía a los familiares.

Jauretche no solo enviaba cartas a parientes y se reportaba, cada tanto, con la Conducción, sino que mantenía una línea paralela de comunicación con la disidencia, no la de Galimberti, que ya se había ido de la organización, pero sí con la que estaba diagramando junto a Miguel Bonasso, Daniel Vaca Narvaja,

Susana Sanz y también Cristina Bidegain, que funcionaba como articuladora del exterior con el interior del país.

Contactando a los exiliados que habían vuelto le iba mal. Los encuentros casi no existían, relacionarse con un montonero era muy difícil, la mayoría habían caído y nunca se sabía si a la cita podía concurrir un “chupado”. Es decir, alguien a quien ya lo hubieran atrapado y a cambio de no sufrir más torturas accediera a entregar a otro compañero.

“Andate del país, ya está, te lo pido por favor”, le dijo cuando lo vio a Juan Yenú, con quien tenían confianza porque era el novio de una de las hijas de Susana. Quedaron en reencontrarse para que Ernesto le diera la plata y los papeles. Al otro día cayó. Susana se pudo contactar con una pareja de San Rafael que se habían resistido a dejar a su bebé en la guardería de Cuba e ingresaron con él, y se encontraron en más de una ocasión, hasta que también cayeron. Muchos eran detenidos tratando de ingresar al país y a las pocas semanas Ernesto y Susana se estaban quedando aislados.

En las cuadras cercanas a su departamento de Nuñez empezaron a hacer grandes operativos, pinzas en la esquinas – controles vehiculares-, cada vez con más frecuencia. También en los lugares que frecuentaban. Ernesto solía ir a un teléfono

público del Parque Saavedra para hacer llamadas internacionales. Un día fue y observó que la cabina tenía custodia militar.

Otra actividad que hacía era imprimir una revista pequeña, un folleto casi, de la JP. Generaba un stock que iba renovando. La imprenta estaba en el primer piso de una galería. Llegó tranquilo, como solía hacerlo para no delatarse con su andar, y mientras subía la escalera caracol alcanzó a ver por la baranda unas botas de milico. Dio media vuelta y se fue. El círculo se estaba cerrando.

Los servicios de inteligencia del ejército detectaron el ingreso de Jaureche y Sanz, y sus caras con nombre y apellidos aparecieron en múltiples afiches pegados en comisarías, garitas, paredes, oficinas públicas, en las estaciones de servicio de YPF, en la aduana y además salían en la televisión: "Delincuentes terroristas buscados, ¡Colabore! ¡la sociedad se lo agradecerá!". Andar juntos era cada vez más arriesgado, duplicaban la chance de que los reconocieran.

-¿Vieron que la Marina abrió un local acá a la vuelta?- les dijo un vecino cuando estaban entrando al departamento.

-¿Qué local?

-Una inmobiliaria, entran tipos uniformados todo el tiempo

El cerco se seguía reduciendo, ya salir de la casa era una aventura de vida o muerte, no sabían con quién se podían llegar a encontrar, si con los marinos de la inmobiliaria o con los que estaban haciendo una pinza.

-Che, me vino a ver García- le dijo uno de sus amigos de la infancia a quien usaba como informante.

-¿El que es Comisario de la Federal?- respondió Jauretche. García también había compartido esa precoz amistad.

-Si, vino como amigo, pero preguntó por vos varias veces, yo dije que no sabía nada, pero me parece que te están buscando-agregó con la ingenuidad de alguien que nunca se había involucrado en la militancia política.

También abordaron a ex compañeros suyos de la escuela, primaria y secundaria, amigas de su madre. “Ernesto, estuvieron preguntando por vos”, le decían cada vez seguido. “¿Usted conoce a Ernesto Jauretche?”, era la pregunta que conseguía respuestas evasivas y cortas de memoria. Ya le estaban respirando en la nuca.

Se contactó con quien había sido su médico, de apellido Cané, que era de Lincoln, pensándolo como infraestructura para poder salir de Capital Federal por un tiempo, para romper el cerco. A los

días se encontró con el hijo, su padre no había podido asistir, le habían secuestrado a la otra hija. “Mierda, tomo contacto con un tipo y le secuestran un familiar. Estoy llevando la muerte a mis relaciones”, pensó.

La suerte no cambiaba, por correo desde España y a través de Cristina Bidegain, que era su intermediaria, le llegó una cinta que tenía un mensaje de Fernando Vaca Narvaja en donde lo expulsaban de Montoneros por actividades contrarrevolucionarias. Un joven que había logrado salir denunció ante la conducción que Ernesto incitaba a los demás a que se fueran, bajo la advertencia de que los iban a matar y así saboteara las acciones de los militantes de la Contraofensiva. Sin enterarse, y sin que le dieran el derecho a defenderse, le hicieron un juicio en La Habana y lo echaron. “Bueno Ernesto, ahora podrás ser lo que soñaste toda tu vida, puedes ir a una fábrica a buscar trabajo”, cerraba el mensaje. Se quedó sin la asignación que le daban para que se mantenga económicamente, ya que por la exposición no podía trabajar. Era mediados de noviembre del '79.

Volvió a visitar su policía amigo, Fernando Barcia. Como en el barrio todos lo conocían por su verdadera identidad, fue cauteloso en cada paso. Quizás esa casa podía ser la más segura.

-No tengo un puto mango, estoy muy cercado. Necesito una mano- explicó.

-Y andate a mi casita en Mar de Ajo, te la presto

La respuesta era mejor de lo que se hubiera imaginado. Junto a Susana agarró viaje y partieron casi inmediatamente hacia la playa.

La cabaña, modesta, estaba frente al cuartel de Bomberos. Para no arriesgarse ellos ni comprometer a Fernando se hicieron pasar por pintores y cambiaron de color la fachada. Por la noche, en medio de la oscuridad, se iban a pescar. De día, pintura. Con la luna; peces y almejas. La plata no les alcanzaba y era la única forma de alimentarse. Ernesto salía con dos baldes, en uno ponía las almejas y en el otro agua salada, porque si no se renueva el agua, el molusco chupa todo el oxígeno y se muere, o algo así había escuchado.

Se instalaron cerca de un mes y de vuelta en Capital, fueron unos días a la casa del policía, para ver como estaba la situación. Se suponía que una vez roto el cerco, le perdían el rastro. Y así parecía ser, entonces regresaron a su departamento de Núñez.

Una vez allí les llegó plata de España. "Bendito seas, Torrejimen Vazquez", pensó Ernesto. Gracias a la cobertura que

se había armado por fuera la organización, podría sobrevivir, al menos económicamente. Cristina Bidegain le había pedido dinero a su padre y para Don Oscar Ernesto siempre había sido alguien muy querido, pese a las diferencias, y accedió. Luego, por una carta de Cristina se enteró de que le había mandado mas plata de la que recibió. Torrejimen Vazquez, de muy buen pasar, se quedó con una tajada.

El dinero disponible ya era suficiente para que los dos pudieran salir del país. “Nos dimos cuenta que era imposible seguir dentro, todo lo que estaba alrededor nuestro había caído”, recuerda Ernesto.

Hablaron con Fernando Barcia para que se hiciera cargo del departamento que alquilaban, de cual él era el garante, armaron las valijas y arreglaron una cita semanal en Rio de Janeiro, los martes al mediodía. Ahí se reencontrarían, ir juntos era duplicar las chances de caer. Se besaron y se despidieron

-Salí vos primera- dijo Ernesto.

-No, salí vos primero.

-No seas boluda salí vos primera.

-No- insistió Susana.

No sabían si se volverían a ver. Cruzar la frontera era un juego de azar, podían caer o no, pero no dependía de ellos. Ernesto lo llamaba “los dientes del tigre”, y Miguel Bonasso lo recuerda así: “atravesar indemne el control fronterizo lo asimila al gesto del domador que mete la cabeza en las fauces de la bestia y la retira sin un rasguño”.

Tampoco sabían si los servicios estaban al tanto de que ellos eran pareja. Se inclinaban por pensar que a cada uno le estaban haciendo tarea de inteligencia y seguimiento de manera individual. Entonces si iban juntos, los militares se iban a encontrar con un 2x1 inesperado.

Ernesto se fue primero, hacia la Terminal de Ómnibus de Once. Dio un par de vueltas caminando, era el protocolo de contraseguimiento, pero él lo utilizó para pensar en que se iba otra vez derrotado del país, en su familia, en Soledad a quien no había podido ver, en su futuro político, en los amigos, en los compañeros y en Susana y lo cruel que podía llegar a ser el destino, ¿sería la última vez que la veía?

Decidió salir por Paso de los Libres, y cuando se puso hacer la fila para sacar el pasaje, llegó Susana a la misma cola, dos personas detrás. Sin mirarla mucho compró el boleto y se sentó.

-Deme un pasaje en el asiento de al lado de ese señor que sacó recién.

-¿Cuál, el canoso?

-Si, si, ese- dijo Susana

Cada uno aguardó por su lado la llegada del colectivo. Cuando se subieron, por unos minutos, hicieron de cuenta que no se conocían.

-¿Cómo no íbamos a salir juntos?- rompió el hielo Susana, sonriendo.-Imaginate que uno solo de nosotros dos llegara a la cita y el otro no apareciera más.

-Tenés razón- respondió Ernesto.

-Es preferible caer juntos.

-Es preferible caer juntos- dijo Ernesto y se abrazaron con lágrimas de felicidad en los ojos.

6- La rebelión de los tenientes

Antes de llegar al paso limítrofe el ómnibus pinchó una goma, y se demoró más tiempo del esperado. Eso no los preocupaba tanto como el saber que podía haber compañeros suyos en Migraciones detectando documentos falsos y reconociendo caras. Sin embargo, era la única opción que tenían para salir, no había otra estructura sobre la cual apoyarse. Eran ellos dos y nadie más.

Ya era de noche y unos de los choferes pasó con una caja de madera para que depositen todos los documentos, cuando llegaron a Paso de los Libres fueron el primer colectivo en no pasar por el horario de cierre, pero para acelerar el trámite al día siguiente dejaron la caja con sus papeles en Migraciones.

Tenían que pasar la noche en sus asientos, la probabilidad de que no los atrapen eran bajísimas, sus caras habían estado por todos lados, incluso en esas oficinas probablemente hubiera un afiche de ellos.

A todos los pasajeros los dejaron ir a un restaurant que había en las inmediaciones. Ernesto y Susana sabían que estaban jugados y se dieron un último gran atracón, comieron hasta más

no poder, pidieron café y volvieron a sentarse al colectivo esperando la hora de la muerte.

Con el primer rayo del sol se reanudó la actividad y pasaron sin problemas. Luego se enteraron que efectivamente había viejos compañeros suyos marcando en esa frontera que sólo miraban la foto de los documentos, y las imágenes, en esa época, eran difíciles de adulterar, era la forma más fácil de atraparlos. Podían cambiar de nombre, dejarse la barba, usar anteojos para pasar frente a la oficina, pero la foto delataba. Nunca entendieron cómo zafaron.

Brasil tampoco era seguro, ellos mismos lo habían vivido la primera vez que salieron, cuando no se conocían, y su responsable cayó provocando el desbande de los que lo esperaban. De todas formas, lo pensaban como una escala para irse a otro lado, debían reunirse con sus demás compañeros porque ya era una realidad: se iban de Montoneros para formar una organización paralela. Ernesto y Susana, junto a Eduardo Astiz, eran los tres únicos militantes de la disidencia que habían ingresado al país.

Mientras ellos seguían dentro de Argentina, sus compañeros habían dado un paso fundamental en diciembre de 1979, cuando presentaron el “Documento de Madrid” el cual elevaron a la

Conducción Nacional, donde decían “estamos plenamente de acuerdo en cuanto a que la insurrección armada de masas es el camino para la toma del poder. Las diferencias sustanciales estriban en cómo construir el poder de masas que garantice el triunfo de la insurrección”¹. También criticaban a la Conducción por no darle los suficientes elementos para criticar, ya que no disponían de una buena cantidad de datos para realizar una evaluación profunda de la Contraofensiva, y advertían que el costo humano había sido muy alto, “de persistir en el error existe el peligro cierto del aniquilamiento de la fuerza propia”². Por último, reclamaban la realización de un Congreso del partido que, con diferentes excusas, nunca se había realizado desde el lanzamiento del MPM. Firmaban los tenientes: Daniel Vaca Narvaja, Miguel Bonasso, Pablo Ramos, Gerardo Bavio, Olimpia Diaz y Jaime Dri, que luego de escapar de los militares dio una conferencia de prensa en la sede del Partido Socialista francés relatando su situación junto a Francois Miterrand, que dos años después sería presidente de Francia.

Como Jauretche en los papeles era Raúl, un ejecutivo de una multinacional, fue a tramitar la Visa al Consulado de Estados

¹ Boletín Interno del Partido Montonero n°13 , pág 28

² Idem, pág. 34

Unidos en Río de Janeiro. Conseguir ese documento le permitiría ingresar a cualquier lugar sin el menor tipo de problemas. El único inconveniente era cómo lograr que Susana también lo tenga.

Fueron al edificio, lujoso, como todo inmueble norteamericano en América Latina y Susana pidió hablar con una cónsul, le explicó que tenía propiedades en Argentina, porque le pedían eso como garantía ya que no tenía motivos aparentes para visitar Estados Unidos, pero que se había separado y se estaba escapando con ese hombre de ahí – Ernesto-, para escribir un libro sobre la mujer norteamericana, porque ella era feminista y le llamaba la atención el empoderamiento de la mujer del norte y todo un verso así que no era real, aunque fue suficiente para convencer a la consul. Los dos tenían su Visa.

Hicieron una breve vida de turista, hasta que la responsabilidad militante les demandó que estuvieran el 24 de marzo en México para anunciar en conferencia de prensa la ruptura con Montoneros. De todas formas, primero tenían que pasar por España a buscar a las hijas de Susana. Hace tiempo que la pareja no estaba donde quería sino donde se los necesitaba, donde las circunstancias lo imponían.

Susana aún era parte del Movimiento Peronista Montonero, por la rama femenina, y seguía yendo a las reuniones. Ernesto, expulsado, no.

Miguel Bonasso y Daniel Vaca Narvaja eran los dos grandes referentes en el exterior de la inminente ruptura y estaban en la misma situación que Sanz, aún dentro del partido. Es que al igual que Ernesto, la prioridad nunca había sido romper sino cambiar la Conducción, o aunque sea la orientación de las decisiones.

Inspirado en la revolución iraní del '79 y la de Nicaragua del mismo año, más una evaluación positiva de la primera Contraofensiva, Firmenich sostenía que no era momento de dar el brazo a torcer y lanzó una segunda campaña de reclutamiento y posterior ingreso al territorio.

Durante 1979 incluso habían caído intentando entrar, o ya adentro, miembros de la Conducción como Horacio Campiglia, Horacio Mendizabal y el Petiso Croatto, quien había salvado a Ernesto y Susana en la primer estadía en Brasil.

En Managua se dio el congreso que reclamaban los tenientes, la reunión definitiva entre la Conducción y los que aún formaban parte del MPM para analizar el resultado de la Contraofensiva. De las dos posiciones triunfó la de la Conducción, fue un éxito. Y así se confirmó que el Consejo Superior del Movimiento Peronista

Montonero se dividía de manera irreversible. Se fueron cada uno por su lado y sin agravios públicos. “Fuimos los únicos disidentes que no condenaron a muerte”, dice Dri.

Entonces el 10 de abril de 1980 presentaron en un local de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en México la creación de “Montoneros-17 de Octubre”. inicialmente habían pensado en lanzarse un 24 de marzo, pero debieron posponer la fecha. El nombre aludía a reivindicar y embanderar el origen peronista, recordando la histórica jornada de 1945 “lo asumimos plenamente, con todos sus errores y todos sus aciertos”, decían en su primer documento. “Nos convocamos como MONTONEROS. No abjuramos de nuestro pasado. Somos montoneros como somos peronistas y queremos rescatar de nuestra historia los fundamentos revolucionarios que demostraron nuestra consecuencia con los intereses de la clase trabajadora y el Pueblo argentino”, explicaban.

La ruptura fue conocida como la “Rebelión de los Tenientes” por que quienes la integraron llegaban hasta ese nivel dentro de la “orga”. En ese primer documento también explicaban la razones de la separación, que ya habían expuesto en Madrid: la falta de democracia para la toma de decisiones y la concepción militarista y vanguardista de la política producto de la subestimación del trabajo de masas del peronismo.

También hacían un análisis de la Contraofensiva, de la cual se estimaba que habían caído el 80% de los reclutados: “Los resultados de la campaña de contraofensiva no fueron, por cierto, los esperados por la Conducción Nacional de Montoneros. No se alcanzaron los objetivos propuestos, perdimos valiosos cuadros partidarios, no avanzamos en nuestra inserción y como consecuencia debimos replegar una vez más al exterior al resto de los cuadros que empeñamos en la maniobra militar”.

Sin embargo, dejaban bien en claro que “nuestros enemigos principales son la oligarquía y el imperialismo”, y no sus ex compañeros. El objetivo era armar un Frente Peronista de Liberación Nacional, con el logro de la unidad del peronismo combativo y revolucionario.

Y por último firmaban: “LA SANGRE DERRAMADA NO SERA NEGOCIADA. LA PATRIA DEJARÁ DE SER COLONIA O LA BANDERA FLAMEARA SOBRE SUS RUINAS. ABAJO LA DICTADURA OLIGÁRQUICA Y VENDEPATRIA. LIBERACIÓN O DEPENDENCIA. PATRIA O MUERTE ¡VENCEREMOS!”.

A partir de eso constituyeron su Consejo Provisorio, donde estaban: Eduardo Astiz, Gerardo Bavio, Sylvia Berman, Miguel Bonasso, René Chaves, Olimpia Diaz, Jaime Dri, Ernesto

Jauretche, Pedro Orgambide, Pablo Ramos, Julio Rodríguez Anido, Susana Sanz y Daniel Vaca Narvaja.

Al ya no depender de la Conducción Nacional era hora de construir sus propios líderes, y ahí comenzaron a surgir diferencias. El primer inconveniente era que no todos estaban exiliados en el mismo país, los dos polos fueron México con Miguel Bonasso a la cabeza y España, con Daniel Vaca Narvaja en representación de todos los que estaban en Europa. Ernesto y Susana, podían conformar la tercer corriente, por historia y porque eran casi los únicos que habían entrado al país, pero tanto de la tierras aztecas como el viejo continente decidieron no darles mayor trascendencia. Comenzaban las internas al cuadrado.

“Nosotros que éramos la voz del país, los que veníamos del interior, precisamente por tener esa autoridad, éramos desplazados de todos lados, no nos daban poder”, recuerda Ernesto, que ya venía sufriendo la exclusión desde que discutió en el Convento de Montesclaro en el '77.

Ernesto y Susana no estaban dispuestos a dar esa lucha de poder en el exterior mientras en el interior del país todo se caía a pedazos. Sostenían que era un debate vacío, sin representación real de nada.

Sabían que una parte importante de las bases de Montoneros en el exterior pensaban como ellos, entonces se terminarían uniendo. Pero como dependían económicamente de la organización, quedaron en manos del viejo aparato

El hecho más trascendental después de la conferencia de ruptura fue una reunión que convocó a todo el exilio en Europa a la que concurrió mucha gente con las mismas ideas. El resultado fue que esas personas rompieron con la Conducción Nacional y también con la militancia revolucionaria. No se les unieron, simplemente contribuyeron al desparramo y el debilitamiento de Montoneros.

Por otro lado, el M-17, como abreviaron su largo nombre, buscaba tener el reconocimiento de Cuba, la OLP y otras organizaciones revolucionarias con las que Montoneros mantenía contactos a través de militantes que ahora estaban con ellos. El tema fue que como una implícita regla general, esas organizaciones y países sólo mantenían relaciones con la organización oficial y no con fracciones. En Cuba estaba parte del dinero por el millonario cobro del rescate del secuestro de los hermanos Born, futuros directores de las empresa Bunge & Born y por los cuales se pagó la cifra record de 60 millones de dólares en 1975, y querían una porción de eso. Pensaron que el valor de

las relaciones personales podía prevalecer para convencer a las otras agrupaciones, pero no fue el caso.

Casi desfinanciados, recurrieron a sus ahora viejos compañeros. Daniel Vaca Narvaja se reunió con Roberto Perdía para pedirle una cuota parte en función de la cantidad de militantes que tenía el M-17 y habían dejado la orga, planteándole que parte de los fondos de Montoneros lo habían generado ellos. El encuentro fue en una iglesia vacía de Cuba, los dos estaban sentados en los reclinatorios y cuando Perdía terminó de escuchar la posición de Vaca Narvaja largó una carcajada que hizo eco en todas las paredes de la iglesia. “Ustedes están locos”, le dijo. Se levantó y se fue.

Montoneros-17 de octubre no tuvo mucha vida orgánica. “Era una organización concebida y desarrollada en el exilio entre exiliados, fuera de toda realidad donde aterrizarla”, reflexiona Jaime Dri.

Tras unas semanas en México, volvieron a Madrid, Jauretche se debía una charla, no muy amistosa, con Torrejimenó Vázquez que se había quedado con parte del dinero que Bidegain le mandaba para sobrevivir en Argentina y Susana quería estar con sus hijas.

Ernesto consiguió una navaja vasca, con el filo en la parte de arriba, especial para apuñalar. Buscaba una explicación de parte del andaluz y luego lo mataría por haber puesto en riesgo su vida. Lo insultó y lo empujó, aunque terminó cediendo ante los pedidos de disculpas y lo perdonó. Eso sí, nunca más se volvieron a ver.

La situación económica era incómoda, entonces Jauretche se puso a vender bijouterie en la Avenida Goya, con autorización policial y comercial y en convivencia con los demás negocios que se lo permitían.

Un día de agosto estaba parado detrás de la mesa y al costado de un árbol, de espaldas a la calle y mirando una zapatería de mujeres que tenía en frente, cuando vio llegar a Cristina Bidegain. Le sonrió pero Cristina no le devolvió el gesto.

-Ernesto, tengo una mala noticia para darte- le dijo.

-¿Qué pasó?- Jauretche ya más o menos lo suponía. Si venía ella a decírselo tenía algo que ver con Argentina.

-Tu hermano, lo agarraron- le contó, y Ernesto quedó mudo.-
Secuestraron a tu hermano

-No puede ser, la puta madre

Jauretche se puso a llorar desconsoladamente y dos empleadas que estaban en la zapatería lo hicieron pasar a la trastienda para que se repusiera. Cristina se hizo cargo de la mesa y las chicas le dieron un trago de cognac.

-¿Qué pasó?- quisieron saber.

-Han secuestrado a mi hermano, y es por mi culpa- explicó.

Osvaldo Jauretche había participado de varias actividades cuando Ernesto formó JAEN. Se dedicaba a la fotografía, además de formar parte del equipo de la Secretaría de Prensa de la campaña de Cámpora, había integrado la revista El Descamisado, que comandaba simbólicamente Dardo Cabo.

Entre sus tareas más destacadas, fue uno de los miembros del primer contingente de periodistas extranjeros que ingresó al Chile de Augusto Pinochet. No sólo envió imágenes sino que también armó contactos con la resistencia de aquel país.

De regreso en Argentina y luego de la desaparición de su compañera, se quedó solo, a cargo de la crianza de dos hijos y con la dictadura al acecho. Para evitar cualquier tipo de persecución, se dedicó a la fotografía deportiva publicando sus trabajos en la revista Goles y El Gráfico, bajo un nombre falso. Pero no fue suficiente, lo detectaron.

Los servicios de inteligencia del ejército sabían que luego de la Contraofensiva, el exilio montonero aún tenía algún mínimo contacto con el territorio, y creían que el encargado de eso podía ser Osvaldo.

Su hija mayor tenía diez años e iba y volvía sola de la escuela, su hijo menor, de cinco años, iba en el transporte escolar. Una vez que se iban, Osvaldo salía a trabajar. En ese trayecto, a dos cuadras de su hogar, le frenaron dos Falcon negros delante y se lo llevaron.

Cuando su hija volvió a la casa se encontró con que la puerta estaba reventada y trabada, una vecina que había visto cómo los militares la habían allanado la ayudó a entrar por una ventana para que saque sus cosas. Mientras esperaba a que llegue su hermano menor, el operativo para rescatarlos a ellos ya se había activado y una compañera de militancia de Chenda, su abuela, fue en su búsqueda para acogerlos.

Osvaldo cree que estuvo en la ESMA. Mientras lo torturaban le preguntaban por Ernesto y él les decía que no estaba, se había ido no sabía a donde. Querían saber si lo había visto, cosa que él negaba pero no era cierta. En su casa habían encontrado un souvenir que le había dado Ernesto, en la única vez que se vieron cuando el mayor había vuelto al país, que lo involucraba bastante.

Era un cuadro, con marco de madera pintado de varios colores, y con un altorrelieve de yeso que simulaba un escudo de armas. Parecía una pieza antigua, pero era hueco y dentro tenía mil dólares, DNIs en blanco para confeccionar documentos falsos y el kit con las instrucciones para hacerlo correctamente, que incluía un manual impreso en papel biblia y un sello de metal de la Policía Federal

Apenas se enteró, Ernesto activó la campaña de denuncia e hizo hincapié en la profesión de su hermano, era fotoperiodista, entonces se lo podía entender también como un ataque a la libertad de expresión. Como coincidencia del destino, en ese momento se estaba llevando a cabo en Oslo, Noruega, un Congreso Mundial de Periodistas. Allá fueron con la noticia, el Congreso se pronunció en contra de lo sucedido y cada periodista de distintos puntos del mundo se fue con el titular: periodista secuestrado en Argentina. Se convirtió en una noticia mundial.

“Esos hijos de puta de los Montoneros te han convertido en un héroe, vos que sos un pichi, pelotudo”, le decían mientras lo golpeaban.

También en Los Ángeles se desarrollaba una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa, donde acudían los dueños de los medios. Y Chenda, su madre, ya se había mudado allí.

Logró hablar con el director de La Prensa, un diario cuestionado por su línea cercana a la dictadura, pero que no dejaba de defender la libre expresión. Al otro día la noticia salió en el diario y toda la Argentina se enteró

“Esos hijos de putas estan haciendo una campaña, te vamos a tener que soltar”, le gritaban mientras le daban patadas en el piso.

En medio de toda esa campaña, Adolfo Perez Esquivel ganó el premio Nobel de la Paz y en la primera declaración a la prensa luego del discurso de aceptación, pidió por la liberación del periodista Osvaldo Jauretche.

Además, los exiliados pudieron contactar a la madre de la hija mayor de Osvaldo, que vivía en Portugal y le pagaron los pasajes para que vuelva y los saque. Ella colaboró y llevó a los niños con su abuela paterna, en Estados Unidos.

No tuvieron más opción que liberarlo. Luego de dos semanas bajo un régimen sistemático de torturas se dieron cuenta que lo tenían que largar, la presión internacional era mucha. Antes de hacerlo comenzaron a tratarlo mejor, para no dar una obvia impresión de lo que sucedía. También se inició un sumario policial por su desaparición como parte del circo de los militares.

“Ellos querían saber si yo era el vínculo entre el exilio en Europa y los locales, de lo que ellos le llamaban la campaña antiargentina, la campaña publicitaria que les estaba haciendo mucho daño político. Pero intuían que no, fue más bien una excursión de pesca, si hubieran tenido certezas yo era boleta”, dice Osvaldo

Ya suelto, el menor de los Jauretche decidió irse del país y acompañar a su hijos en el norte del continente, pero no se lo permitían. Estuvo tres semanas secuestrado y otro año esperando para poder salir porque no le daban los papeles.

Cuando lo subieron a un patrullero para llevarlo a declarar por el sumario que se había iniciado por su desaparición, se armó otro escándalo. Nuevamente estaban secuestrando a Osvaldo Jauretche, fue el comentario, aunque era un simple trámite burocrático, en el cual dijo haber sido víctima de una confusión con un miembro subversivo y que estaba bien de salud. También tuvo que encargarse de desactivar la confusión, no estaba siendo detenido.

“Yo era una de las personas mas seguras de la Argentina porque habían hecho todo el circo de que estaba bien y no había peligros, que en la Argentina todo era normal, asique estaba tranquilo”, recuerda Osvaldo.

Mientras, en España Ernesto no estaba cómodo. Era exiliado de un país al que había intentado cambiar desde su adolescencia. Luchó, acompañó, analizó, escribió y creyó en una ideal que no podía llevar a cabo, ni siquiera podía estar en el territorio sin que lo maten. Había pensado vivir en un país con justicia social y una unidad nacional donde confluyeran corrientes peronistas, revolucionarias, nacionalistas y cristianas. En cambio, estaba vendiendo bijuta en una calle de Madrid.

Los integrantes del Consejo Provisorio del M-17 decidieron que la base estuviera en México. Ernesto y Susana no lo dudaron un segundo y se fueron a instalar allá.

7- Érase otra vez en México

El exilio argentino en México había comenzado a nutrirse en 1974. Entonces a fines del '80 cuando Susana y Ernesto fueron a instalarse definitivamente ya había grandes estructuras en las cuales se podían insertar y trabajar. Principalmente en el Distrito Federal, a donde ellos iban. Además, ya vivían viejos amigos, como el Vasco Mauriño, René Chaves, Miguel Bonasso y Jaime Dri.

No es posible hablar de cifras exactas del exilio político porque la Dirección Nacional de Migraciones de Argentina no publicó estadísticas en el periodo 1977-1981. La cuantificación también se dificulta al tener en cuenta las condiciones de clandestinidad con la que se salía del país.

Según cuenta Pablo Yankelevich en *Rafagas de un exilio: argentinos en México, 1974 - 1983* (2010) se estima que entre 300.000 y 500.000 perso

nas salieron del país en la segunda mitad del siglo XX. En el caso particular de México, durante 1960 y 1983 el Instituto Nacional de Migración inició trámites de regularización de residencia a 6087 argentinos. Son números ilustrativos, ya que no revelan la totalidad de los emigrados, pero en el periodo 1960-1973 fueron 1479, y en la década siguiente alcanzaron los 4608 argentinos, lo que grafica el aumento de la persecución política.

Susana empezó a relacionarse con el reconocido científico argentino, Rolando Garcia. Ella era abogada y una eterna estudiante, apasionada por el conocimiento humanístico, que calificaba para varias becas. Ernesto, en cambio, no tenía ningún estudio de grado, por lo tanto solo se podía desempeñar como ayudante.

Allá existía el Centro de Investigación y Estudios Avanzados (CINVESTAV), una especie de CONICET mexicano que realizaba publicaciones y Jauretche era el editor. Buscaba al autor, discutía sobre el tema a tratar y luego editaba los textos. También crearon el Consejo Tecnológico Peronista (CTP), junto a los integrantes de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), el organismo que nucleaba a lo intelectuales en confrontación con el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), el principal círculo de Ernesto, donde se dedicaban a pensar y producir documentos

sobre la memoria inmediata de lo sucedido y a planificar para una futura Argentina.

Trabajaban sobre temas programáticos, proyectos para el país de expropiación agraria, de producción energética basada en la recuperación de YPF, material sobre cómo conformar un nuevo ejército, etcétera.

En el CTP hizo relación con Rodolfo Saltalamacchia, un sociólogo experto en historias de vida y juntos encararon el proyecto más ambicioso de su exilio: reconstruir la historia de la Juventud Peronista. Realizaron decenas de entrevistas en México e incluso también en Brasil y Uruguay. Rastrear los orígenes de la lucha armada de diferentes ideologías en la Argentina: los Uturuncos, las FAP, corrientes católicas, marxistas, etc. Y a partir de eso, seleccionaron personajes representativos de cada una.

Mientras tanto, la actividad de los militantes de M-17 estaba lejos de concentrarse y continuaba la diáspora. Bonasso, por ejemplo, se embarcó en la aventura personal de escribir un libro, “Recuerdos de la muerte”, donde cuenta la historia de Jaime Dri y que le dio reconocimiento como escritor. “Yo ya estaba radicado en Acapulco y durante tres años laburamos el libro, a veces me iba al D.F y me quedaba a dormir en lo de Miguel para seguir trabajando”, dice El Pelado Dri.

René Chaves, que era maestra normal nacional y había rendido once materias en la Facultad de Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional del Comahue, ingresó a un instituto que se encargaba de formar secretarias.

No existió nunca más una reunión plenaria en la que se junte la totalidad del Consejo Provisorio.

Si bien había generosidad y solidaridad en la comunidad argentina, cada uno tenía que rebuscársela para conocer sus capacidades y ver cómo capitalizarlas. “Nunca había trabajado formalmente, tuve que inventarme un oficio, y como en la organización había hecho algo de prensa, me convertí en periodista”, señala El Vasco Mauriño, que integró las filas de *Uno más uno*, un diario de centro izquierda latinoamericanista que había recolectado exiliados de todo el continente y tenía un plantel repleto de uruguayos, guatemaltecos, chilenos, y mexicanos, por su puesto.

Lo que se veía como promisorio para Jauretche era algo a lo que nunca se había dedicado, lo estrictamente académico.

Ya en 1981 junto a Daniel Vaca Narvaja lanzaron la editorial “Lucha Peronista”, en lo que fue la emancipación definitiva de su anterior organización. Era la primera vez que rompían con la burbuja montonera. Los textos tenían diversos autores, Ernesto

los editaba y luego se iba a Nueva York a imprimirlos. Allí no sólo eran más baratos sino que también más convenientes para que llegaran exitosamente a Argentina.

Durante los años que duró, fueron tres las principales organizaciones que nuclearon y movilizaron a los exiliados políticos en México: la CAS, creada en el '75, conformada por peronistas camporistas y militantes de izquierda; el COSPA, impulsada por Montoneros; y la tercera, "La Coordinadora de Derechos Humanos", de adhesión libre. La convivencia era bastante pacífica, de hecho Ernesto se relacionaba con todos los organismos, hasta la Guerra de Malvinas. En el COSPA, si bien repudiaban a la dictadura militar, apoyaron la decisión de ocupar las islas, mientras que el CAS no, con estos últimos adhirió Jauretche.

El Vasco Mauriño iba en su auto junto a su mujer por la Avenida Insurgente, una de las principales del D.F., cuando escuchó al canillita que vendía el diario de la tarde. Lo llamó porque no le había entendido bien, le compró el vespertino y se impactó con la noticia: "Gauchos invaden Malvinas". Miró a su esposa y le dijo: "hagamos las valijas que se acaba la dictadura, si hay algo que no

pueden hacer es ganarle a los tanques”, y para fines de 1982 se instaló de regreso en Argentina.

Ernesto sentó su posición en un libro que se imprimió en los Estados Unidos en mayo de 1982, llamado “Las Malvinas eran, son y serán argentinas”, y se distribuyó en México y Argentina bajo la editorial Lucha Peronista, pero no lo firmó, simplemente se lo dedicó a Dardo Cabo, que ya había sido asesinado y con quien había compartido momentos de enfrentamiento y compañerismo. Cabo fue el director del Operativo Cóndor, que en 1966 secuestró un avión y lo aterrizó en las Islas Malvinas, por eso el homenaje. Además, Jauretche siempre tuvo entre pudor y respeto por las producciones colectivas, lo que le llevaba a no agregar su nombre a sus textos. “El presente material, de elaboración colectiva, pertenece pues al conjunto de la militancia revolucionaria”, dice al comienzo del libro.

“El hecho bélico de la toma de las Malvinas tiene como objetivo alinear a todas las fuerzas políticas y sociales tras la institución militar. De acuerdo a ese objetivo, las FFAA se mimetizan en el Estado y la sociedad –por encima de los intereses de clase- debe aceptar la conducción del régimen que se erige como su representante. Es un intento de confundir los intereses del régimen con los de la Nación, bajo el pretexto de acumular

fuerzas para una guerra anticolonial” (Lucha Peronista, 1982), señala.

Y concluía de forma contundente: “Las Malvinas eran, son y serán Argentinas. El resultado militar de la maniobra llevada a cabo por la Junta Militar puede terminar en un desastre. Esto no implica al pueblo argentino, ni puede determinar el futuro de los derechos soberanos sobre el archipiélago (...) sólo un gobierno que exprese legítimamente la soberanía popular puede resolver con autoridad sobre este litigio en que están en juego los intereses de toda la Nación.”

Recibió quizás más insultos que halagos. Sin embargo hubo intenciones de lograr una unidad en el exilio, pero incluso los nucleamientos políticos como el CAS y el COSPA tenían opiniones divididas. Algunos miembros del CAS fueron a manifestarse a la embajada argentina a festejar la maniobra. Frente a esta actitud, los que se oponían hicieron la cruz.

Los que apoyaban la maniobra militar y la embajada se encolumnaron detrás de la misma bandera, literalmente. En una manifestación el embajador le prestó la bandera que tenían, de seda con el sol bordado en oro y se dirigieron hacia la embajada británica, donde ya estaban los que veían con desconfianza el accionar de las autoridades de facto argentinas, pero que

repudiaban totalmente la ocupación inglesa. Hubo empujones, pero la cosa no pasó a mayores

Al ambos tener trabajo, Susana y Ernesto pudieron alquilar un departamento y junto a ellos vivían Mariana y Bernarda, las hijas de Sanz.

-Miren lo que tengo- dijo Mariana al volver de la manifestación en la embajada británica, y sacó de la mochila la bandera argentina que le habían prestado al CAS.

El comentario en la colonia argentina era que se había perdido una bandera y tras un par de días obtuvieron la información de quienes la tenían y lo encararon a Ernesto.

-Si, nosotros la tenemos, ¿y qué?- reconoció Jauretche.

-La queremos de vuelta

-Esta bien, pero antes de devolvérsela queremos hacer un acuerdo político. Yo se las doy si repudiamos junto a la embajada, a los milicos y sacamos un comunicado juntos

-No, pero eso va en contra de nuestras posiciones

-Pero si quieren la bandera... acepten o no la ven más

Arreglaron encontrarse en un bar para lograr un punto medio. Como mediador fue Ignacio Vélez, de buena relación con ambos bandos; del lado de los sin bandera, dos integrantes de la comisión directiva del CAS; y por los embanderados, Ernesto junto a Alfredo Guevara, un abogado mendocino.

-Hagamos un cosa para empezar a acordar- propuso Vélez.- pongamos una frase en un papel a la cual ambas posiciones le puedan poner la firma abajo

Guevara sacó papel y lapicera, escribió, se lo mostró a Ernesto, él dio el OK y se la pasó a los del CAS. “Hijos de mil putas”, decía el mensaje conciliador. Firmaron todos.

Por medio del trabajo que realizaba con Rolando García, lo contactaron desde la editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para la misma labor, corrección y edición. Ernesto, que no tenía título de grado, corregía y editaba tesis de licenciaturas, maestrías y doctorados. Le pagaban de acuerdo a la dificultad del libro y él debía encargarse incluso de verificar los datos y cifras que allí se vertían. Como no necesitaba un gran espacio físico para esa labor, aprovechaba para viajar a la costa mientras leía.

Se encontraba haciendo esa tarea en su departamento, cuando un vecino le tocó la puerta.

-¿Qué pasa que ha entrado la policía al edificio?- le preguntó el mexicano.

-¿Al edificio?

Ernesto no creía tener motivos para que los busquen, pero vio que estaba tomada hasta la azotea, se asomó el balcón y observó varios vehículos policiales. “Que cagada, ¿será por mí?”, pensó. Al rato le sonó el timbre, abrió y se encontró con una mujer pequeña, flaca y atractiva.

-Hola, soy Flora Mariscal, necesito hablar con Ernesto Jauretche

-Soy yo, pasá- la invitó y se sentaron en la mesa.-¿De que se trata?

-Estoy haciendo un trabajo de antropología, es una comparación de la vida en dos villas, una es de acá y la otra es Villa Itatí, en Quilmes, tu país. Y necesito alguien que me ayude- explicó Flora.

-Esta bien, ese es mi trabajo, cuando quieras empezamos

Cuando la mujer se fue, desapareció toda la policía.

A los días Flora lo contactó por teléfono. “Voy para allá”, le avisó. El edificio volvió a rodearse de policía.

-¿Qué pasa? ¿Por qué viene la policía con vos?- preguntó Jauretche.

-No te conté un detalle, soy la amante de López Portillo. Y él te quiere conocer

José López Portillo había sido presidente de México hasta noviembre de 1982 por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), de buena relación con la comunidad argentina. Y andaba buscando a alguien que lo ayude a escribir sus memorias. La visita de su amante a Ernesto fue una especie de sondeo y a través de ella invitó a Jauretche y a Susana a su casa.

La casa de López Portillo era conocida como “La colina del perro”, porque cuando él asumió dijo: “voy a defender el peso mexicano como un perro”, y al alcanzar el poder ejecutivo una de las primeras medidas que tomó fue devaluar.

El ex presidente les hizo una sopa de camarones con caldo picante a la que le agregó rodajas de banana. Tal como Jauretche se lo esperaba, las conversaciones eran interesantísimas. Era un

tipo culto, bailaba bien tango e incluso conocía más que Ernesto sobre las orquestas y los cantores, además había estudiado en Argentina y estaba bien informado sobre la vida personal de los agasajados. Evidentemente los servicios de inteligencia habían estado trabajando y lo asesoraban, porque sabía que los Jauretche venían de Lincoln, había leído a Don Arturo, estaba al tanto del secuestro de Osvaldo y que su madre vivía en Los Ángeles. De Susana lo mismo, no le alcanzó a contar nada que él primero le preguntó por sus hijas.

“Yo estoy buscando a alguien con quien trabajar mis memorias, pero tiene que ser alguien que esté dispuesto a venirse a vivir acá, a esta casa, a trabajar diariamente durante el tiempo que sea necesario. Hay que revisar mucha documentación que tengo, documentación del Estado mexicano que es absolutamente confidencial”, les contó y les mostró alguno de los archivos que tenía.

Nunca habían estado frente a una biblioteca igual. Tenía forma de cilindro con unos ochos pisos de alto, sobre el suelo una plataforma caracol con un escritorio y una computadora, que según lo que se tipeaba, se elevaba hasta la altura indicada. Además, en el hall tenía dos libros incunables, enormes, sobre un atril especial, y el pasillo que conducía desde el hall hasta la casa tenía vitrinas a ambos lados, con condecoraciones que él había

recibido, joyas, armas de distintos colores, tamaños y calibres, espadas, lanzas, cosas que había coleccionado en sus viajes como Presidente. “Vamos a trabajar aquí”, dijo.

Sin embargo, había una gran advertencia: “el hombre que haga esto va a tener demasiada información sobre la vida privada e interna del Estado mexicano, porque eso es necesario de abordar, y yo necesito que sea de mi mayor confianza y que esa información no salga de México”

En su cabeza, Ernesto tradujo el mensaje más o menos así: “el tipo que quiere colaborar conmigo no se va mas de México, en su re puta vida se va. Y si se quiere ir, lo boleteo, tengo el poder para hacerlo”. Con Susana llegaron a pensar que si ese libro se terminaba, después los mataban hagan lo que hagan.

Encarar ese proyecto, además de lo peligroso, era decidirse definitivamente a vivir en México. No sólo por lo que López Portillo decía, sino que el trabajo de escribir esas memorias iba a llevar años, era un nivel de involucramiento con el país que no estaban dispuestos a dar.

Oportunidades para quedarse en México no les faltaron. Susana había arrancado a estudiar antropología, donde cursaba y se

había hecho amiga de la hija del gobernador del Estado de Guerrero. A través de ella le surgió la posibilidad de trabajar para ese Estado escribiendo e investigando sobre su historia. Pero otra vez el mismo planteo: “esto es un trabajo de 10 años, la dictadura no va a durar tanto”. Y ellos no eran los únicos, Jorge Luis Bernetti y Miguel Bonasso construyeron una gran carrera como periodistas, y de haber continuado viviendo allí serían de los más prestigiosos en su rubro en ese país.

Como en su primer estadía en el D.F., Ernesto compraba todos los días dos diarios: uno nacional y el Clarín, cuando viajaba a Estados Unidos a imprimir materiales o a visitar a su familia, cambiaba al gran diario argentino por La Nación, entonces se preguntaba, “¿Dónde estoy? ¿en Argentina o en México? Evidentemente no termino de desarmar la valija”.

El destierro forzoso era algo que conflictuaba a los exiliados. Ellos eran los sobrevivientes frente a los que se habían quedado y desaparecieron o fueron asesinados, estaba presente un sentido de culpa y deuda, que fue lo que se usó para reclutar en la Contraofensiva. La mayoría lo tomaba como una etapa que había que transitar pero que tenía un punto final, algunos no se predisponían a disfrutar el país ni a aprovecharlo. Ernesto y Susana todo lo contrario, conocieron varias ciudades, playas, personas reconocidas, se interiorizaron en la historia y la

actualidad mexicana de forma intensa. “Hagámoslo rápido porque ya nos vamos”, se decían.

Cuando Soledad, su hija, podía ir a visitarlo, se instalaba por lo menos un mes. En su departamento de la calle Pitágoras tenían dos dormitorios y otro cuarto con escritorio que usaban como oficinita, y al cual acondicionaban con una cama para que se quedara Soledad. Ernesto se tomaba ese tiempo de vacaciones y viajaban a Acapulco, Tenochtitlan, el puerto de Veracruz, entre otros lugares.

A su madre y su hermano los visitaba gracias al “Ticolote”, un avión de AeroMex, que hacía vuelos nocturnos y baratos, solía viajar rodeados de campesinos, que subían con cabras, gallinas, sus sombreros enormes y sus ropas típicas.

-Señor, discúlpeme, yo no sé leer, ¿me puede llenar estos papeles?- le dijo una paisana, alcanzándole los papeles de migraciones para poder salir de Estados Unidos.

-Si, como no. Aquí tiene que poner su nombre- le señaló. Era lo único que sabía escribir.-Y aquí el número de pasaporte

-¿El qué?

-Pasaporte, el número de pasaporte.

-No, no tengo eso.

-Bueno, su número de documento.

-No, yo no tengo documento aquí.

-Pero, señora, usted va a tener problemas. Aquí la dejan subir porque es mexicana y hacen todo lo posible para que usted se vaya, pero cuando quiera entrar a México ¿Cómo va a hacer si no tiene documentos? ¿Cómo va a demostrar que usted es quien dice ser y donde vive?

-Porque tengo a mi hijito esperándome.

-Si, pero eso no va a ser suficiente- le intentó explicar Ernesto.

Fue suficiente, los mexicanos la dejaron pasar lo más tranquila, sin ningún tipo de documento y con el papel de migraciones incompleto. Probablemente no haya podido volver a entrar a Estados Unidos.

A diferencia de Ernesto, su hermano Osvaldo si se involucró en su nueva tierra, Los Ángeles, donde recién pudo llegar en la segunda mitad del '81 con la ayuda de Amnistía Internacional. Tras pagarle el pasaje lo hicieron hacer una breve gira por

Norteamérica donde contaba cómo habían sido violado sus derechos humanos, junto a un militante paraguayo que fue el preso político que más tiempo estuvo tras las rejas durante la dictadura de Alfredo Stroessner. A los colaboradores de la reconocida ONG les complacía ver en carne propia cómo ayudaban en la defensa de los Derechos Humanos y a ese juego tuvo que sumarse Osvaldo.

Luego de un tiempo sin conseguir trabajo, empezó a relacionarse con el sindicato Unión de los Campesinos, presidido por César Chávez, un histórico dirigente de izquierda chicano. Su primer tarea fue organizar el relanzamiento de una revista y le hizo un diseño de tapa muy parecido al que tenía El Descamisado. Después decidieron montar una radio y también se sumó. Participó de las campañas electorales, cubrió los asesinatos o intentos de asesinatos de los que se transformaron en sus compañeros, y se enganchó de tal manera que se terminó casando con la hija de Chávez. Por medio de él, Ernesto se interiorizó en la historia de los chicanos, es decir, los mexicoamericanos.

Al principio Osvaldo vivió con Chenda en Los Ángeles, y luego se trasladó al campo, a unos 250 kilómetros de la casa de su madre.

Cuando Ernesto viajaba, solían recordar tiempos pasados. Como el verano del '56 cuando fueron a pasar las fiestas de fin de año a San Clemente del Tuyu, sus padres aún seguían juntos y se habían sumado los tíos Héctor Jauretche y Teodoro Deimundo. Los mayores comieron, chuparon y enfrentando al decreto 4161, se pusieron a tararear la marcha peronista, a cantar la marcha peronista, a gritar la marcha peronista, bajo la divertida mirada de los jóvenes Ernesto y Osvaldo. Salieron a la calle, con brazos y botellas de vino en alto, gastando la garganta viviendo el nombre del General censurado, cruzando miradas y sonrisas, hasta que un grandote pasó por el frente y los puteó. Héctor lo encaró y el grandote lo sentó de un empujón, el tío rebotó y cuando estaba parado ya tenía el cuchillo en la mano y lo salió a correr por una cuadra. La resistencia siempre había estado presente.

En contraste con su hermano mayor, Osvaldo no tenía relación con otros exiliados políticos de Argentina y tampoco tenía en mente volver al país, al menos hasta que sus hijos fueran mayores de edad.

En Argentina, una vez finalizada la guerra, la dictadura militar terminó de caerse a pedazos y empezaba a asomar en el horizonte la democracia. Sin embargo, la mayoría de la colonia

argenta no podía votar, no tenían documentos verdaderos, Ernesto, técnicamente, seguía siendo Raul. Tampoco participaban de las nuevas corrientes y las internas del peronismo que aparecían camino a las elecciones.

Por primera vez no se involucraba en un proceso electoral, no por voluntad propia, claro. Pero todo le era muy lejano.

El que sí estaba militando en Argentina era el Vasco. “A nosotros no nos despacharon creo yo porque deben haber pensado que éramos una contradicción para Montoneros y que convenía que siguiera latente esa contradicción”, señala Mauriño que había sido enviado al país por su grupo, el Peronismo Montonero Auténtico, que surgió de la escisión de 1979. Ni Galimberti estaba aún en el país.

El domingo 30 de octubre 1983 se juntaron en el departamento de Sanz y Jauretche junto a varios amigos exiliados. Estaba Miguel Bonasso, Gregorio Levenson, el sindicalista Carlos Borro, entre otros. Seguían los resultados gracias a la radio Noblex 7 mares que Ernesto había conseguido en Argentina y enganchaba la señal de Radio Rivadavia.

“La casa de ellos era como la casa del pueblo, siempre había compañeros de distintos sectores, amigos de Susana o Ernesto. Era un punto de referencia, si nos queríamos enterar de algo

llamábamos ahí”, rememora René Chaves, ausente en esa ocasión.

Los primeros cómputos daban favorables al peronismo y comenzaron a entusiasmarse.

-Es una vergüenza ese peronismo de mierda, ojalá pierda la elección- dijo Borro.

-¡Pero qué decís, boludo!- le reprochaban.

-Es preferible que gane Alfonsín- insistía.

Cuando el resultado empezó a darse vuelta y la victoria de Alfonsín parecía clara, a Borro le agarró un derrame de bilis que lo postró en la cama, revuelto en odio hacia los radicales.

No podían creer que perdieran esa elección, en la casa de calle Pitágoras estaban convencidos de que el peronismo volvía al gobierno aunque fuera en las peores condiciones. Recién con los paños fríos del otro día se pusieron a analizar a fondo. Era lógico que luego de las desapariciones y los exiliados el peronismo estuviese casi noqueado y quedaran las condiciones dadas para que el viejo sindicalismo vuelva al frente del partido.

A Jaime Dri, que se había convertido en un referente por su epopeya, le habían pedido que de un apoyo público a Ítalo Luder,

el representante peronista. “Lo hice pero con ninguna esperanza por ese candidato”, dice.

“La derrota del peronismo fue una sorpresa y una desilusión muy grande que nos dejó en la vía directamente, nos dimos cuenta que históricamente habíamos quedado relegados. Cayó como una lluvia de ácido”, señala Mauriño.

“La vuelta a la democracia con el radicalismo opacaba mucho la alegría”, recuerda Jauretche. De todas formas creía que su panorama no cambiaba demasiado, no era momento de volver, era muy arriesgado, y mientras tanto podía seguir produciendo materiales, editando trabajos, participando de debates ante la nueva situación

Pero no fue así. Varios de los integrantes del Consejo Tecnológico Peronista, donde pensaban a la Argentina y le servía como cable a la tierra patria, eran más científicos e intelectuales que militantes políticos, entonces comenzaron a volver al país sin problemas. Eso abrió otro debate, si había democracia, ¿continuaban siendo exiliados?

Consiguió trabajo en una radio y a su programa lo llamó “Latinoamérica hoy” para hablar de la actualidad del continente. Siempre había hecho actividades colectivas, esta vez estaba solo frente al micrófono.

El gobierno de Alfonsín buscó enjuiciar penalmente a los integrantes de las juntas militares, para eso derogó la auto amnistía que se habían decretado y creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) para que realizara un informe, que se publicó a fines del '84 bajo el nombre de "Nunca Más". Ese trabajo, además de recolectar información y testimonios sobre la violaciones a los derechos humanos y los delitos de lesa humanidad cometidos por los militares, dio origen a la "teoría de los dos demonios", ya que en su prólogo decía: "durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda" (Conadep; 1984)

Junto al decreto presidencial que solicitaba el enjuiciamiento a los jefes militares, el mismo pedido recaía contra los principales líderes guerrilleros que estaban en el exterior: Mario Firmenich, Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía de Montoneros, Enrique Gorriarán Merlo del ERP y Rodolfo Galimberti y Ricardo Obregon Cano del Movimiento Peronista Montonero, por los delitos de homicidio, asociación ilícita, instigación pública a cometer delitos, apología del crimen y otros atentados contra el orden público. Entre esos nombres también figuraba el de Héctor "el Vasco" Mauriño, que ya estaba en Argentina y nunca había sido

conducción de nada, pero que al romper con las Conducción Nacional en 1979, sus nombres fueron hechos públicos como represalia por parte de los Montoneros.

Sin embargo, según Mauriño, no se sentía ninguna persecución. “Yo no era ninguna prioridad ni para los servicios de inteligencia ni para la policía, no era lo mismo que Perdía, Firmenich o Vaca Narvaja, yo era un pichicho. Comparado con la dictadura no pasaba nada, se podía vivir, el principal problema era cómo sobrevivir, yo me fui a Neuquén porque conseguí trabajo”, dice

En ese marco político y judicial, en 1985 un juez federal emitió órdenes de captura contra quienes fueron parte del MPM, eso incluía a artistas, sindicalistas, abogados y ex funcionarios gubernamentales. Entre los procesados estaban Miguel Bonasso, Juan Gelman, Daniel Vaca Narvaja, René Chaves, Jaime Dri, Susana Sanz y Ernesto Jauretche.

“Nos tiraron Interpol”, recuerda El Pelado Dri, que junto a su pareja, Olimpia Diaz y sus dos hijos, ya tenían la decisión de volver. Lo mismo le sucedió a René Chaves, incluso ella ya había adquirido los pasajes para regresar e instalarse en la provincia de Jujuy, donde el padre de su hija le había conseguido trabajo, pero también debió abortar sus planes. “Fue muy doloroso y frustrante”, dice René.

La vuelta al país estaba cancelada para ese grupo.

Si bien el regreso a la democracia satisfizo un deseo colectivo, en lo personal implicó perder gran parte de su círculo íntimo y su conexión con Argentina, factor que se revertiría momentáneamente cuando empezó el mundial de 1986.

La Selección Argentina paró en la Villa Olímpica en el D.F. y la colonia argentina los fue a ver. Ahí se encontraron, además de los jugadores, con José Barrita, también conocido como “el Abuelo”, el jefe de la barra brava de Boca y que también lideraba las hinchadas unidas. “Mirá, somos poquitos porque no pudimos venir muchos, asique todos los que se quieran sumar, los sumamos. Tranquilo, eh, nada de quilombo hacemos”, les dijo. Y se sumaron.

Susana, Ernesto, Mariana y Bernarda vieron todos los partidos que se jugaron en el Estadio Azteca sin pagar entradas. Los molinetes eran altos, pero los barras los trababan con los bombos y así pasaban a mansalva a las apuradas. Habían descubierto que se podía violar uno de los círculos policiales pasando por debajo de una reja, pero después tenían que pasar el control militar. El Estadio en vez de escaleras tenía una rampa gigante para ingresar y ahí empezaban las corridas, atrapaban a uno o

dos cada cien que se mandaban. Hasta que el ejército mexicano reforzó el ingreso y cambió la estrategia. En la rampa, cuando venía la horda de hinchas argentinos y algún que otro colado, lograron aislar a un grupo con una redada. Un doble cordón del ejército los tenía contra una baranda, entre esos estaba Ernesto. El Abuelo vio la situación y dio la orden: los cientos que habían logrado pasar y respondían directamente a él se dieron vuelta y bajaron corriendo en fila india, usaron los bombos como escudos y a pura fuerza, velocidad y brutalidad rompieron el doble cordón. Los barras que estaban junto a Ernesto encerrados, empezaron a forcejear también. Ernesto, en el medio, no sabía que hacer hasta que los indisciplinados que habían bajado a socorrerlos, entre empujones, y medio alzándolo en brazos por el aire, lo entraron al estadio.

En el partido de Argentina contra Corea del Sur, los mexicanos que estaban en la platea alta alentaban con fervor por los asiáticos.

-¡Oigan!, ¿Qué les pasa que están gritando?, ¿por qué no alientan por un equipo sudamericano? ¡somos hermanos!- les gritó un exiliado que era adherente de la barra brava, como Jauretche.

-¡Si, vamos a alentar por Argentina el día que recuperen las Malvinas!

-Qué mexicanos de mierda- dijo en voz baja.-¡Y nosotros los vamos a acompañar a ustedes el día que recuperen California!

Los mexicanos los rodearon y los mearon desde arriba. Se tuvieron que ir por unos minutos.

En México también estaba Naldo Labrín, un músico neuquino importante, guitarrista de Alfredo Zitarroza en una época, que se encargó de reclutar trompetistas y distribuirlos en distintos lugares de la cancha para tocar la marcha peronista. Como los partidos eran transmitidos hacía nuestro país, quizás se podía oír. Pero la transmisión de sonido ambiente fue interrumpida apenas detectaron la canción.

Tampoco se perdió el mejor gol en la historia de los mundiales. “Fue una de las cosas más apoteóticas que yo haya vivido en mi vida, todo el mundo lo vio mil veces filmado, pero visto ese día desde la tribuna fue insólito”, dice Jauretche, que en Maradona veía a un trabajador. “Era un proletario dentro de la cancha, corría todas las pelotas, no dejaba pasar una sola, y cada cinco minutos lo volteaban de una patada de atrás, una zancadilla, y se levantaba de nuevo”, recuerda. Cuando Maradona se pasó al primero dijo “mierda”, al segundo, “epa”, y después al gol lo vio

venir, lo vio venir, y lo vio y lo gritó: “gol, goool”, todos abrazados, rodando por las tribunas, mexicanos, argentinos, brasileros, y toda Latinoamérica unida.

La gente local que iba a los estadios era, en su mayoría, la clase media mexicana, que con la colonia argentina nunca tuvieron buena relación. Los llamaban “sangrones”, para decirles fanfarrones. Y no les hizo mucha gracia ver a cientos de argentinos festejar la consagración del mundial en el centro del D.F.

Después del mes y medio que duró la burbuja mundialista, Ernesto y Susana volvieron a su cotidianeidad. Ya habían pedido el refugio ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Era otro panorama, pero otra vez estaban enfrentados con el gobierno argentino. En esta ocasión, era una lucha política. Y pese a ser un gobierno democrático, el ACNUR les dio un documento de apátridas, y los reconoció como exiliados políticos. Hacía tiempo que no tenían papeles a su nombre y la libreta de apátrida, que era alargada y blanca, sólo tenía validez en el exterior de Argentina. Si volvían, quedaba retenida en Migraciones y perdían la condición de refugiados políticos.

En ese ínterin, el Presidente Raúl Alfonsín visitó México y recibió en el Hotel Camino Real, ubicado en el barrio de Polanco, a Bonasso y a Dri. “Le planteamos la situación y en definitiva nos respondió que los temas ante la justicia lo arreglemos con la justicia”, dice Dri. Al sentir nuevamente la persecución decidió perder la condición de refugiado que tenía en México para irse a vivir a Panamá, de donde era oriunda su compañera Olimpia Diaz, quien a su vez era pariente del General Omar Torrijos, y abandonar definitivamente la perspectiva de regresar a Argentina.

“No somos exiliados voluntarios. Tampoco exiliados económicos. Si estamos fuera de nuestro país es porque tenemos captura recomendada por una causa judicial que paradójicamente sanciona a quienes luchamos por la democracia y contra la dictadura militar”, escribió Ernesto en el suplemento “Siempre!”, de La Cultura en México, el 9 de marzo de 1988.

Antes de que salieran los indultos Jauretche probó suerte y regresó a Argentina en distintas ocasiones pese al pedido de captura. No tuvo problemas al ingresar pero sí a la hora de intentar conseguir trabajo. Quiso colaborar con la campaña de Antonio Cafiero en la provincia de Buenos Aires, pero le pidieron que desista, que no era una buena imagen para el candidato.

Todas las puertas se le cerraban, así que terminaba volviendo a México. La última vez, mientras esperaba para abordar, leyó la nota principal del diario, habían intentado copar el cuartel de La Tablada, el presidente Alfonsín había ordenado la represión y decenas de guerrilleros y militares habían fallecido. Argentina ya estaba en otra etapa.

Esos regresos frustrados los emprendió solo. Susana había decidido quedarse en México para continuar sus estudios, y la relación entre ellos comenzó a ser cada vez más distante hasta que le pusieron un punto final antes de volver definitivamente al país.

En el transcurso del año 1989 llegaron los indultos para Ernesto y su grupo, al mismo tiempo que para los jefes militares procesados que no habían sido beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Todas las personas aquí nombradas volvieron a instalarse en el país. En distintos momentos, pero regresaron. Excepto una: Jaime Dri. El Pelado solo pisó suelo argentino en alguna visita y cuando lo llamaban a declarar en distintas causas debido a su paso por varios centros clandestinos de detención.

En una de esas visitas se encontró con un sobrino en Corrientes y juntos fueron a Uruguayana, a través del Paso de los Libres. El

mismo lugar por donde él, Ernesto y Susana habían salido escapando del país. Hizo los trámites migratorios en Gendarmería Nacional y cuando salió caminando detrás de él lo alcanzó un gendarme y le pidió que vuelva. Esperó sentado en una oficina mientras el gendarme llamaba a un superior. Cuando este llegó, el subordinado le mostró la pantalla de la computadora, el superior la vio con atención, se acomodó los anteojos y luego lo miró a Jaime. “No hay problema, puede pasar”, le dijo y los dejaron ir. El Pelado salió confundido, en la pared detrás de los gendarmes había un afiche amarillento que decía “Buscados”, y aparecían la foto de unas 12 personas, petrificadas en una juventud lejana, entre las que se encontraba él y Ernesto Jaureche.

Epílogo

El mundo ingresaba en una nueva lógica capitalista, luego de la caída del Muro de Berlín, y en Latinoamérica, si bien algunos presidentes no concluían sus mandatos, las democracias se consolidaban, mientras que la Argentina era gobernada por un peronismo impensado. Nada hacía suponer que la década del '90 podía ser tan peligrosa como las anteriores, pero Ernesto casi no la sobrevivió.

En Capital Federal se reencontró con David Blaustein porque eran más o menos vecinos y tenían un par de ideas en común. Una de ellas, la que más prosperó, fue hacer un documental que reflexionara sobre la militancia revolucionaria en Argentina. Jauretche armaba las entrevistas y guionaba, y Blaustein se encargaba de la imagen.

Habían conseguido que la música la compusiera Litto Nebbia, pero para poder presentarla en festivales de cine, tenían que pasar el film a 35mm. Y eso sólo se hacía en Inglaterra o en

Estados Unidos. Como Ernesto aún tenía familia en América del Norte, fue para allá.

Su hermano, junto a otros compañeros, le organizó una recibida en Fresno, a unos 300 km de Los Ángeles, donde vivía Osvaldo y el lugar al que tenían que volver luego del festejo que se extendió con una alta graduación etílica. Entonces, en el regreso, cuando el menor de los Jauretche manejaba su camioneta, en una maniobra que no alcanzaron a comprender y sin chocar con nadie, se despistaron de la ruta.

-Acabo de ver una truck dando varias maromas- informó un camionero mexicano a su central, que luego llamó a emergencias.

Osvaldo pudo salir de la camioneta sin mayores heridas, pero Ernesto quedó atrapado porque el techo se abolló del lado del acompañante, lo aplastó y además de las contusiones en la cabeza le quebró dos vértebras cervicales.

Y en un estado en el que no estaba del todo consciente vivió sus experiencias más místicas, que después procesó. Vio la luz al final del túnel, pero probablemente hayan sido la luces del hospital mientras lo ingresaban en una camilla a toda velocidad. Sintió estar en un purgatorio blanco donde juzgarían su ingreso al cielo o no, aunque supuso que sería la sala de cirugías. Lo único que no se pudo explicar es cuando se sintió fuera de su cuerpo y

se vio tirado al costado de la ruta mientras los médicos le cortaban la ropa.

Cuando despertó estaba acostado, inmóvil, en una cama prácticamente en posición vertical con una corona en la cabeza, casi colgando. Pasaron días de incertidumbre sin saber si podía volver a caminar porque no sentía las piernas, hasta que tuvo ganas de orinar y le confirmaron que esa era una buena señal.

Tras una recuperación que le demandó meses, volvió a la Argentina y pudo estar en el estreno de su documental “Cazadores de utopía” en 1996. Pensó que iba a figurar como co director, pero quedó con el rol de investigador y guionista. En la misma línea que el film, al año siguiente presentó su libro “No dejes que te la cuenten. Violencia y política en los 70”.

En la actividad privada creó a comienzos de los ‘90 un “Newsletter” donde enviaba noticias y entrevistas de actualidad a argentinos que vivían en el exterior. Como internet aún no estaba desarrollada, usaba una red científica de una manera no del todo legal, ya que técnicamente era para uso académico y no se podía lucrar. Gracias a un compañero que le abría la puerta de la Facultad de Exactas de la Universidad de Buenos Aires, él mandaba el contenido a la Universidad de California, donde tenía

otro amigo, y esa persona redistribuía el contenido a otras 90 universidades por una suscripción mensual de 5 dólares.

Por la función pública tuvo distintos pasos y para 1998 se convirtió en uno de los integrantes de lo que luego se conocería como el Grupo Calafate. Su primer tarea, previa a esa conformación, era seducir y convencer a Néstor Kirchner para que sea candidato a Presidente de la Nación cuando terminara el mandato de Fernando de la Rúa. Viajó junto a Carlos Tomada a Santa Cruz, donde Kirchner les dijo: “para empezar a hablar consigan un millón de dólares, sino no puede existir una candidatura”.

Dentro del Grupo Calafate había distintas corrientes y terminó triunfando la del preferido de Néstor: Alberto Fernández. Cuando en 2003 Kirchner asumió como Presidente, Jauretche y su grupo, que presidía Julio Bárbaro fueron a parar al Comité Federal de Radiodifusión (COMFER), convertido en el Ente Nacional de Comunicación (ENACOM), con la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

Luego de esa experiencia pasó a la Secretaría de Cultura de la Nación, bajo la órbita de Jorge Coscia, hasta que la secretaría se convirtió en Ministerio en el 2015 y con la llegada de Teresa Parodi decidieron renunciar.

A la par comenzó a dar charlas y cursos de formación política para militantes, lo que lo hizo viajar por el interior del país. Junto a distintas participaciones en programas de radio y publicaciones eventuales en distintos medios, es a lo que se dedica hasta el día de hoy.

Bibliografía

- Amorín, José (2005). *Montoneros: la buena historia*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Catálogos.
- Anguita Eduardo y Caparrós Martín (1998). *La Voluntad*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta. Tres tomos.
- Astiz, Eduardo (2005) *Lo que mata de las balas es la velocidad: una historia de la contraofensiva montonera de 1979*. Buenos Aires, Argentina. Editorial de la Campana
- Bernetti, Jorge Luis y Giardinelli, Mempo (2014). *México, el exilio que hemos vivido: memoria del exilio argentino durante la dictadura 1976-1983*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Octubre.
- Bonasso, Miguel. (2000) *Diario de un Clandestino*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta.
- . (2012) *Cámpora, el presidente que no fue*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta.
- . (1984) *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta.

- Calveiro, Pilar (2013) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Argentina. Siglo Veintiuno Editores
- Conadep (1999). *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires, Argentina. Eudeba
- Confino, Hernán Eduardo (2018). *La Contraofensiva Estratégica de Montoneros. Entre el exilio y la militancia revolucionaria (1976-1980)* (Tesis de Doctorado) Universidad Nacional de General San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales. Recuperado en: https://ri.unsam.edu.ar/bitstream/handle/123456789/45/TD_OC_IDAES_2018_CHE.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Fernández Méndez, Lucía (2011). *Los hombres imprescindibles. Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo* (Trabajo Integrador Final de carrera de grado). Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina. Recuperado en: https://perio.unlp.edu.ar/sistemas/biblioteca/files/CPSS_Fer_I_Tdig_pdf_-_15062.pdf
- Gasparini Juan (2008). *Montoneros. Final de cuentas*. Edición ampliada. La Plata, Argentina. Editorial De La Campana

- Gillespie, Richard (1997). *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*. Buenos Aires, Argentina, Ed. Sudamericana.
- Giussani, Pablo (1984). *Montoneros. La soberbia armada*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta.
- Jauretche, Ernesto (1997). *No dejés que te la cuenten, violencia y política en los 70*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Colihue
- Lanusse, Lucas. (2005). *Montoneros. El mito de los 12 fundadores*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Vergara.
- Larraquy, Marcelo (2013). *Los 70. Una historia violenta. Marcados a fuego (1973-1983)*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Aguilar
- . (2006). *Fuimos soldados: historia secreta de la contraofensiva montonera*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Aguilar
- Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto (2000) *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Norma
- Levenson, Gregorio y Jauretche, Ernesto (1998). *Héroes. Historia de la Argentina revolucionaria*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Pensamiento Nacional.

- Ludueña, María Eugenia (2015). *Laura: vida y militancia de Laura Carlotta*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta
- O'Donnell, María (2020) *Aramburu: El crimen político que dividió al país. El origen de Montoneros*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta
- Perdía, Roberto (2013). *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Planeta
- Scaturchio Juan Manuel (2018) *Memorias en silencio* (Trabajo Integrador Final de carrera de grado). Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
- Ulanovsky Carlos (2011). *Seamos felices mientras estamos aquí. Crónicas de exilio*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Marea.
- Yankelevich, Pablo (2010). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fondo de Cultura Económica

